

FRONTERA

VOLVER A JESÚS, EL CRISTO

Conversión de la Iglesia a Jesús
La humanidad de Jesús
Cristología y diálogo interreligioso

FRONTERA

APUNTES SOBRE LA CRISIS

ADG-N

FRONTERA

© Asociación Pastoral Misionera

Edita ADG N, S.L.

Apartado 12.210

46080 VALENCIA

Tel: (34) 963622532 – Fax: (34) 963616540

frontera@atrio.org – www.atrio.org/frontera.htm

Imprime UGARIT, Comunicación Gráfica S.L.

Pla de Foios, 13. Polígono Industrial Moncada III

46113 Moncada, VALENCIA

Depósito legal: V. 1370-1997

I.S.S.N.: 1137-8522

*El Consejo de Redacción de FRONTERA
y la Asociación PASTORAL MISIONERA no
hacen suyas necesariamente las ideas
y opiniones expresadas en la revista
con la firma de un autor.*

ÍNDICE

FRONTERA

Año 2009 – 2

CARTA DEL DIRECTOR

- En el Centenario de la “Semana Trágica” 5
Casimir Martí

TEMA CENTRAL

- Los rostros de la crisis 15
Pedro José Gómez Serrano
- Nuevos frentes para el compromiso cristiano 43
Peru Sasia
- ¿Por qué no se atajó la crisis?..... 67
Manuel García Fonseca

SIGNOS DE LOS TIEMPOS

- ¿Hay alternativa al capitalismo? 73
Antonio Zugasti
- La erosión de la solidaridad 84
Ramiro Reig
- Crisis, micropoder y resistencia de la ciudadanía 91
Joaquim Adell
- El Informe Aukén..... 97
Parlamento Europeo

TESTIMONIOS

- Voluntarios: dar para ser 101
José Vidal y Celia Piqueras
-

ÍNDICE

MATERIALES

Celebración de Bodas de Oro	105
<i>María Dolores Asua</i>	
Hasta mañana	112
<i>Mario Benedetti</i>	

RESEÑAS

1. Libros:

I. La autora se confiesa:

Emma Martínez Ocaña:

Poner letra a mi canto	113
------------------------------	-----

II. Reseñas:

Comba, Teresa y Segura, Joseba:

“Itinerario para una espiritualidad de la ternura”	120
--	-----

Joaquim Adell

2. Música:

La música del adiós (2).....	121
------------------------------	-----

Lorenzo Torrente Ranera

3. Cine:

“Déjame entrar”: El coraje de la amistad	124
--	-----

José Luis Barrera

CARTA DEL DIRECTOR

En el centenario de la Semana Trágica

(Barcelona, 25.7-2.8.1909)

Queridos amigos: Me permito empezar recordando algunas cifras, que pueden ser indicativas de un motivo, no el único ni tal vez el principal, por el cual lo que ocurrió en Barcelona y en otras localidades de Catalunya en aquellas fechas pudo ser calificado como tragedia. Escuelas religiosas incendiadas: 33. Iglesias y edificios religiosos: 47. Total: 80. Barricadas en el centro de la ciudad: 113, con 6.927 metros cuadrados de adoquines levantados. Muertos: 104 civiles, 7 militares, 4 miembros de la Cruz Roja y 3 eclesiásticos. Detenidos: cerca de 2.000, de los cuales fueron procesados 1.725. Condenados a cadena perpetua: 59. Condenados a muerte: 17. Sentencias ejecutadas: 5.

¿Qué pasó? En el Rif, la región situada al noroeste de Marruecos, donde se encuentran las posesiones españolas de Ceuta y Melilla, el día 9 de julio de 1909 los obreros que trabajaban construyendo unas vías de ferrocarril, cerca de unas minas de hierro de los alrededores de Melilla, fueron atacados con el resultado de algunos muertos. Aquellas minas eran propiedad del segundo marqués de Comillas, Claudio López Bru, quien, a principios del siglo XX, promovió en aquel país otras iniciativas empresariales, como la central eléctrica de Tánger o los servicios de transporte marítimo en una línea estratégica denominada “penetración pacífica en Marruecos”, donde la población estaba ampliamente sensibilizada contra la “penetración militar” española. En la respuesta al ataque rifeño, las

tropas españolas sufrieron bajas considerables. A petición del comandante militar de Melilla, el gobierno de Madrid reaccionó inmediatamente. El día 11 empezaron a embarcar en Barcelona en dirección al Rif tropas compuestas por reservistas, reclutas pertenecientes a las quintas posteriores a 1903, muchos de ellos casados y con hijos. Conviene no olvidar que, a lo largo del siglo XIX, las quintas, de las cuales se libraban los jóvenes de familias pudientes previo pago de 1.500 pesetas, habían sido objeto de reiteradas y multitudinarias protestas, justificadas por la sabiduría popular con refranes como “Hijo quinto sorteado, hijo muerto y enterrado” o “Quinta, enganche y escorpión, muerte sin extremaunción”.

Las manifestaciones populares de protesta contra el embarque de reservistas arreciaron en Barcelona a partir del 12 de julio. La más estrepitosa fue la del domingo, día 18. Las tropas en formación se dirigían al muelle por las Ramblas a las cuatro y media de la tarde. La multitud que iba a despedirlos rodeó a los soldados y éstos pronto rompieron filas. Las fuerzas de policía presentes en el muelle frenaron a la multitud y canalizaron a los soldados hacia el barco “Cataluña”, de la Compañía Transatlàntica, de la cual era titular el marqués de Comillas. Una fotografía de la época recoge la escena en que la marquesa de Comillas, junto con otras damas de la alta sociedad barcelonesa, obsequiaban a los soldados con medallas, escapularios y tabaco. Algunos soldados arrojaron las medallas al agua, mientras hombres y mujeres manifestantes clamaban a gritos: “¡Tirad los fusiles!”; “¡Que vayan los ricos; o todos o nadie!”; “¡Que vayan los frailes!”; “¡Fuera Comillas!”...

La noche de aquel 18 de julio, los rifeños volvieron a atacar violentamente y causaron 300 bajas a las tropas españolas. Los ataques se repitieron el miércoles 21 y el viernes 23, este último día con el resultado de centenares de soldados españoles muertos. Entre el 18 y el 25 hubo en Barcelona y en Madrid manifestaciones, que en la capital catalana desembocaron en la convocatoria de una huelga general contra la guerra de África a partir del lunes 26. En la medianoche del 26 y el 27, se produjo

el primer incendio de una escuela de los hermanos maristas, situada en el barrio del Poble Nou, donde hoy está implantada la Villa Olímpica. La primera víctima mortal fue la del director de aquella escuela, el hermano Lycarión, quien, al salir de su residencia a las nueve de la mañana del día 27 junto con otros integrantes de aquella comunidad religiosa, con el fin de encontrar refugio más seguro, fue alcanzado por algún disparo y murió en el acto. Los incendios de escuelas y edificios religiosos se produjeron también en otras localidades catalanas (Manresa, Girona, Sabadell, Badalona...). En Barcelona se concentraron sobre todo en los días 27 y 28, continuando en menor escala hasta el sábado, día 31, y fueron acompañados en alguna ocasión del desentierro, exposición y profanación de cadáveres momificados de monjas.

La deriva incendiaria y profanadora de aquella huelga general, convocada en un principio contra la guerra de África, había dejado estupefactos y perplejos a muchos ciudadanos. Lo confesó el poeta Joan Maragall, abuelo del que fue hace pocos años presidente de la Generalitat catalana, en una carta que dirigió el 11 de septiembre al obispo de Vic, Josep Torras y Bages, para agradecerle su carta pastoral de 18 de agosto, titulada La gloria del martiri. Després de la persecució de juliol de 1909. Maragall se situaba entre los que, en aquellas circunstancias, callaban porque “nadie sabía decir la palabra justa” y añadía que quienes habían guardado silencio a causa del “exceso de oscuridad”, debían continuar guardándolo porque el documento episcopal “había aportado luz suficiente”. El obispo de Vic le contestó a vuelta de correo (13 de septiembre), diciendo a su interlocutor epistolar: “Me parece que Vd. no ha de callar, porque tiene el don de escribir y estamos en un tiempo en que hasta las piedras tendrían que hablar”.

Maragall hizo caso de las indicaciones del obispo amigo. A finales de septiembre, ya en Barcelona a su regreso del lugar de veraneo, escribió para el diario La Veu de Catalunya un primer artículo titulado “Ah! Barcelona...”, publicado el primero de octubre. En él, Maragall se preguntaba qué tenía que ver la

comprensible o, al menos, explicable protesta contra la guerra, con los incendios, las profanaciones, la rapiña y los asesinatos. En su escrito pastoral el obispo Torras, para interpretar aquellos gravísimos desafueros, había hecho uso de una pauta apocalíptica: Satanás en lucha contra Dios, el Mal contra el Bien, el Odio contra el Amor. El estilo apocalíptico es un género literario al que algunos escritos de la Biblia, y también en este caso Torras y Bages, recurren para consolar a los que sufren injustamente y exhortarles a la perseverancia en el bien. Maragall, en su artículo, se limita a una breve mención de la pastoral del obispo y centra su reflexión en dos puntos, que forman parte “del mundo de aquí y de ahora”. Primer punto: “La bomba y la blasfemia”, con las que se habían atacado personas y bienes religiosos, y al mismo Dios, como decía el obispo de Vic, “son (...) una misma cosa, un desahogo destructor”, fruto “de la impotencia para crear”, “impotencia exasperada”. Maragall puntualiza que se refiere a la “impotencia social”, aunque no se detiene a analizar su contenido económico o político. Indica con todo, en un segundo punto, que no bastan, como solución, “política, represión, escuelas, leyes”: son “remedios por fuera”. Y concluye: “¿No véis que lo que nos falta es el amor? (...) El amor es el primer ‘por qué’ social, el regenerador de organismos y la potencia única. Sin esto, todo será en vano”. La tragedia, para Maragall, incluía este ingrediente: una sociedad des cohesionada por falta de amor.

El lunes, 2 de agosto, cuando los huelguistas volvieron al trabajo y empezó a restablecerse la normalidad en la vida ciudadana, se iniciaron en Barcelona los juicios militares. Entre el 17 de aquel mes y el 3 de octubre, fueron ejecutados los cuatro primeros condenados a muerte. El 9 de octubre se reunió en la cárcel Modelo de la ciudad el consejo de guerra para juzgar a Francisco Ferrer y Guardia, fundador de la Escuela Moderna, de tendencia laicista. Maragall, que no conocía personalmente a Ferrer, pero sentía horror ante la posibilidad de una nueva sentencia de muerte, escribió aquel mismo día dos cartas, una a Francesc Cambó, dirigente de la “Lliga Regionalista”, y otra a

Ángel Ossorio, gobernador civil de Barcelona, quien se retiró de su cargo cuando se declaró el estado de guerra (26 de julio de 1909). Maragall les incitaba a que hicieran lo que estuviera a su alcance para evitar que se fusilara a “más gente a sangre fría”. La sentencia de muerte de Ferrer, “en concepto de autor y como jefe de la rebelión”, se dio a conocer el día 10 de aquel mismo mes de octubre. Bajo el impacto de aquella noticia, Maragall se puso en acción inmediatamente. Escribió y envió a La Veu de Catalunya, el mismo día 10, otro artículo titulado “La ciutat del perdó”, en que pedía al Rey, a los ministros y a los jueces el indulto para Ferrer.

En su escrito, Maragall desplegaba su ya expresada convicción de que fallaban en la sociedad los dinamismos del amor e interpelaba a los barceloneses de la clase social a la que él mismo pertenecía, para que cayeran en la cuenta de que los fusilamientos de Montjuic eran el mal “de todos nosotros”. Dicho con otras palabras: los inculpados por la injusticia habían querido “aterrorizar por odio esta misma ciudad que nosotros les dejamos abandonada por egoísmo”. Interpelación y autoinculpación: “¿No os dice el corazón que tenéis que ir a pedir perdón, de rodillas si conviene, (...) por estos hermanos nuestros en desamor?”. Si Barcelona pidiera y obtuviera el perdón, concluía Maragall, dejaría de ser conocida como “la ciudad de las bombas” y alcanzaría la fama de ser “la Ciudad del Perdón”. El artículo de Maragall no fue publicado. Enric Prat de la Riba, director de La Veu de Catalunya, órgano de la “Lliga Regionalista”, comunicó su decisión a Maragall por carta de 16 de octubre, después de que Ferrer hubiera sido ejecutado el día 13, a las nueve de la mañana. Prat de la Riba, en la referida carta, sin dejar de insinuar la posibilidad de una publicación posterior, que no se produjo, justificaba el rechazo del escrito de Maragall alegando la necesidad de apoyar al Rey y al gobierno para no dejarlos solos ante las iras de los agitadores internacionales e internos. Aparece así un nuevo aspecto de la tragedia: los barceloneses, en particular “las clases directoras”, habían ofrecido muestras palpables de incapacidad

para compartir responsabilidades con los causantes del mal en aquella semana, y para asumirlos como “hermanos nuestros en desamor”.

El sentido trágico de aquellas fechas es llevado por Maragall a un punto culminante en su artículo titulado “L'església cremada”. En él describe la celebración de la Eucaristía en las ruinas de una iglesia incendiada y destruida, muy probablemente la del Oratorio de San Felipe Neri, en el barrio barcelonés de Gracia. El artículo lo redactó Maragall entre los días 17 y 20 de noviembre de 1909, con la intención de publicarlo también en La Veu de Catalunya. Como medida de prudencia, después del rechazo de “La ciutat del perdó”, el nuevo artículo fue sometido a la revisión previa del sacerdote barcelonés Frederic Clascar, que era redactor de aquel diario, y del jesuita Ignasi Casanovas, quienes pulieron algunas expresiones, con las que apareció el día 18 de diciembre.

El escenario de aquella celebración eucarística, del que formaban parte “el polvo y los escombros y el viento y el sol”, había producido en Maragall la sensación de algo totalmente nuevo: “Yo nunca había oído una misa como aquella”. En aquella situación sin precedentes, Maragall imaginó que el sacerdote celebrante, al acabar la ceremonia, se dirigía a la gente de la calle, que se detenía y miraba fascinada, y le podía haber dicho a gritos: “Entrad, entrad, la puerta está abierta de par en par. Vosotros mismos os la habéis abierto con el fuego y el hierro del odio. Y he aquí que ahora encontraréis dentro el Misterio más grande del Amor redivivo. Destruyendo la iglesia, habéis restaurado la Iglesia, porque ésta es la verdadera, ésta es la viva, ésta es la que se fundó para vosotros los pobres, los oprimidos, los desesperados, los odiadores... Y si la habíais visto cerrada, enriquecida por dentro, amparada por los ricos y los poderosos y los que venían a adormilar su corazón en la paz de las tinieblas, vosotros, con vuestra pobreza y vuestra rebelión y vuestra desesperación y vuestro odio, habéis embestido la puerta, y en los muros, con lo fuertes que son, habéis abierto la brecha y os la habéis reconquistado. Y a nosotros, sus ministros, nos habéis

devuelto, con la persecución, la antigua dignidad, y a nuestra palabra, con vuestra blasfemia, la eficacia, y al Misterio de la Sangre, con la sangre nueva que se ha derramado en la lucha, una virtud ya casi desconocida. ¡Qué extraño! El fuego ha construido, la blasfemia ha purificado, el odio a Cristo ha reinstaurado a Cristo en su casa... Continúad entrando, continuad entrando, aquí le encontraréis como no le conocíais, como Él es en vida y verdad, como Él quiere ser conocido por todos y sobre todo por vosotros...". No sin un puntito de sorna, Maragall comenta acto seguido: "¡Qué sorprendida, ¿eh?, se habría quedado la gente, qué muda y boquiabierta, si el sacerdote se hubiera vuelto de repente, diciéndoles éstas o semejantes palabras!".

La tragedia aparece aquí en la fe de los cristianos, que ha perdido "la transparencia y el brillo". Aparece también en los que "no tienen a Cristo y van contra su Iglesia, es decir, contra la vuestra. ¿Por qué? Porque en vuestra Iglesia no están a gusto, porque encuentran en ella demasiada paz, demasiada ordenación, demasiado acabamiento. (...) Así, al ver la Iglesia de Cristo ocupada por la paz, ordenada, acabada, levantan frente a ella otra sin Cristo, caótica, perseguida, llena de tormento, pero también de esperanza. (...) Vosotros habéis querido instaurar la Iglesia en la paz del mundo, y por esto los otros no han podido entrar en ella sin que se levante en su pecho inquieto un clamor de guerra. Para ellos hay demasiada quietud en vuestra Iglesia, demasiada penumbra, demasiada tristeza, demasiados santos petrificados en la inmovilidad, demasiada lentitud en los cantos, demasiada niebla en las palabras de vida. Y esta niebla, esta lentitud, esta inmovilidad les irrita y se rebelan llenando el templo del clamor de la blasfemia, y echan fuera con terror a los fieles medio dormidos, insultan o sacrifican a los ministros del altar (...). Y entonces, perseguida, atropellada, humeante, manchada de sangre y de blasfemia, vacía de cantos y de la paz del mundo, (...) llena de viento y de sol y de polvo y de moscas... de dolor, aquélla vuelve a ser la Iglesia natural de Cristo que murió en cruz".

Por mi parte, después de estas largas consideraciones, me siento obligado a advertir a los lectores que todo lo que va en letra normal es lo que el cura y el jesuita arriba mencionados pulieron en el escrito de Joan Maragall. Advierto asimismo que me hago responsable de la traducción al castellano de los escritos que he citado. También me complace reconocer que, urgido por peticiones de algunos grupos interesados por el tema centenario, he releído algunos libros sobre la llamada “Semana Trágica”, entre los cuales destaco dos: el de mi amigo Josep Benet, que murió en abril del año pasado, Maragall i la Setmana Tràgica (Edicions 62. Barcelona 1975), de la que he entresacado los vibrantes párrafos que habéis podido leer, y el de Joan Connelly Ullman, La Semana Tràgica. Estudio sobre las causas socioeconómicas del anticlericalismo en España (Ediciones Ariel. Esplugues de Llobregat 1972).

* * *

De la actual crisis económica y financiera y de sus causas mucho se ha escrito y hablado —e indudablemente se seguirá hablando, dadas las no muy halagüeñas perspectivas—. Sin embargo, aun a riesgo de cansar a los lectores de FRONTERA, gran parte del presente número dedica su atención a reflexionar sobre las lecciones de fondo que cabe extraer de las actuales circunstancias, de modo que, más allá de la posible sospecha de “marear la perdiz” con el empacho mediático a que se encuentra sometida la ciudadanía, se le faciliten pistas para resituarse desde una conciencia ética cristiana en esta sociedad en crisis, una crisis de múltiples rostros, como describe en un primer artículo PEDRO JOSÉ GÓMEZ SERRANO, quien considera especialmente el caso de España y los dilemas morales planteados a sus gobernantes.

No sólo a los gobernantes. Para PERU SASIA si una lección deja esta crisis es que la “militancia económica” —en un amplio abanico de frentes propuestos por el autor sin pretensiones de exhaustividad—, debe entrar a formar parte del compromiso individual y colectivo de los cristianos, llamados a sensibilizar-

se y a sensibilizar a la ciudadanía de otro modo más justo y solidario de hacer economía.

También, cerrando el “Tema Central”, MANUEL GARCÍA FONSECA se pregunta en una breve nota por qué no se atajó a tiempo una crisis, cuya raíz es la incapacidad del sistema capitalista para armonizar la oferta de bienes con la demanda, negando, además, un sistema solidario, el único capaz de evitar las crisis.

De la actual erosión de la solidaridad y sus consecuencias se ocupa RAMIRO REIG, planteándose a su vez ANTONIO ZUGASTI si, acaso, hay alguna alternativa al capitalismo y cómo. Otras aportaciones no menos interesantes, complementan los “Signos de los Tiempos”.

En las restantes secciones destaca la experiencia que ha guiado a la teóloga EMMA MARTÍNEZ OCAÑA a la hora de “poner letra a cuanto quiere cantar en el camino de la vida”. Los “Testimonios”, “Materiales” –donde se incluye un poema de MARIO BENEDETTI, recientemente fallecido, como sencillo homenaje a su persona y agradecido recuerdo de su obra– y las acostumbradas “Reseñas”, ocupan las restantes páginas de este número.

Casimir Martí

Los rostros de la crisis

Pedro José Gómez Serrano

El dinero: el único Dios verdadero (Joaquín Sabina)¹

No es que hayan fallado los nuevos mercados e instrumentos financieros, es que los inversores se han dejado atrapar por la codicia (Alan Greenspan)²

1. El rostro mundial de la crisis

Desde hace un año, el centro de las preocupaciones internacionales se sitúa en la “crisis mundial”. Con ella abren y cierran los telediaris y las programaciones de los demás medios de comunicación social de todo el planeta. Pero, ¿de qué crisis estamos hablando? Porque, si deseamos ser honrados con la realidad, deberíamos iniciar nuestro análisis señalando que, en nuestro mundo, coexisten varias crisis simultáneas de una envergadura igual o superior a la financiera, aunque esta última vaya con toda probabilidad a agravarlas. La crisis mundial posee varios rostros e interesa recordarlo al principio de este artículo, porque corremos el enorme peligro de focalizar nuestra atención exclusivamente en la crisis “mediática”, la financiera; en definitiva, la que nos amenaza más directamente a nosotros, a los ricos.

1 SABINA, J.: Canción “Como te digo una ‘co’ te digo la ‘o’”, en el disco *29 días y 500 noches*.

2 En julio de 2002, durante una comparecencia ante el Senado, Alan Greenspan, presidente de la Reserva Federal norteamericana entre 1987 y 2006, acuñó la expresión: “la codicia es contagiosa”. Para legitimar su posición económica durante décadas, en los últimos meses ha vuelto a responsabilizarla del caos financiero. Pero hoy hace falta preguntarse por los mecanismos que la alientan o la frenan. GOODMAN, Peter S: “Y Greenspan, ¿era realmente tan bueno?”. *El País* 12-10-2008.

Pedro José Gómez Serrano, profesor del Departamento de Economía Internacional y Desarrollo de la Universidad Complutense de Madrid.

Sin duda, la más radical de las crisis mundiales es la del *abismo Norte-Sur* que se expresa en el hecho de que, mientras 2.800 millones de seres humanos disponen de 2 dólares al día para vivir (representan el 40 % de la población mundial), 500 millones (entre los que nos encontramos la mayoría de los españoles) contamos con más de 55 dólares diarios³. Al mismo tiempo, los 500 individuos que más ingresos obtienen ganan anualmente lo mismo que los 416 millones de personas con menos ingresos⁴. De hecho, desde los años noventa del siglo pasado, los ingresos de la quinta parte más rica de la humanidad suponen entre 75 y 80 veces los de la quinta parte más pobre. Sobre este terrible paisaje se dibuja el tímido intento de alcanzar los Objetivos Del Milenio –proclamados por las Naciones Unidas en la Cumbre del Milenio– que, a pesar de la modestia de sus metas, muy probablemente no alcanzará los objetivos previstos en el año 2015⁵. Como es obvio, las causas de la enorme diferencia en el desarrollo económico de los países son muy complejas, pero las fundamentales radican en la dinámica del propio sistema económico capitalista, en el acierto y desacierto de los distintos gestores públicos y en las diferencias de poder que se dan entre unos y otros países.

Más recientemente se ha producido un agravamiento en las condiciones de supervivencia de muchos sectores populares por la denominada *crisis alimenticia* de los dos últimos años.

Efectivamente, el precio de los alimentos se ha disparado hasta doblarse en algunos casos⁶. Como consecuencia de esta evolución, según datos oficiales proporcionados por la FAO, el

3 WORLD RESOURCES INSTITUTE, june 2006.

4 PNUD: Informe sobre el Desarrollo Humano 2005, pp 4-5.

5 La Cumbre del Milenio se celebró en las Naciones Unidas en septiembre del año 2000 y estableció 8 objetivos estratégicos respecto a la superación de la pobreza que se habrían de alcanzar en el año 2015.

6 Según la FAO en el año 2007 los cereales se encarecieron un 41%, los aceites vegetales un 60% y los productos lácteos un 83%. De marzo de 2007 a marzo de 2008 el trigo aumentó de precio un 130%.

número de personas que padecen hambre y desnutrición ha pasado de 825 millones a más de 960 en el último año y medio⁷. También en esta crisis confluyen numerosos factores: la proliferación de catástrofes medioambientales derivadas posiblemente del cambio climático, el poder oligopólico de las grandes Corporaciones Transnacionales del sector, el proteccionismo agrícola de Europa, Japón y Estados Unidos, el desvío de una parte de la producción agrícola hacia los biocombustibles, la fragilidad de las estructuras productivas de las economías agropecuarias de subsistencia, los movimientos especulativos en los mercados de futuros alimenticios, etcétera⁸. El hecho cierto es que más de una séptima parte de la humanidad se encuentra amenazada en su supervivencia física. No obstante, cuando a finales de enero de este mismo año se celebró una conferencia internacional en Madrid para afrontar la emergencia alimenticia, los asistentes no quisieron comprometer fondos para atajarla. Sólo España, país anfitrión del encuentro, aceptó destinar mil millones de euros a este problema, que se desembolsarían a lo largo de cinco años. Recordemos que, durante los dos meses anteriores, los países desarrollados habían acordado dedicar más de dos billones de dólares para afrontar la crisis financiera⁹.

No menos importante –aunque, por ahora, se encuentre alejargada– ha sido la *crisis energética*. El año pasado el precio del barril de petróleo, que en 1999 valía 10 dólares, alcanzó los casi 150 –en agosto– cuando un año antes su valor máximo apenas rozó los 90 dólares¹⁰. Es de dominio público el hecho de que el crecimiento económico y el bienestar material dependen en muy buena medida de la disponibilidad de energía barata, un insumo generalizado para todos los sectores económicos y las familias. De hecho, la última gran crisis económica tuvo lugar en la década de los años 70 del pasado siglo como consecuencia del enca-

7 La FAO es el Fondo de las Naciones Unidas para la Alimentación Mundial.

8 SEBASTIÁN, Luis de: *Un planeta de gordos y hambrientos*, Ariel, Barcelona 2009.

9 INTERMON-OXFAM: *La Realidad de la Ayuda 2008-2009* pp 13-14.

10 Precio del barril Brent. Agencia Internacional de la Energía.

recimiento del crudo. También aquí encontramos múltiples factores que inciden en la tensión económica. El fuerte crecimiento de economías emergentes como la china o la india, la intensidad energética del modelo de consumo occidental, la lentitud en la incorporación de tecnologías ahorradoras de energía o de fuentes más ecológicas, los conflictos geopolíticos que afectan a la relación entre algunos productores y ciertos consumidores, los fuertes movimientos especulativos propios de estos mercados, etc. El hecho de que ahora el precio del barril se haya moderado —cayendo a 35 dólares en diciembre pasado para recuperarse algo después— no garantiza que no podamos padecer un brusco *shock* que amenazaría profundamente las perspectivas de una cercana recuperación.

De un alcance estratégico mucho mayor es la *crisis ecológica*. Ciertamente resulta muy difícil cuantificar el ritmo y alcance con los que se están produciendo fenómenos como el cambio climático, el deterioro de la capa de ozono, la reducción de la biodiversidad, la deforestación y desertización del territorio, el aumento generalizado de la contaminación o el agotamiento de recursos teóricamente renovables. No hay duda, sin embargo, de la extraordinaria magnitud y gravedad de estos hechos que amenazan, a corto plazo, las condiciones de habitabilidad del planeta y nuestra calidad de vida y, a largo plazo, la misma supervivencia¹¹. Si bien es cierto que los avances científicos podrían moderar estos problemas, resulta evidente que el ritmo con el que se están adoptando medidas en este terreno es muy inferior al ritmo con el que se produce el deterioro. Por ello, la urgente necesidad de cambiar de modelo de desarrollo (producción y consumo) no puede exagerarse en modo alguno.

Pues bien, desde hace casi un año junto a estas crisis internacionales, existe otra de gran magnitud: la *crisis financiera*. A estas alturas, sus repercusiones ya la han convertido en una profunda crisis de la economía real.

11 Véanse los estudios del World Watch Institute o los del Panel Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático de las Naciones Unidas.

2. El rostro financiero de la crisis

En las frecuentes explicaciones de la crisis que he tenido que efectuar en estos últimos meses, utilizo una parábola que puede resultar algo esclarecedora: la de los “accidentes de tráfico”. En una sociedad como la nuestra, en la que millones de vehículos transitan por las calles, los accidentes se multiplican. No obstante, podríamos intentar clasificar los motivos de tanto siniestro.

En primer lugar, algunos resultan prácticamente insalvables: la misma naturaleza de la actividad, la alta densidad de la circulación, la inevitabilidad de ciertos despistes y fallos mecánicos, etcétera, impiden imaginar un mundo sin accidentes. Pero, en segundo lugar, éstos también se producen cuando las vías no tienen un adecuado mantenimiento o se encuentran mal señalizadas. Son también causa de numerosos percances circulatorios las normas inadecuadas, su falta de aplicación o su aplicación inoportuna (tanto la arbitrariedad como la omisión son peligrosas). Pero, indudablemente, la causa más frecuente de los accidentes se encuentra en los comportamientos incompetentes o temerarios de los mismos conductores.

Del mismo modo cabe afirmar que las crisis económicas se deben en parte a la misma naturaleza del capitalismo que fomenta períodos de auge y otros de recesión, en parte también a la inadecuada calidad y deficiente funcionamiento de sus instituciones, así mismo, a que los responsables de regular la actividad no ejercen adecuadamente su trabajo y, por último, al comportamiento irresponsable e incluso delictivo de algunos agentes económicos. Como veremos, en la crisis actual hay un poco de todo. No es la primera ni será la última. En el terreno financiero, la creación de “burbujas” y su correspondiente “explosión” son fenómenos conocidos y recurrentes, muy difíciles de prevenir y extraordinariamente costosos de curar¹². De modo sumario, en

12 GALBRAITH, John Kenneth: *Breve historia de la euforia financiera*. Ariel, Barcelona 1993; también *El crack del 29*. Ariel, Barcelona, 2000.

las líneas que siguen, intentaré narrar la génesis y desencadenamiento de la crisis financiera actual¹³.

En los años finales del siglo pasado los grandes inversores internacionales quedaron escaldados por dos acontecimientos: los abruptos desplomes de las acciones de las compañías especializadas en nuevas tecnologías de la comunicación (las denominadas “punto.com”) en las bolsas de los países desarrollados (principalmente en USA)¹⁴ y las crisis financieras en los países emergentes que afectaron a los que parecían tener mejores perspectivas de futuro como Corea, Tailandia, Méjico, Brasil, Rusia, Argentina¹⁵... Ambos descalabros condujeron a la búsqueda de inversiones que tuvieran un respaldo mucho mayor en activos reales y que no pudieran volatilizarse e, incluso, desaparecer tan fácilmente. Lo que supuso, de inmediato, la revalorización del mercado inmobiliario como ámbito privilegiado para invertir de un modo seguro. Como es lógico, esta tendencia alimentó un aumento de los precios de la vivienda que convirtió en aún más interesante este tipo de inversión.

**Si el ahorro no se
dedica a la inversión,
el crecimiento
económico se resiente**

A este respecto, debe señalarse que obtener cierto rendimiento del ahorro no sólo no es algo que deba descalificarse como éticamente negativo (como resultado de la avaricia), sino que resulta económicamente lo más adecuado. Si el ahorro no se canaliza hacia la inversión, el crecimiento económico se resiente y el valor de los mismos recursos monetarios se va reduciendo por la inflación. En lugares como Estados Unidos, donde los

13 Un excelente análisis crítico de la crisis en RODRÍGUEZ, José Miguel: “Anatomía de la crisis: de la religión neoliberal a la salvación socialista”, *Éxodo* nº 96, diciembre 2008.

14 STIGLITZ, Joseph E.: *Los felices 90. Las semillas de la destrucción*. Taurus, Madrid, 2003.

15 KRUGMAN, Paul: *El retorno de la economía de la depresión y la crisis actual*. Crítica, Barcelona 2009.

fondos de pensiones tienen que garantizar las prestaciones por jubilación de quienes han aportado sus ahorros durante toda su vida, obtener una rentabilidad sensiblemente superior a la inflación es cuestión de vida o muerte.

Curiosamente, en el origen de la crisis actual se encuentra algo que tendemos a considerar positivo: la existencia de unos tipos de interés bajos. De hecho, ésta es la situación que prefieren los gobiernos para impulsar el crecimiento, dado que facilita las inversiones de las empresas —con la consiguiente creación de empleo— y el consumo de las familias. Pero esta situación presenta también posibles desventajas. La más conocida es alimentar la inflación —algo que ha sido demonizado excesivamente en las últimas décadas—, pero otras no son menos peligrosas: reducir el ahorro total (¿para qué vamos a ahorrar si no obtenemos nada con ello?) o desplazarlo de las inversiones seguras —pero muy poco rentables— a otras más arriesgadas y remuneradoras. Este comportamiento, a su vez, afecta tanto a los ahorradores particulares o empresariales como a los bancos dado que, para obtener beneficios cuando los tipos de interés son muy bajos (y, por lo tanto, se reduce el margen de intermediación, es decir, la diferencia entre el interés que cobran a sus clientes y el que pagan a los depositantes), las entidades financieras tenderán a multiplicar las operaciones, prestar a clientes menos solventes e, incluso, invertir ellas mismas en activos arriesgados (acciones, bonos, futuros, etcétera).

Hay que tomar en consideración que, durante el inicio del siglo XXI, los tipos de interés en Estados Unidos fueron cayendo hasta apenas superar la inflación, con lo que los bancos ni siquiera proporcionaban a los ahorradores una rentabilidad que mantuviera la capacidad adquisitiva de sus fondos. Por otro lado, la tasa de beneficios a largo plazo de las empresas no financieras lleva estancada desde hace tres décadas en torno al 5%, lo que tampoco parecía garantizar a los inversores una alta rentabilidad. Añadamos a este panorama la proliferación desde los años 90 del siglo XX de los denominados “nuevos instrumentos financieros” (opciones, futuros, *swaps*, fondos de inver-

sión, etcétera), productos técnicamente complejos que permiten jugar con la evolución de los precios a lo largo del tiempo y obtener ganancias (o pérdidas) muy elevadas utilizando dinero propio o ajeno (los bancos prestaban mucho y muy barato), practicando en este último caso lo que se llama “apalancamiento” (participar en operaciones muy cuantiosas con poco dinero propio). Esta ampliación de las oportunidades de invertir en renta variable no fue pareja al desarrollo de normas contables y reguladoras que impidieran un exceso de riesgo sino al contrario, por lo que se llegó a producir lo que Alan Greenspan llegó a calificar de “exhuberancia irracional”¹⁶.

Es en este contexto en el que se ha producido la crisis inmobiliaria. Desde los primeros años del siglo XXI la compra de viviendas en Estados Unidos (y en España, por cierto) aumentó muy por encima del incremento de la población y ello condujo a que su precio se duplicara en menos de una década. Primeramente ciudadanos solventes decidieron “invertir en ladrillo”, sabiendo que una potencial caída de los precios no eliminaría físicamente los edificios y que éstos, antes o después, se revalorizarían (algo que no ocurriría con las acciones de empresas desaparecidas). Posteriormente, personas con menor grado de solvencia económica pudieron acceder a créditos hipotecarios merced a que en Estados Unidos son comisionistas quienes los formalizan y no personal del propio banco, así como por el hecho de que una situación de impagos se resuelve devolviendo la propiedad y sin que el frustrado hipotecado quede endeudado en adelante. Es así como, finalmente, llegan las hipotecas “subprime” (de baja calidad), popularmente conocidas como créditos NINJA (acrónimo que surge de unir las iniciales de sus destinatarios en la terminología inglesa ya que son concedidas a personas sin ingresos —*no income*—, sin trabajo —*no job*— y sin activos —*no assets*), que llegaron a representar entre el 15 y el 20% del total y que se concedieron por cuantías que llegaban a superar el

16 Famosa expresión pronunciada en 1996 en el American Enterprise Institute antes de la crisis bursátil.

precio de mercado de la vivienda. Por último, numerosos inversores financieros compraron más casas con apalancamiento o títulos basados en las hipotecas anteriormente concedidas, ya que los bancos hipotecarios, para recuperar liquidez y eliminar parte del riesgo en el que habían incurrido, crearon unos nuevos títulos (los “MBS”, obligaciones garantizadas con hipotecas) compuestos o basados en hipotecas de distinta calidad que fueron adquiridas por bancos de inversión y otros intermediarios financieros.

Para comprender este comportamiento, que hoy nos parece temerario, es preciso tener en cuenta tres factores adicionales. De una parte, los bancos preveían que el aumento continuo del precio de las viviendas cubriera ampliamente el valor del crédito concedido en muy poco tiempo, Además, los bancos hipotecarios –que en Estados Unidos pueden revender sus hipotecas a otras entidades– mezclaron en los “CDO” (obligaciones de deuda colateralizada) hipotecas de buena, regular y mala calidad de un modo poco transparente para venderlas con mayor facilidad y, de otra parte, estos títulos pudieron venderse con facilidad merced a las buenas valoraciones concedidas por las agencias de calificación (como IBCA, Moodys, Standard & Poor o A.M. Best) cuyo cometido es, precisamente, informar a los inversores sobre la calidad y riesgo vinculado a cada modalidad de inversión y que, en opinión de los expertos, parecieron competir para ver quién ofrecía una valoración más positiva de productos complejos de difícilísima auditoría real. En la misma línea, las autoridades reguladoras de Estados Unidos mostraron una actitud ante el aumento del riesgo no ya pasiva, sino ingenua, cínica o extraordinariamente confiada en que los mercados se regularían ellos solos, olvidando los estímulos existentes hacia el comportamiento temerario.

El desencadenamiento del problema se produjo cuando, a partir del año 2007, la Reserva Federal de EEUU empezó a subir los tipos de interés intentando desinflar suavemente la burbuja inmobiliaria. Este aumento de los tipos tuvo dos consecuencias inmediatas muy negativas: de entrada hizo imposible el pago de

la hipoteca a los sectores económicamente más débiles (que habían firmado, en ocasiones, condiciones engañosas como la exención del pago de intereses durante uno o dos años que luego se disparaban por su peligro de insolvencia) y, a continuación, a aquellos que perdían el empleo como consecuencia de la desaceleración económica.

Pero el verdadero estallido de la crisis acaece cuando se comprueba que estos “fallidos” amenazan con hacer tambalearse a todo el edificio financiero. Obviamente, los bancos hipotecarios se enfrentaban a un aumento generalizado de la morosidad que podía afectar a su misma supervivencia y que no se resolvía por la acumulación de viviendas devueltas, cuyo precio empezó a caer en picado (hasta ahora se han depreciado en torno a un 35%). Pero el resto del sistema también quedó amenazado. En

**En otoño de 2008
nadie sabía a ciencia
cierta la magnitud
real del problema**

primer lugar los bancos de inversión que habían adquirido muchos paquetes de hipotecas ahora “tóxicas” y otros “derivados” calculados a partir del rendimiento de dichas hipotecas. Pero

también los bancos de todo tipo del resto del mundo que, merced a la globalización, habían comprado dichos títulos, confiando en la respetabilidad del sistema americano. Hasta tal punto que, cuando se reconoce públicamente el problema —en otoño de 2008— había tantos “activos tóxicos” de origen norteamericano en Europa como en Estados Unidos y el conjunto del sistema monetario y financiero internacional se encontraba al borde del colapso, sin que nadie supiera a ciencia cierta cuál era la magnitud real del problema¹⁷.

17 Una interpretación muy sencilla, rigurosa y amena de la crisis financiera puede encontrarse en ABADÍA, Leopoldo: *La crisis NINJA y otros misterios*. Espasa Calpe, Madrid, 2009. También, SOROS, George: *El nuevo paradigma de los mercados financieros*. Taurus, Madrid, 2008.

3. El rostro español de la crisis

A pesar de la coincidencia en el tiempo, la crisis económica española no se identifica exactamente con la internacional. Es decir, los problemas de la economía de nuestro país no consisten, sin más, en el impacto interior de una crisis mundial¹⁸. Hablando con propiedad, cabría afirmar que nuestra delicada situación actual se debe a tres factores que se superponen: por una parte, el influjo de la crisis financiera global en nuestra economía (asunto importante, pero menor); en segundo término el estallido de nuestra propia burbuja inmobiliaria (a mi parecer, de mayor relevancia); y, por último, a los problemas estructurales de la economía española (decisivos a medio y largo plazo). Paso a analizar, sucintamente, los tres componentes de la crisis española, aunque antes de ello me gustaría aclarar que, en opinión de la mayor parte de los economistas, aunque no se hubiera producido ninguno de estos tres desafíos, la economía española —tras más de una década de protagonizar el crecimiento económico más alto de la Unión Europea (en torno al 3,5% anual)— se encontraba abocada a una desaceleración económica por agotamiento de su estrategia de desarrollo. Por otra parte, resulta oportuno recordar que el comportamiento de la economía de un país no depende en exclusiva de la gestión de su gobierno, sino de la actuación de numerosos actores (empresarios, sindicatos, inversores, consumidores, etcétera), además de la evolución del contexto internacional y que, por consiguiente, ni el éxito de un periodo debe atribuirse al gobierno de turno ni tampoco el fracaso, aun cuando el papel del Estado y su acierto o desacierto en la regulación de la actividad económica sea, ciertamente, muy importante.

Por lo que se refiere al influjo de la crisis financiera internacional todo parece indicar que ha sido menor del que se ha producido en la mayoría de los países desarrollados que pueden ser

18 TORRERO MAÑAS, Antonio: *La crisis financiera internacional y económica española*. Encuentro, Madrid, 2008.

nuestra referencia. Hasta donde sabemos —porque mucha información bancaria, por motivos evidentes, es confidencial—, varios son los motivos que explican este hecho. En primer lugar, en España una parte importante del sistema financiero reside en las Cajas de Ahorro. Éstas apenas se han internacionalizado y se encuentran sometidas a unas limitaciones operativas que han restringido mucho la adquisición de activos tóxicos externos. Por otra parte, la regulación bancaria en España ha sido más estricta que en la mayoría de los países de nuestro entorno —algo que José Luis Rodríguez Zapatero ha hecho valer “mediáticamente” en distintos foros internacionales—, lo que indudablemente ha limitado la exposición de nuestros bancos.

No hay que pensar, sin embargo, que seamos más listos que nadie. Esa mayor intervención y prudencia, así como la existencia de diversos tipos de seguros, son herederas de las crisis bancarias que padeció nuestro país en los años 80 y 90 y que tienen como casos más sonados los de Rumasa y Banesto. Por último cabe reconocer que nuestros dos bancos privados más poderosos, el Santander y el BBVA, llevaban obteniendo cuantiosos beneficios en los últimos años, poseían una fuerte capitalización y se encontraban en plena expansión internacional. Como sabemos, algo ha salpicado al primero de ellos la estafa de Bernard Madoff —el antaño admirado creador del índice bursátil norteamericano de nuevas tecnologías NASDAQ y hoy denostado responsable de un timo que asciende a 50.000 millones de dólares, especialmente a su filial Banif —que gestiona grandes patrimonios—, pero en una cuantía que podría ser asumible por las propias entidades. Con todo, el encadenamiento de crisis bancarias en el plano internacional podría terminar afectando también a nuestras entidades, aunque no estuvieran contaminadas directamente por muchos activos tóxicos. Al fin y al cabo, el sistema bancario es un tejido de interdependencias que vincula a casi todos sus miembros directa o indirectamente y, más intensamente, en la era de la globalización.

Nuestra propia burbuja en el sector de la construcción es un problema serio que presenta similitudes y diferencias respecto al

estadounidense. Hemos construido cerca de medio millón de viviendas anuales cuando países como Alemania o Francia construían en torno a cien mil. Y su valor se ha triplicado. La subida del precio de la vivienda en nuestro país, estimulada por unos tipos de interés muy bajos, ha alcanzado el 191% desde 1997 a 2007 según *The Economist* (entre 1995 y 2007 los precios de la vivienda subieron en promedio un 10%)¹⁹ y hacia ella se ha dirigido una parte muy alta del ahorro nacional²⁰. A partir del año 2007 también la burbuja inmobiliaria española ha comenzado a deshincharse. A finales del año 2008 el valor de la vivienda según la OCDE se había reducido un 10% y podía duplicarse esa caída en el año 2009 —dado que estimaba que el valor de los inmuebles está hinchado en torno a un 30%— lo que supondría una verdadera merma de la riqueza de muchas familias²¹.

La imprudencia con la que el sector bancario ha prestado a los ciudadanos en una época de “vacas gordas” (alto empleo, elevado crecimiento y bajos tipos de interés) e ingente liquidez se ha parecido mucho a la que caracterizó a la banca de USA. Distinta ha sido, en cambio, la imposibilidad de trasladar las hipotecas de una entidad a otra, la de emitir derivados hipotecarios o la de quedarse con la vivienda en caso de impago, anulando la deuda contraída por el cliente. En este campo, el mayor rigor de la reglamentación española representa un arma de doble filo para los bancos. Por una parte, han debido mantener una proporción de recursos propios en relación a los préstamos que concedían más altos que en Europa o Norteamérica y, además, se han visto obligados también a acumular reservas en previsión de morosidades futuras en las fases expansivas del ciclo económico. Pero, por otra parte, la penalización de la morosidad (los recursos que los bancos tienen que detraer de los beneficios

19 ARELLANO, Manuel y BENTOLILLA, Samuel: “¿Quién es responsable de la burbuja inmobiliaria?”. *El País. Negocios*. 13 de abril de 2009.

20 Según el Banco de España las viviendas representan más de tres cuartas partes de la riqueza de las familias de nuestro país.

21 Informe anual de la OCDE 2008. Citado por *El Economista.es*, 14 de enero de 2009.

cuando los clientes empiezan a dejar de pagar) es más severa. De ahí que en los últimos años, cuando la subida del Euribor²² dificultó el pago de las cuotas mensuales de miles de familias, las entidades bancarias hicieran todo lo posible por reestructurar la deuda (ampliando los plazos o dejando en suspenso temporalmente el pago de intereses) para que no se disparara la tasa de morosidad. Tengamos en cuenta que —con las normas actuales— si ésta alcanzara el 6% de los clientes, llevaría a la quiebra a cualquier entidad. Y aquí sí aparecen dificultades graves para las Cajas de Ahorro que se han volcado en este sector económico, tanto financiando la compra de viviendas como su construcción. El nivel de morosidad global del sistema bancario se encuentra en este momento en torno al 3,49%²³, sometido a dos fuerzas opuestas. De una parte, la fuerte caída en los tipos de interés marcada por el Banco Central Europeo para capear la crisis financiera internacional, que alivia el pago de las hipotecas; de otra, el vertiginoso aumento del desempleo que imposibilita de raíz el pago de muchos créditos en un contexto en el que resulta muy difícil vender una vivienda y, menos aún, al precio al que se compró. Nos encontramos aquí ante una bomba de relojería social y financiera que el gobierno tendrá que intentar desactivar con mucha habilidad y prudencia.

Pero, como se indicaba antes, la crisis económica española tiene causas estructurales internas de difícil modificación a corto plazo, pero que deberemos afrontar ineludiblemente antes o después. Durante muchos años el cuantitativamente alto crecimiento español ha estado basado en una serie de factores que hoy se encuentran amenazados: las ventajas de formar parte del espacio económico europeo con salarios menores (para exportar y atraer capital externo), los fondos que nos venían de la Europa comunitaria (agrícolas, de cohesión, de desarrollo regional, etcétera), el *boom* de la construcción (privada y pública), la aportación de

22 Tipo de interés que se toma como referencia para calcular las cuotas de la hipoteca y que depende, en última instancia, del Banco Central Europeo.

23 Datos del Banco de España. Esta tasa es la más alta desde hace 12 años y realmente preocupante.

los inmigrantes (cuyo saldo neto ha sido muy positivo), un fuerte estímulo al consumismo y el potente factor turístico. En el inmediato futuro nos enfrentamos a un amplio abanico de dificultades: la reducción de los fondos europeos, la competencia de los nuevos países comunitarios de Europa del Este (mucho más atractivos desde el punto de vista geográfico y salarial para las grandes empresas centroeuropeas), la burbuja inmobiliaria privada y el relativo agotamiento fiscal del sector público en la construcción (al menos en las corporaciones locales y comunidades autónomas), la reducción del consumo derivada del excesivo endeudamiento, la incertidumbre y el paro, la limitación del crédito por parte de una banca que se encuentra en una posición delicada, la contracción del turismo por la crisis global y un alto desempleo que afectará más intensamente a las personas inmigrantes.

**En un futuro inmediato
la economía española
se verá enfrentada
a muchas dificultades**

Mirando la situación con más profundidad, la mayoría de los economistas subraya la falta de competitividad de la economía española que ha crecido de un modo extensivo (a costa de emplear a más personas), pero no a base de elevar la productividad (la cantidad y calidad de producto por trabajador) que es lo que acaba produciendo empleos estables y bien remunerados, así como empresas con capacidad de competir en el mercado mundial (en bajos costes laborales nunca podremos competir con China, por ejemplo). La industria española es débil, como lo es nuestro nivel tecnológico, el tejido empresarial y la capacitación profesional de las nuevas generaciones. El sector público, que debe desempeñar un papel determinante en la recuperación económica, adolece también de diversas patologías burocráticas, derivas partidistas y falta de coordinación interterritorial que conduce a una menor eficiencia que la habitual en otros países europeos.

El reto inmediato que ha de abordar nuestro país consiste en trabajar por mejorar estos factores estratégicos poco a poco, sabiendo que por el hecho de formar parte de la Unión Europea —algo que nos ha beneficiado mucho en múltiples aspectos— hemos perdido dos herramientas fundamentales de política económica que nos vendrían muy bien en las actuales circunstancias: la política monetaria (nosotros no podemos fijar los tipos de interés de acuerdo a nuestras necesidades internas) y la política cambiaria (nosotros no podemos devaluar la moneda para exportar más o para atraer turistas). Los dos ámbitos son hoy en día de exclusiva competencia de la Unión Europea y, además, ésta también pone límites a la posibilidad de que se produzca un alto déficit fiscal (mayor gasto que ingresos del Estado) o un endeudamiento público notable (aunque, en este terreno, aún disponemos de un margen de maniobra significativo).

De la enumeración de los anteriores desafíos económicos que, como es obvio, nos preocupan a todos porque afectan el empleo, el bienestar y la equidad de la sociedad española, cabe deducir que la situación es seria y que no debe ser trivializada. Pero no que sea irresoluble. No en vano la trayectoria de la economía española ha sido positiva la mayor parte de las últimas décadas y cuenta con un activo de recursos humanos materiales e institucionales muy notable, que ahora habrá de emplearse del mejor modo posible, evitando que la crisis genere una seria fractura social. Advirtamos, no obstante, que la recuperación dependerá en buena medida de la evolución internacional, sobre la que nosotros apenas podemos incidir, y del acierto de los numerosos actores públicos y privados españoles cuyo comportamiento no puede ser controlado. Más aún, pasará mucho tiempo entre el momento en el que se reinicie el crecimiento económico y aquél en el que comience a reducirse al paro. Debido al aumento del número de los españoles que desea trabajar, a la llegada de inmigrantes y a la permanente destrucción de puestos de trabajo tradicionales debido al progreso técnico y a la competencia de países menos desarrollados, en España no disminuirá el paro si el PIB no crece por encima del 2%. Pueden darse, al mismo tiem-

po, una creación neta de empleo y un aumento del paro, porque los que buscan empleo aumenten a mayor ritmo que la creación de puestos de trabajo.

4. El rostro ético-político de la crisis

Llegados a este punto podemos preguntarnos respecto a las interpretaciones predominantes de la crisis y sus posibles soluciones. Como es habitual entre los economistas, no existe unanimidad en los diagnósticos ni, en consecuencia, en las posibles terapias. Lo primero que se me ocurre mencionar es que hemos asistido, en los últimos meses, a tomas de postura en franca contradicción con la ideología oficial de diversas formaciones políticas. Llama la atención, por ejemplo, cómo el presidente Bush —reputado conservador y recalitrante neoliberal— terminara su mandato aprobando la mayor intervención pública de la historia de Estados Unidos después, éso sí, de ver el fabuloso desastre que había ocasionado permitir la quiebra de Lehman Brothers, un gigantesco banco de inversión propietario de numerosos activos tóxicos, que los había distribuido, además, por todo el mundo. En nuestro propio país hace pocos meses el PP pidió al gobierno del PSOE que impidiera la compra de Repsol por parte de los grupos rusos Gazprom (estatal) o Lukoil (privada), mientras éste se inhibía del proceso argumentando el respeto a las leyes de mercado. ¡Vivir para ver! No son pocos los expertos que cuestionan el cinismo de quienes son pro-capitalistas cuando de hacer beneficios se trata y se vuelven socialistas cuando se trata de afrontar pérdidas. El mismo presidente Barak Obama ha tenido que manifestar públicamente que su programa no era socialista ni pretendía acabar con el capitalismo, cuando ha diseñado un ambicioso plan de rescate bancario y reactivación económica.

Simplificando mucho fenómenos muy complejos cabría decir que existen cuatro posturas alternativas ante la situación creada. Los *neoliberales* fundamentalistas abogan porque el mercado premie y castigue a los inversores y que el Estado se

inhiba de la situación, más allá del mantenimiento de la ley y el orden. En consecuencia, se oponen a todo aumento del gasto público y del intervencionismo regulador del Estado. En este momento de grave crisis económica, son los menos. Los *conservadores* sí consideran necesaria la intervención de los gobiernos protegiendo a los ahorradores y reactivando la economía, pero creen que la clave de la salida de la situación actual consiste en hacer leyes más severas que eviten el comportamiento fraudulento, y aumentar los estímulos a las empresas privadas mediante la reducción de impuestos y cargas laborales. El Estado no debería gastar mucho por tres motivos: despilfarra más que el sector privado, competiría por el escaso ahorro con éste impidiendo la inversión privada y acabaría generando inflación. Los *socialdemócratas* asumirían una profundización del modelo keynesiano: salvar el sistema financiero, elevar el gasto público para aumentar la demanda global de la economía y especialmente el de las obras públicas y el gasto social para favorecer tanto la creación de empleo como la cohesión social, amenazada por el paro y la creciente desigualdad. Los más *alternativos* considerarían que la crisis actual representa una demostración del carácter irracional y explotador del capitalismo y, por consiguiente, entenderían que es el momento oportuno para abandonarlo. Este último planteamiento cuenta, a mi parecer, con dos debilidades radicales: la ausencia de un modelo teórico alternativo y la inexistencia de un movimiento social lo suficientemente fuerte y articulado como para impulsar un cambio de carácter revolucionario. Por tanto, en este momento los principales líderes del mundo debaten la búsqueda de medidas puntuales y reformas institucionales —a caballo entre las dos posturas intermedias— para tratar de solucionar la situación actual.

En todo caso, la crisis financiera plantea a los gobiernos dos conocidos dilemas o como dicen los economistas “riesgos morales”. En primer lugar, no pueden dejar de salvar sus sistemas financieros, porque ello conllevaría un colapso total de las economías. El motivo es simple. Cuando quiebra una empresa no financiera, los afectados son, fundamentalmente, los propietarios

y los empleados y, en menor proporción, los proveedores o acreedores a quienes no se ha pagado. Por el contrario, los bancos operan como intermediarios financieros, esto es, prestan un dinero que no es suyo y, por consiguiente, en caso de hundimiento, arrastran en su caída a numerosos ahorradores, a empresas clientes y a otras entidades financieras con las que mantienen estrechos lazos de interdependencia. Por principio, los bancos no tienen el dinero que se ha depositado en ellos porque lo han prestado o invertido y, por ello, la pérdida de confianza de sus clientes

La crisis financiera plantea a todos los gobiernos dilemas o riesgos morales

que diera lugar a una reclamación simultánea de los fondos depositados, les llevaría inevitablemente a la quiebra. Si el banco es grande el “efecto dominó” puede ser verdaderamente terrorífico.

De ahí que, si el Estado garantiza que va a acudir al rescate de los bancos —ya que no se puede permitir su desaparición—, estará lanzando un mensaje a los gestores de estas entidades para que tengan un comportamiento arriesgado ya que, si sus operaciones generan altos beneficios ganarán ellos y sus bancos pero, si sus iniciativas resultan fallidas, entonces el Estado acudirá a asumir las pérdidas.

El segundo dilema moral se refiere al hecho de que, cuando las operaciones financieras tienen éxito los beneficiados son unos grupos sociales, pero, cuando fracasan, son otros los que pagan los platos rotos. Efectivamente, aunque el número de personas que invierte en Bolsa ha ido aumentando en los últimos años, así como quienes han comprado casas con una finalidad especuladora, son, con todo, una parte minoritaria de cualquier sociedad. Y, desde luego, los grandes ganadores en las operaciones altamente especulativas son una fracción muy pequeña de los ciudadanos. Por el contrario, cuando el Estado tiene que salvar a las entidades financieras, los fondos salen de los impuestos de todos los contribuyentes. Más aún, los que más pierden

son aquellos que más dependen de los fondos públicos, en concreto, los sectores más débiles de la sociedad que son los que menos implicados están en las altas finanzas. Fenómeno éste muy similar al que se produjo con el problema de la deuda externa de los países en desarrollo en los años 80. Los que pidieron los créditos fueron unos; los que vieron reducir drásticamente su nivel de vida, otros. La situación llega a clamar al cielo cuando los “responsables” de ese comportamiento tan “irresponsable” disponen de unos contratos blindados que dan derecho a indemnizaciones millonarias en caso de despido, que resultan, a la postre, verdaderamente apetecibles.

El actual debate sobre si el Estado debe nacionalizar bancos o inyectarles capital público a cambio de capacidad de gestión o si resulta preferible prestarles fondos o avalarles o si, incluso, sería preciso crear un banco “malo” que comprara las hipotecas incobrables o los activos “contaminados”, tiene que ver directamente con los dos dilemas éticos planteados. Como también lo tiene la reforma de los sistemas de pago a los directivos que, de un modo ciertamente descabellado, han sido remunerados conforme a los resultados de sus operaciones especulativas y no de acuerdo a la consolidación de empresas productivas capaces de generar avances en la productividad y empleos sólidos. La crisis conducirá inevitablemente a un endurecimiento y mayor rigor en los sistemas contables y en la supervisión de los bancos centrales, así como a cierta reforma de los Organismos Financieros Internacionales (especialmente el Fondo Monetario Internacional) dado que la globalización impide que estos problemas sistémicos puedan ser afrontados aisladamente por un solo país, aunque éste sea Estados Unidos. No obstante, si la recuperación llegara pronto, la tentación de acometer una labor puramente cosmética aumentaría claramente.

Porque el problema actual es triple. De una parte, nadie sabe el alcance real del agujero financiero y el valor preciso de los activos tóxicos (ya que éstos dependen, en última instancia, del comportamiento de millones de titulares de préstamos hipotecarios que no sabemos si pagarán o nos, así como de su cotización

en el mercado). De otra, asistimos a una caída general de la confianza que, si bien posee carácter psicológico, tiene de todos modos consecuencias bien directas: los bancos no se prestan entre sí porque sospechan unos de otros, las familias consumen menos en previsión de una posible pérdida de empleo, las empresas no invierten observando un panorama recesivo, las entidades de crédito no prestan los fondos que llegan de la administración porque, primero, quieren fortalecer su solvencia, el sector público anuncia planes de rescate multimillonarios que se suceden sin efectos palpables y que minan la confianza de los agentes económicos y los votantes, etcétera. Por último, es preciso reconocer cómo lo que empezó siendo un problema financiero norteamericano ha terminado desencadenando una profunda crisis económica que hoy afecta plenamente a la producción de bienes y servicios, al empleo, al bienestar, a la pobreza y la distribución de la renta del planeta.

Esta desafiante coyuntura deberá obligarnos a reflexionar de nuevo y mucho más profundamente sobre la relación entre libertad y normas, entre Mercado y Estado, entre economía financiera y productiva, entre países desarrollados y subdesarrollados, entre producción material y respeto al medio ambiente, entre eficiencia y equidad, entre política y economía, entre ética y empresa. De ello podría surgir si no otro sistema económico, un conjunto de reglas que haga a éste mucho más seguro y justo (algo, por otra parte, no tan difícil de conseguir). Porque el capitalismo —poderoso sistema económico que integra grandes virtudes y notables defectos— admite configuraciones muy distintas según los distintos contextos sociopolíticos, que no pueden ser valorados éticamente como equivalentes, a no ser que practiquemos algún tipo de demagogia, tanto legitimadora como crítica del modelo vigente. En cualquier caso, me parece que la crisis va a generar una recuperación de la conciencia de la necesidad de que la sociedad, a partir de la acción política, amplíe el control de las fuerzas del mercado para ponerlas al servicio de las necesidades colectivas, visto que no sólo no funciona siempre bien la “mano invisible” sino que, en ocasiones, las manos “están man-

chadas”. Abandonar la crisis a la dinámica autónoma del mercado nos condenaría a que fuera mucho más profunda y socialmente regresiva.

5. La radiografía del rostro: cómo va de salud el enfermo

Aunque no corresponda propiamente efectuar en este artículo una valoración ética de la situación o perfilar una propuesta de acciones concretas de política económica, no me resisto a señalar que la difícil coyuntura actual constituye, para cualquier persona que tenga cierta sensibilidad por el bien común e interés por la política en sentido amplio, una magnífica oportunidad para hacer un chequeo moral a la configuración actual del sistema económico, tanto en el plano internacional como en el español. Nos preguntamos, por último, qué parámetros conviene identificar en la radiografía para poder identificar las principales dolencias y diseñar un posible tratamiento.

Cuando se trata de valorar una situación económica suele caerse fácilmente en dos extremos. Unos consideran que la economía está sujeta a ciertos parámetros y leyes objetivas que la ciencia económica ha de respetar y que determinan las medidas técnicas que pueden aplicarse para superar las etapas de declive o recesión. Otros, por el contrario, afrontan este tipo de problemas desde una perspectiva moralista, que pone el acento en la bondad o maldad de los agentes económicos y confía en la voluntad de los sujetos sociales para salir de la situación, prescindiendo de las restricciones objetivas que operan sobre los procesos de producción, distribución, consumo e inversión, así como sobre los comportamientos humanos habituales —institucionalmente mediados— en los ámbitos del trabajo, el ahorro, los negocios, etcétera.

Creo que cabe una postura intermedia, que no ignore estos condicionantes pero que afirme, al mismo tiempo, que el escenario económico no está clausurado y que caben dentro del mismo opciones distintas que corresponden a objetivos sociales diferentes, instrumentos diversos y valores éticos alternativos,

que deben ser discutidos y discernidos públicamente. En concreto y a nivel de propuesta metodológica me parece imprescindible analizar las virtudes y defectos que se expresan en los siguientes ámbitos:

- ♦ *El sistema económico capitalista.* A este respecto, la crisis presente pone de relieve, una vez más, su tendencia a generar burbujas especulativas cuando se dan dos circunstancias: abundancia de dinero barato y baja rentabilidad de las actividades productivas. En este contexto, la multiplicación de oportunidades de inversión arriesgada genera verdaderas “armas de destrucción masiva” que, al estallar, acaba afectando a las condiciones de vida de millones de inocentes. Sin duda el capitalismo es un sistema que, además de corresponder a los intereses de los grupos sociales más adinerados, tiene unas potencialidades indiscutibles (impulso del crecimiento económico, acumulación de capital, fomento de la eficiencia, ampliación de la oferta de bienes y servicios, estímulo de la innovación tecnológica, amplia flexibilidad y capacidad de adaptación, etcétera). Pero momentos como los actuales nos recuerdan también las profundas lacras de este sistema cuando opera sin ningún tipo de restricción (tendencia intrínseca a explotar a la mano de obra, al consumidor y al medio ambiente; total ignorancia de las necesidades de quienes carecen de capacidad adquisitiva o de las condiciones vitales de los parados y excluidos; generación de profundas desigualdades entre grupos sociales, regiones, sectores y países; tendencia recurrente a las crisis y oscilaciones económicas, etcétera). El hecho de que, tras la caída del Muro de Berlín, no exista un paradigma económico alternativo, no convierte en positivos los mortales efectos del capitalismo “silvestre” que, al mismo tiempo, es también responsable del enorme avance material que se ha producido en los países desarrollados en el último siglo y medio.
- ♦ *Las instituciones económicas.* Si algo parece claro en los últimos tiempos es que la autorregulación del mercado es un

mito difundido por aquellos que podían beneficiarse más claramente de un entorno carente de normas y controles. Nada más lejos de la realidad. Lo que ha convertido en más “humano” el rostro “inhumano” del capitalismo es la existencia de leyes específicas promulgadas para el ámbito económico que intentaban dar seguridad a las operaciones y a los distintos agentes (empresarios, ahorradores, trabajadores y consumidores), frenar las tendencias explotadoras antes mencionada (hacia los seres humanos y hacia la naturaleza), igualar las oportunidades de acceso a la cobertura de las necesidades básicas y al mercado de trabajo de los individuos, corregir las desigualdades generadas por la misma competencia (sociales o territoriales), proteger a quienes no son rentables para el aparato económico (discapacitados, accidentados, jubilados, etcétera). Ninguno de estos logros sociales, cuyo mayor desarrollo se ha producido en los países económicamente más avanzados, se ha logrado gratuitamente. Por el contrario, se trata de éxitos derivados de largas luchas culturales, sindicales y ciudadanas, que el marco político democrático ha permitido plasmar en medidas concretas. La crisis nos recuerda la necesidad de consolidar un marco institucional sólido –también en el ámbito financiero– que se preocupe de proporcionar seguridad y equidad –además de eficiencia– al sistema económico.

- ♦ *La regulación y los reguladores.* La crisis ha puesto de relieve la existencia de profundas deficiencias, tanto en el diseño de los medios de regulación, como en el ejercicio de la misma. La actividad económica requiere ser controlada y, cuando esto no se hace bien, las consecuencias pueden ser trágicas. En estos últimos tiempos hemos observado Bancos Centrales pasivos o permisivos, cambios en las normas contables orientados más hacia la laxitud que hacia el rigor (hasta el punto de posibilitar una “contabilidad a la medida” o una “contabilidad creativa”), agencias de calificación que han valorado los riesgos con un casi completo desconocimiento

de la naturaleza y peligros asociados a cierto tipo de inversiones, el aplauso unánime hacia la “innovación” o la “ingeniería financiera”, el impulso de la globalización financiera que incrementa los riesgos de contagio sin proporcionar, al mismo tiempo, herramientas de gobierno globales. El ascenso y caída de la popularidad de Greenspan ilustra perfectamente el fenómeno. La inadecuación del Fondo Monetario Internacional para enfrentarse a la crisis (por falta de recursos, competencia jurídica, capacidad profesional y orientación ideológica) también. Mucho tienen que cambiar las cosas para que la globalización pase a ser segura y positiva para el conjunto de los habitantes del planeta.

- ♦ *El comportamiento de los agentes económicos.* Resulta obvio que las dificultades del momento nos obligan a valorar la actuación de todos los actores económicos. Lo cierto es que en todos los sectores se han producido actuaciones éticamente criticables que, en conjunto, explican la magnitud de la catástrofe. Parece claro que muchos ahorradores se han dejado llevar por una mala percepción del riesgo y una falta de conocimiento real del mercado financiero; numerosos inversores se han dejado arrastrar por la codicia realizando operaciones apalancadas de alto riesgo; los consumidores —estimulados por el aparato publicitario— han querido vivir por encima de sus posibilidades; las entidades financieras han prestado saltándose las normas prudenciales que deberían caracterizarlas; los ejecutivos de las empresas han dado prioridad a la valorización bursátil de las firmas respecto a su fortalecimiento productivo; los gobiernos han sido incapaces de frenar la generación de las burbujas inmobiliarias, porque proporcionaban ingresos públicos muy significativos por la vía de las licencias de obras y las recalificaciones del suelo, además de por el hecho de que la construcción generaba empleo y estimulaba el crecimiento, etcétera. Añadamos a lo anterior la proliferación de prácticas corruptas, que van más allá de la irresponsabilidad o la negligencia, y que —aunque no puedan admitirse ética-

mente— se encuentran amparadas socialmente por la extensión de la cultura del éxito fácil, que tanto daño hace tanto en el terreno político como en el económico.

No sabemos cuál es el futuro socioeconómico que nos espera a corto plazo y las sucesivas rectificaciones que presentan los organismos internacionales con su formidable aparato estadístico y técnico me animan a ser muy modesto. Máxime cuando una parte de la evolución depende de algo tan subjetivo como el restablecimiento de la confianza entre todos los partícipes. Lo que sí parece claro es que hemos acabado un ciclo en el discurso económico dominante y que la ocasión es propicia para una reformulación del marco general del capitalismo deseable.

6. Conclusión

Si tuviera que resumir mis impresiones sobre la crisis y sus efectos de un modo telegráfico señalaría que “de fin del capitalismo”, poco. Las fuerzas que lo sostienen son muy superiores a las que se le oponen y, sobre todo, en estos momentos carecemos de un paradigma alternativo sobre el que soñar o experimentar. La crítica ética al capitalismo se me presenta tan poco operativa a corto plazo como la que pudo hacerse, en su momento, respecto al esclavismo o el feudalismo aunque, a medio y largo plazo, pueda incentivar la aparición de nuevos modelos económicos más integradores, equilibrados y verdaderamente sostenibles.

Con todo, existe realmente la oportunidad para que cambie algo en serio. De entrada, la presente crisis ha dado un mazazo formidable a la visión neoliberal de la economía y un respaldo a las versiones renovadas de la socialdemocracia y el keynesianismo que, hasta la fecha, han demostrado potenciar la cara más amigable del capitalismo. La coyuntura actual podría poner también en la agenda internacional las crisis de la pobreza y la del medio ambiente. La lucha contra estas dos catástrofes puede ser, al mismo tiempo, el mayor revulsivo económico que podamos imaginar, a la vez que las dos causas más justas por las cuales hoy merece la pena comprometerse políticamente.

No obstante sería bueno recordar que, en economía, los problemas no se resuelven porque alguien tenga la solución teórica, sino porque hay colectivos humanos organizados que son capaces de hacerla realidad. Lo cual reclama que la batalla de los valores sea ganada por la cultura de la *solidaridad* frente a la del *individualismo posesivo*, que ha tenido un ascenso tan notable entre nosotros en las últimas décadas. Los grandes banqueros y empresarios se pueden reunir con los presidentes de gobierno en cualquier momento; por el contrario las grandes mayorías de trabajadores y empobrecidos, apenas llegan a hacerse oír por los poderosos, aunque sean infinitamente más. De ahí su menor influencia a la hora de conformar las prioridades políticas.

Quiero terminar esta reflexión reproduciendo un texto atribuido a Albert Einstein –que me proporcionó mi hija Luna– referido al carácter potencialmente constructivo e innovador que tienen las crisis y a la actitud positiva y esperanzada con las que deberían afrontarse. Es desde luego la que, entre otras cosas, permite superarlas:

No pretendamos que las cosas cambien si siempre hacemos lo mismo. La crisis es la mejor bendición que puede sucederle a personas y países, porque la crisis trae progresos. La creatividad nace de la angustia como el día nace de la noche oscura. Es en la crisis donde nace la inventiva, los descubrimientos y las grandes estrategias. Quien supera la crisis se supera a sí mismo sin quedar “superado”. Quien atribuye a la crisis sus fracasos y penurias, violenta su propio talento y respeta más a los problemas que a las soluciones. La verdadera crisis es la crisis de la incompetencia. El problema de las personas y de los países es la pereza para encontrar las salidas y soluciones. Sin crisis no hay desafíos y sin desafíos la vida es una rutina, una lenta agonía. Sin crisis no hay méritos. Es en la crisis donde aflora lo mejor de cada uno, porque sin crisis todo viento es caricia. Hablar de crisis es promoverla y callar en la crisis es exaltar

el conformismo. En vez de esto, trabajemos duro. Acabemos de una vez con la única crisis verdaderamente amenazadora que es la tragedia de no querer luchar por superarla.

Nuevos frentes para el compromiso cristiano

Lecciones de fondo de la crisis financiera

Peru Sasia

Aun a riesgo de que el lector no avance más allá de este primer párrafo, creo que lo primero que merece la pena decir respecto a esta crisis es que hablar tanto de ella, sobre todo en algunos contextos y con determinados enfoques, resulta sospechoso. Su tamaño, sus posibles causas y consecuencias, su previsible evolución, las lecciones que se pueden extraer de ella, son reiteradamente debatidos y, como si se tratara de un contenido más a disposición de los medios de comunicación, se nos devuelve como una crisis televisada, analizada por expertos, debatida en tertulias. Portada permanente de diarios generalistas y especializados. Hasta las revistas nos recuerdan el impacto de la crisis en la moda, en los espectáculos deportivos, en el cine...

Este empacho mediático en torno a la actual crisis resulta sospechoso. No vale decir ahora que es importante informar a la ciudadanía sobre lo que está ocurriendo y el alcance que puede tener para todos los ámbitos de la economía. Incluida la llamada “economía real”, ésa que habla de nuestras nóminas, nuestros gastos escolares, nuestra cesta de la compra. Eso hubiese sido

Peru Sasia, Universidad de Deusto.

conveniente (y responsable) avisarlo con antelación. Si ciertamente era cuestión de tiempo, ¿cómo es posible que nadie se inmutase? ¿Cómo es posible que nadie decidiese intervenir y frenar una situación que se preveía venir? ¿Por qué no se dio esa misma información a los ciudadanos que firmaron sus hipotecas sin avisarles de “lo que nos venía encima”? ¿Por qué nadie frenó ese impulso de hacer cómplices a los consumidores facilitándoles subirse a esa noria de la especulación económica? Éstas son algunas preguntas que nos abordan cada mañana a todos los ciudadanos. Éstas son preguntas que parecen estar destinadas únicamente a alimentar la impotencia y la inseguridad.

Decimos que resulta sospechoso ahora ese empacho de informes, opiniones, balances y previsiones, ese desproporcionado interés por informar. Se sabe –y tampoco se dice– que el capitalismo se alimenta también de explotar las situaciones de inquietud e incertidumbre (y miedo) que invaden a la ciudadanía en momentos de crisis. Por eso, conviene preguntarse si realmente estamos preparados para distinguir la paja del trigo. Ahora que se confirma que la “mano invisible” del mercado y de la empresa privada no lo pueden todo, que el mercado no es capaz de regularse por sí mismo, este recurso a la sobre-información pudiera presentarse como una última y desesperada estrategia del propio sistema para producir tal hartazgo en la ciudadanía que permita desviar el foco de atención de su “*herida de muerte*”.

La maniobra es poco audaz, pero viene dando sus resultados desde hace mucho tiempo: pongamos a los analistas a debatir sobre las causas de la crisis y verán que pronto la ciudadanía acaba no sólo extenuada, sino también completamente desinteresada. Mientras, hagamos que los propios analistas y los políticos confronten sus posiciones hasta hacerlas insostenibles. Alimentemos la tentación a la inocencia del ciudadano de a pie con algún dato bochornoso (basta con que digamos cuáles siguen siendo los escandalosos beneficios económicos de algunas entidades financieras en tiempos como los actuales). Incidamos en la brecha de la culpa y propiciemos que la exi-

gencia de responsabilidades bloquee cualquier posibilidad de transformar el sistema. Sazonemos finalmente con algún nombre en inglés todo esto y llenemos páginas de periódicos explicando lo que significa o haciendo que no se explique en absoluto. El resultado final permite ganar tiempo para que surtan efecto las ayudas del Estado para reflotar el sistema.

Por si fuera poco con estas sospechas, hablamos de la crisis y mezclamos poderosos especuladores en fuga y poderosas organizaciones en derribo con el alarmante aumento de las solicitudes de percepción de renta básica. La crisis reúne el petróleo barato con las dificultades de obtener crédito, el euribor por los suelos con los aprietos para llegar a fin de mes. La bajada de la bolsa con la subida del paro. Madoff, Lehman Brothers y Caja Castilla La Mancha se reúnen con parados, sin techo, pymes ahogadas, pateras, familias que no pueden afrontar sus hipotecas... Todo en un mismo lote, y seis letras que parece que lo dicen todo: crisis.

Mientras tanto, muchos nos recuerdan que no es posible olvidar, si queremos situar en sus coordenadas adecuadas esta crisis, que siguen “vivas” las permanentes crisis cotidianas que asolan los países del Sur empobrecido, esas que siguen manteniendo en niveles escandalosos los indicadores de pobreza en los países ricos, aquellas que nos hablan de ecosistemas agotados y amenazas climáticas. Todas siguen ahí, esperando un titular, una reunión de mandatarios, una inyección de fondos. ¿Se acuerda hoy alguien de los Objetivos de Desarrollo del Milenio?

Por todo esto, lo primero que debemos preguntarnos es de qué estamos realmente hablando, si tenemos la honesta intención de extraer lecciones que ayuden a resituarnos, desde una conciencia ética cristiana, en esta sociedad en crisis. Y, al hacernos esa simple pregunta, nos damos cuenta de que no hay respuesta fácil ni inocente, que los énfasis que se planteen al dibujar la crisis son en sí mismos, al menos, una opción, si no el reflejo de una completa visión de la economía y su influencia en nuestras sociedades. Y esto, en estos tiempos de intercambios económicos globales bajo un sistema único que todo lo abarca,

suponen prácticamente una cosmovisión, una manera de entender y estar en el mundo.

Cabe presentar esta crisis como fruto de la avaricia personal de ciertos especuladores. Nos han mostrado incluso fotos de algunos de ellos. Para atenuar nuestro escándalo, se admite el fracaso de los mecanismos de control o simplemente la necesidad de desarrollar otros nuevos, dada la extremada astucia de estos especuladores. Se piensa en nuevas regulaciones y correcciones internas, pero se añaden inmediatamente llamadas a la necesidad de mantener intactos los dogmas sagrados del neoliberalismo. Ni rastro de poner en discusión las bondades encerradas en el lucro como motor de la iniciativa individual; ésta como base del crecimiento económico; y éste como sustento de un horizonte de bienestar para todos. Nada inocente, como decimos, en acentuar estos énfasis en el análisis.

Por el contrario, podemos intentar desentrañar los problemas estructurales del propio capitalismo neoliberal por si descubrimos inercias internas

Es importante poner de relieve los aspectos estructurales causantes de una crisis tan extensa

que no sólo hacen posible, sino que favorecen este tipo de crisis. Podemos poner en cuestión la búsqueda de la máxima rentabilidad económica como un valor que contribuya a construir sociedades más justas. Yendo más al detalle de esta crisis concreta, podemos preguntarnos por el bien social de la esfera financiera, especialmente en su faceta especulativa. Énfasis distintos que encierran, como hemos apuntado, visiones distintas sobre lo que está haciendo el sistema económico con nuestras sociedades.

En este momento del desarrollo del artículo y a punto de comenzar a analizar con un cierto detalle la situación actual, es importante destacar el hecho de que, para el alcance que nos hemos planteado, es primordial afinar el análisis de lo que está ocurriendo. Y no sólo por la sospechosa ambigüedad de los distintos relatos que se nos presentan, sino porque un análisis sufi-

cientemente lúcido sirve ya al propósito que nos habíamos marcado, al ser capaz de poner de manifiesto elementos lo suficientemente contundentes como para que cualquiera que mantenga un mínimo espíritu crítico pueda extraer sus propias lecciones.

¿Es ésta una crisis distinta?

Pensando en los elementos de novedad que encontramos en esta crisis lo primero que hay que decir es que sería una falta grave de la más básica sensibilidad pretender restar ni un ápice al profundo significado de cada drama individual aflorado al albur de esta situación. Es éste un elemento cuya importancia no puede ignorarse y que debe condicionar, como insistiremos más adelante, la graduación de las respuestas a todos los niveles. Sin embargo, también es necesario decir que es en su carácter global donde reside el mayor elemento de novedad. Es una crisis que se ha extendido, no sólo desde el mundo financiero a toda la esfera económica, sino desde algunos lugares y empresas a todo el entramado de organizaciones económicas y, de éstas, a las administraciones públicas y a la ciudadanía. Es extensa y ha crecido con rapidez. Ésa es la novedad. Todo lo demás, al menos lo realmente importante, es tristemente rancio.

Por todo esto, y a pesar de que se nos insiste con indisimulada persistencia en que esta crisis tiene elementos de novedad de los que deberemos extraer nuevas lecciones, es sin duda más importante poner de relieve los aspectos estructurales que la han posibilitado. Las lecciones más hondas residen precisamente ahí y no en otros lugares quizás más mediáticos, pero de ninguna manera más relevantes. Y esos aspectos estructurales, insistimos, tienen poco de novedad. Son los permanentes problemas del capitalismo neoliberal globalizado cuya novedad quizás pueda ser que cada vez está, como decía Joaquín Estefanía en un premonitorio artículo en el año 2002, “más viejo y oxidado”¹.

1 Joaquín Estefanía, “La enfermedad moral del capitalismo”. *El País*, Tribuna de Oradores. Publicado el 22 de Julio de 2002.

No conviene olvidar que, aunque sus efectos han acabado llegando a nuestras economías reales, el origen de esta crisis es netamente financiero. Tiene que ver con la circulación del dinero a escala global, es decir, con la venta y reventa de “valores” que no tienen relación alguna con productos o servicios concretos que podamos utilizar. Valores que suponen, gracias al crecimiento imparable de la oferta por parte de las entidades financieras, una ingente cantidad de dinero, muy superior desde hace muchos años al volumen económico de los intercambios propios de la economía real. Esto es posible gracias a procesos como el que se conoce por “titularización”, que no es otra cosa que la posibilidad de trocear y mezclar estos valores para revenderlos en pequeños paquetes. Las entidades financieras abandonaron de esta forma hace mucho tiempo la simple intermediación (recoger ahorro y conceder financiación) para dedicarse a un negocio que les ha hecho crecer de forma imparable y les ha reportado, y también a algunos de sus clientes, jugosos beneficios.

En lo que respecta a los perfiles concretos de lo que ha pasado esta vez, el dibujo es bien conocido: el mercado inmobiliario se frena (cosa que todo el mundo sabía que, tarde o temprano, iba a ocurrir) y deja de ser garantía suficiente para una inmensa cantidad de productos financieros de alto riesgo (y alta rentabilidad) que habían sido vendidos y revendidos a lo largo del mundo en los últimos años. Estos productos dejan de tener el valor que el mercado les venía reconociendo. Quienes se han quedado con estos productos en este irresponsable “baile de la escoba” han perdido en el juego especulativo y se han arruinado. Jugaban con productos de alto riesgo porque tenían alta rentabilidad. Algunos han ganado mucho dinero durante mucho tiempo. Ahora toca perder.

Hasta este punto no descubrimos nada nuevo respecto a lo que ha supuesto la esfera especulativa impulsada con entusiasmo por los mecanismos del mercado financiero y por las estructuras que lo rigen a nivel mundial. Estamos en el mundo de la “renta variable”, ésa que ofrece a veces jugosos beneficios y otras veces sonoras pérdidas. Ya ha ocurrido antes con las

empresas tecnológicas o de comunicaciones. Quienes libre y conscientemente han decidido jugar, sabían lo que arriesgaban. Libertad de decisión, información completa, recompensa a los que asumen riesgos y son capaces de obtener ganancias que reconocen su audacia... Es el lenguaje del capitalismo neoliberal. Nada nuevo.

Vino nuevo en odres viejos

Sin embargo todos sabemos que ha pasado mucho más. De hecho, muchos lo saben por ser directamente afectados por las consecuencias de este *crack* financiero. Y aquí empiezan las dudas sobre las causas subyacentes a esta crisis y se hace necesario afinar mucho más el análisis si lo que pretendemos es, como apuntábamos anteriormente, extraer lecciones no sólo sobre esas causas sino, lo que es mucho más pertinente en este caso, las necesarias respuestas que debamos ofrecer.

Como decimos, este análisis es absolutamente insuficiente. Da por supuestas unas condiciones que no se han producido de ninguna manera, no sólo en esta crisis sino, lo que es más importante, a lo largo de toda la reciente historia del capitalismo globalizado. Desmontar estas suposiciones es un esfuerzo imprescindible si queremos actuar de forma responsable, y para ello es necesario detenerse un momento a pensar en las condiciones de partida que hacen posible una crisis como ésta.

Intentando hacer un relato razonable de lo que ha podido ocurrir, hablábamos hace un momento de la supuesta libertad de elección de todo aquél que se haya sumergido en la burbuja especulativa. También resaltábamos la suficiente información de la que ha dispuesto, configurando un escenario en el que no aparece a primera vista cuestión alguna que reprochar a este comportamiento del mercado. De hecho, son de esos dos pilares (información suficiente y ausencia de monopolios) de los que más se vanaglorian los defensores del sistema mercantil neoliberal como perfecta herramienta para armonizar la oferta y la demanda para el progreso de nuestras sociedades.

Pero las cosas no ocurren así. La supuesta libertad de elección es sólo posible para aquellos que tienen suficientes recursos para hacerla efectiva y, como hemos visto en esta crisis, sus decisiones no han producido efectos tan solo sobre ellos mismos, sino que han acabado perjudicándonos a todos. Hay muchísima gente que no puede especular, lo cual no supondría excesivo problema dado el nulo valor de utilidad de los productos adquiridos en ese mercado. El problema es que sí pueden ser afectados por aquellos que especulan. Y eso sí es un gravísimo problema del sistema actual.

Unido a esto, es imprescindible resaltar la profunda incoherencia que supone asignar responsabilidades a quienes han buscado la máxima rentabilidad para sus patrimonios sin tomar en consideración la imponente maquinaria cultural que utiliza el sistema capitalista neoliberal para impulsar esa búsqueda sobre la base de una publicidad asfixiante y, en el caso que nos ocupa, una complejización deliberada de la información relativa a los productos especulativos. El buen funcionamiento del sistema económico actual necesita de estos comportamientos, y la asignación de responsabilidades no puede dejar esta cuestión de lado. Resulta bochornoso observar cómo responsables políticos y económicos y creadores de opinión, plantean un discurso culpabilizador que nos mezcla a todos y nos asigna la responsabilidad de estar viviendo “por encima de nuestras posibilidades”.

Hechos estos apuntes preliminares, demos un paso más en el análisis de esta crisis cuyo origen, como venimos mostrando, se localiza en la esfera especulativa promovida por el sistema financiero actual. Para ello empecemos por preguntarnos cuál es el rol social de dicho sistema financiero y las consecuencias del tipo de relación que nos propone a la ciudadanía.

En una primera aproximación podemos apuntar que los mercados financieros actuales nos ofrecen dos canales netamente diferenciados para el circuito de nuestro dinero. Por un lado, son entidades en las que podemos depositar nuestros ahorros, obteniendo una serie de servicios como son la domiciliación de facturas o nóminas, el uso de cajeros, etcétera. También podemos,

en esta relación, solicitar créditos para afrontar gastos determinados. Cuando nos relacionamos así con los bancos, buscamos y valoramos unos servicios concretos y no estamos tan interesados en obtener grandes rentabilidades por el dinero que dejamos en manos de la entidad.

Pero, por otro lado, podemos acceder al mercado especulativo y adquirir este tipo de productos financieros que, como decíamos, todas las entidades nos ofrecen con persistente entusiasmo. Cuando hacemos esto, no buscamos determinados servicios por parte de la entidad; tan sólo esperamos una rentabilización (la mayor posible) del dinero invertido en la compra de estos productos. Estamos en el mundo de los fondos de inversión, los paquetes de acciones, los *hedge funds*, los derivados, los mercados de futuros... Productos financieros cada vez más complejos cuyas entrañas resultan prácticamente imposibles de entender para la gran mayoría de los compradores.

Las motivaciones de la relación con las entidades financieras son de distinta índole

Es importante pararse a pensar en las motivaciones que nos llevan a relacionarnos de una u otra manera con las entidades financieras ya que de esa reflexión puede extraerse algunas

lecciones interesantes. La primera responde a la necesidad de utilizar los servicios que encierran el bien social original de la intermediación financiera, que conecta ahorro y préstamo para el desarrollo de la economía real. La segunda, sin embargo, responde al interés por obtener retornos económicos máximos por nuestro dinero, en un juego, no lo olvidemos, en el que asumimos unos ciertos riesgos.

Este segundo tipo de relación, por el que los clientes de una entidad se convierten en inversores, está sujeta a un análisis propio al que merece la pena prestarle especial atención, dada su pertinencia en relación con la crisis financiera actual. No olvi-

demos que esos productos especulativos se han vendido por millones a lo largo de todo el mundo, hasta que su pérdida de valor los ha convertido en lo que se ha dado en llamar “activos tóxicos” por su capacidad de contaminar los balances económicos de grandes entidades. Es importante resaltar que la normalización sociológica de este tipo de prácticas hace más difícil un posible análisis moral. Todo el mundo busca hacer astutas inversiones y el éxito en este tipo de operaciones se ha convertido en una especie de valor social en muchos circuitos. Recuerda, en su planteamiento, a esas situaciones en las que una práctica escandalosa para alguna sociedad está ampliamente asentada y normalizada en otra distinta. Seguro que se nos vienen múltiples ejemplos a la cabeza relacionados con usos culturales y roles de género. Alguien podrá argumentar que no hay lesión alguna a ningún derecho básico cuando realizamos inversiones especulativas, con lo que no hay parangón con alguno de los ejemplos que se nos podía haber ocurrido. Pero esta afirmación es más débil de lo que parece a primera vista y basa su supuesta solidez en una de las características que hace más difícil nuestra responsabilización en la esfera económica, que no es otra que la ausencia de sujeto.

Las víctimas de las injusticias generadas por el sistema capitalista tienen un grave problema añadido: no es fácil identificar a un culpable, más allá de un confuso (y amplísimo) colectivo que incluye empresas, administraciones, consumidores, medios de comunicación, iglesias... Todos estamos detrás de cada niño que muere de hambre. O, lo que es lo mismo, no hay nadie a quien identificar como responsable de tal crimen. Sin embargo, es un complejo entramado en el que estamos incluidos, como colaboradores necesarios, todas aquellas personas y organizaciones que refuerzan o respaldan con sus inversiones la actuación de todos estos agentes económicos sobre los que se sustenta un capitalismo neoliberal incapaz, por ejemplo, de generar fondos suficientes para cumplir los Objetivos de Desarrollo del Milenio.

La normalización sociológica de ciertas prácticas en la esfera económica no puede ser el único asidero sobre el que susten-

tar su legitimidad, como no lo puede ser tampoco nuestro deber de vigilancia del patrimonio propio, no sólo en términos de cuidado, sino de revalorización, especialmente en los casos en los que de tal patrimonio dependan otras personas. No se puede establecer una identificación entre el deber de cuidado y la búsqueda de una maximización de la rentabilidad que no tiene en cuenta las consecuencias de las decisiones de inversión. No es una opción moralmente aceptable por mucho que dichas consecuencias se encuentren diluidas entre muchos otros agentes. Recientes experiencias en este campo, con bochornosas presencias de entidades de la Iglesia entre los clientes de gestores fraudulentos e irresponsables como Gescartera o el Forum Filatélico, hacen pensar que es necesaria una profunda revisión de la manera en que diversas organizaciones de ámbito eclesial, incluyendo los propios obispos, se acomodan en el contexto cultural capitalista.

No sólo algunas prácticas, sino todo el sistema

A pesar de lo dicho hasta ahora en relación con el bien social de la intermediación financiera y la dudosa moralidad de las prácticas inversoras, lo que resulta más importante aún es entender las consecuencias de fondo de trabajar con una determinada entidad financiera. De hecho, el sistema financiero opera hoy en día de tal manera que dichas consecuencias son, en lo sustancial, prácticamente las mismas, con independencia del tipo de servicios bancarios que utilicemos.

No podemos olvidar que la entidad financiera es ella misma también compradora de productos especulativos, ni que esa compra la realiza con el dinero depositado, en cualquiera de sus formas, por todos sus clientes. Es cierto que sus balances deberán velar porque el ahorro depositado con el deseo explícito de que no se asuman riesgos esté a disposición del cliente cuando éste quiera retirarlo. Pero no es menos cierto que las operaciones que la entidad desarrolla con el objetivo de aumentar al máximo sus propios beneficios, se realizan con todo el dinero que tiene a su disposición.

Hoy se nos recuerda que existen mecanismos de control legal que fijan unos límites para el riesgo que la entidad puede asumir en su búsqueda del beneficio económico máximo. Sin embargo, como esta crisis ha puesto en evidencia con toda claridad, dichos mecanismos se han mostrado hasta ahora completamente insuficientes para frenar colapsos completos de grandes (y, hasta hace poco, prestigiosas) entidades financieras. Y no olvidemos que, cuando esto pasa, la esfera especulativa no sólo salpica, sino que inunda a la economía real y nuestros ahorros, la posibilidad de acceder a préstamos, el crédito a disposición del tejido empresarial, la recaudación fiscal, el dinero público disponible, las obras sociales... todo se fragiliza e incluso desaparece.

Podemos pensar que, según lo planteado, resulta acertado focalizar en el reforzamiento de estos mecanismos de control como una de las claves para evitar nuevas crisis. Lamentablemente muchas voces se han levantado ya contra esta ensoñación. Tal y como está actualmente diseñado el sistema financiero, pensar en que el reforzamiento de los sistemas de control pueda evitar crisis como ésta parece, cuando menos, una ingenuidad².

En esta crisis las prácticas especulativas han conducido al debilitamiento de muchas entidades financieras a lo largo de todo el mundo. Pero, no lo olvidemos, ese debilitamiento no se detiene en la pérdida de dinero de quienes apostaron por jugar con el riesgo de sus inversiones. Traspasa rápidamente ese nivel y llega al de todos los clientes, también quienes utilizaban los servicios de la entidad para depositar sus ahorros y obtener financiación. Lo primero que ocurre es que el acceso al crédito se restringe, una estrategia que, no lo olvidemos, decide la entidad independientemente de que sea nuestro el dinero con el que opera.

Los argumentos que las entidades utilizan para defender la necesidad de esta restricción tienen que ver con su deber de controlar el riesgo en este momento de gran fragilidad. No pueden,

2 A este respecto, resulta muy ilustrativo el breve pero contundente artículo del premio Nobel de economía Paul Krugman: "La mística del Mercado". *El País* (28 de Marzo de 2009).

explican, poner en peligro el dinero depositado y para ello es necesario cesar las operaciones de crédito. Pero, como se está viendo con creciente malestar, dichos argumentos muestran demasiadas costuras. Los salarios escandalosamente elevados de sus altos directivos no sufren recortes e incluso podemos observar (no sin cierta vergüenza ajena, hay que decir) cómo los políticos “imploran” a las entidades financieras que utilicen el dinero público que les han inyectado para abrir de nuevo el acceso al crédito.

Lo que hace la entidad financiera con todo nuestro dinero es, por tanto, una cuestión clave a tener en cuenta a la hora de preguntarnos por nosotros y la crisis, y despliega una serie de retos que van desde la necesidad de exigir información y actuar en consecuencia, hasta la posibilidad de participar, como veremos más adelante, en la promoción de alternativas de intermediación financiera que funcionen desde criterios radicalmente distintos a los que configuran el sistema financiero actual.

Solidaridad para la transformación

Lo primero que nos dice esta crisis a los cristianos es que en estos días hay mucha gente en situaciones dramáticas. Numerosos informes de organizaciones sociales nos lo recuerdan, entre ellos algunas consistentes declaraciones públicas de Cáritas³, que hablan de preocupantes incrementos en la demanda de ayudas de emergencia social, alimento, vestido o cobijo. La respuesta solidaria es un imperativo ante esta crisis, especialmente para quienes la pueden estar capeando con mayor holgura. Solidaridad que no puede en ningún caso entenderse simplemente como un discurso de identificación con el que sufre, sino con un compromiso que mueve a la acción.

Dicha llamada a la solidaridad debe actuar hoy como un continuo horizonte de referencia a la hora de analizar el uso que

3 Sirva de ejemplo este reciente titular: “La ‘crisis’ desborda a Caritas al triplicarse la demanda de ayudas”; publicado en *El Correo*, edición País Vasco, 1 de abril de 2009.

hacemos de nuestros propios bienes. La Iglesia –sus organizaciones y personas–, no puede hacer análisis atemporales sobre el patrimonio propio sin tener en cuenta el contexto en el que se toman decisiones relativas a él. Frente a las realidades de pobreza, hacerse uno con los que sufren exige arriesgarse por ellos, poniendo también en juego bienes acumulados en los últimos años de bonanza económica en los países ricos.

Merece la pena recordarlo aquí, ya que esta reflexión presenta en esta crisis matices nuevos. Como hemos mostrado, el uso que hacemos de nuestro patrimonio es un factor necesario para que las entidades financieras desplieguen su inmenso poder. Es precisamente nuestro dinero depositado el que circula a lo largo del mundo, el que se utiliza para crear toda esa esfera especulativa de nulo valor social. Por lo tanto, a la llamada a compartir nuestros bienes con quienes más los necesitan en estos momentos se añade hoy la evidencia de que es necesario asumir las consecuencias de poner el dinero propio (el que no compartimos) en un circuito especulativo que añade incertidumbre al futuro de muchas personas y ecosistemas. La militancia económica, entendida como la responsabilización sobre las consecuencias que tienen nuestras opciones de consumo en otras personas y en otros lugares, es un imperativo de la moral cristiana que hoy no podemos ignorar.

Asumir este reto de desarrollar un trabajo militante en favor de otras formas de entender las relaciones económicas abre un amplísimo abanico de llamadas al compromiso cristiano, tanto a nivel personal como comunitario. La responsabilidad en el consumo con opciones personales conscientes e informadas es sólo uno de ellos. Pero hay muchos otros. Los cristianos formamos comunidades dentro de la Iglesia, que desarrollan diversos carismas para la construcción del Reino y los tiempos actuales nos piden una actualización de la manera de encarnarlos en nuestro compromiso desde esta perspectiva.

De esta forma será preciso repensar a la luz de esta crisis cómo queremos educar, cómo desarrollamos nuestra acción misionera o el carisma hospitalario. Será necesario entender de

qué manera debemos responder a las causas profundas que siguen generando tantas víctimas en nuestras sociedades. Y es necesario hacerlo comprendiendo las causas económicas que subyacen, sacudiéndonos ese escrúpulo que ha hecho que muchas veces aislemos las decisiones económicas de nuestro compromiso, entendiendo (desde una óptica marcadamente espiritualista) que las cuestiones económicas nos son completamente ajenas en nuestro seguimiento de Jesús.

Al hilo de esta reflexión, es importante señalar la responsabilidad de perseguir un profundo cambio de valores, especialmente en las sociedades ricas. Se ha resaltado en muchas ocasiones como un gran éxito del capitalismo neoliberal su capacidad para

La militancia económica es un imperativo de la moral cristiana

consolidar un marco de valores hondamente arraigado en nuestras sociedades y que sirve perfectamente al sistema económico que está detrás. Marco que reconoce el valor de la iniciativa individual, el éxito económico como principal medida de capacidad,

el consumo como forma de comunicación social. Frente a este sólido marco de valores, es imprescindible resituar la labor catequética y pastoral en su conjunto y muy especialmente las tareas educativas, investigadoras y de sensibilización que asumen numerosas personas y organizaciones eclesiales.

Esta crisis nos muestra una prueba más de que la búsqueda de la rentabilidad económica máxima conduce a una desafortunada carrera a través de un campo de minas. Pero en su génesis muestra también el profundo arraigo de los valores capitalistas en todos los niveles de nuestras sociedades. No es posible pensar en una transformación de este injusto sistema económico sin afrontar el necesario cambio de valores que lo puede hacer posible. Las instituciones eclesiales que desarrollan proyectos educativos deben necesariamente afrontar este cambio.

Pensando en la Iglesia como una extensa organización de amplia implantación a escala global, resaltan dos aspectos

importantes al hilo de lo que venimos diciendo. Uno de esos aspectos (su condición de red de capital humano) lo trataremos más adelante. El segundo, que no es sino su propia condición de organización presente en la esfera pública, es inevitable rescatarlo aquí. Es innegable que la jerarquía de la Iglesia Católica ha mostrado su vocación permanente de mantener una voz en relación con cuestiones de la esfera pública sobre las que cree que tiene el deber no sólo de orientar sino incluso, en algunos casos, de llamar a la movilización. En España en los últimos tiempos han sido muy evidentes dichas presencias en relación con cuestiones como las políticas educativas, el terrorismo o la legislación sobre la interrupción voluntaria del embarazo.

Sin embargo las voces que contribuyen a poner de manifiesto las profundas injusticias que promueve el capitalismo neoliberal son más bien escasas desde esa misma jerarquía, salvo honrosas excepciones de quienes, golpeados por la realidad inmediata de las víctimas, no pueden por menos que exclamar, con el mártir Romero: “los pobres me han evangelizado”. La propia condición de organización política de la Iglesia, con su propio estado y relaciones oficiales con entidades financieras, ha ayudado poco a despejar este halo de sospecha de que la cuestión económica no es una prioridad entre sus retos de presencia en la esfera pública.

Las revisiones de las últimas décadas sobre el lugar de los cristianos laicos y su condición de “Iglesia en el Mundo” no pueden pararse hoy en la llamada a asumir puestos de responsabilidad, a trabajar en los centros de decisión para así poder guiar a las distintas organizaciones económicas y las administraciones públicas hacia el bien común. Las estructuras que condicionan la capacidad de trabajar a favor de la justicia de dichas organizaciones hacen que sean necesarias otras propuestas para la transformación social. Dichas llamadas deben ser hoy complementadas con la exigencia de un compromiso militante desde nuestras propias organizaciones eclesiales y nuestra condición ciudadana, a la búsqueda de alternativas.

Decrecimiento económico

Se han escuchado un sinnúmero de reflexiones que nos recuerdan que uno de los factores desencadenantes de esta crisis es nuestro consumo excesivo. Suena bien como punto de partida, pero encierra una trampa ideológica que es necesario desvelar. Por supuesto que debemos consumir menos, muy especialmente los habitantes de los países ricos. Pero mucho me temo que no es por las razones que se nos ofrecen para justificar tal llamada.

Llamar a consumir menos puede entenderse de diversas maneras. Podemos plantearlo desde la lógica de la austeridad, entendida ésta como la no dependencia de los bienes materiales, esa “simplicidad voluntaria” que nos lleve a tener una vida exteriormente más sencilla a la búsqueda de rescatar una mayor riqueza interior. Es la lectura que se nos ofrece habitualmente de la parábola del joven rico. Pero esto no es suficiente. Ya se ha repetido muchas veces en los últimos años que dicha austeridad, en estos tiempos, no persigue únicamente una mayor libertad individual para estar en este mundo sino que se asienta también en un compromiso de dimensión planetaria, persuadidos de que los niveles actuales de consumo de los países ricos son insostenibles. Todos los habitantes del planeta no pueden vivir con esos mismos niveles, lo que convierte la llamada a la austeridad en una exigencia de la justicia.

Decrecer significa, ante todo, entender en qué medida nuestros niveles actuales de consumo son innecesarios e insostenibles. Supone también establecer claras diferencias entre los retos que plantea el decrecimiento para las sociedades ricas y pobres del planeta. Es frecuente el recurso a desacreditar estas iniciativas acusándolas de proponer una “vuelta a la selva”, un retroceso en servicios básicos como la sanidad, la educación o la vivienda. Nada de eso pretenden las propuestas de decrecimiento. Hoy tenemos en España la absurda posibilidad de consumir agua mineral procedente de Estados Unidos. Es sólo un ejemplo, pero muestra el recorrido posible del decrecimiento.

La llamada al decrecimiento económico trata de abrirse paso con extremadas dificultades entre el conjunto de posibles respuesta globales para frenar la creciente injusticia en la distribución de la riqueza y la insoportable presión sobre los recursos del planeta. Sus principales dificultades surgen de su escaso eco en nuestras sociedades hiperindividualizadas, lo que las convierte en propuestas tabú para los partidos políticos, temerosos de perder votos ante tan audaz programa. También es una cuestión problemática para muchos de los desarrollos del pensamiento marxista, cuya sensibilidad ecológica fue escasa en sus primeros momentos. En último término, encuentran un poderoso adversario en muchas de las propuestas del llamado “desarrollo sostenible”, que postulan que la técnica dará con las respuestas suficientes para poder seguir creciendo, renunciando simplemente al consumo superfluo y generador de excesivos residuos, pero sin cuestionar la irreversibilidad de ciertas agresiones medioambientales ni las contundentes evidencias que muestran que crecimiento y desarrollo desigual van sólidamente aparejados bajo el cielo del capitalismo neoliberal.

Las lecciones de esta crisis nos enfrentan, por tanto, a un imperativo de austeridad que no puede quedarse en el compromiso individual, sino que nos impulsa hacia una militancia a favor de alternativas de decrecimiento económico que rescaten un modo completamente distinto de hacer economía.

Crear Redes para la transformación

A pesar de los numerosos indicadores que muestran la profunda injusticia que encierra el sistema capitalista neoliberal, es difícil pensar hoy en una alternativa completa hacia la que se pueda plantear una transición. Su complejidad e implantación, su victoria cultural en las sociedades ricas y las poderosas estructuras que lo sostienen hacen que los esfuerzos transformadores deban transitar hoy otros caminos.

Comprometerse con esos caminos posibles no es sólo una opción estratégica, es también una manera de estar en el mundo.

Una forma (quizás la única hoy en día) de nadar contracorriente, de comprometerse con esa transformación tan necesaria y tan difícil. La condición utópica de ese compromiso es resaltada, de forma nada inocente, desde el propio pensamiento neoliberal, que plantea como alternativa viable una transición suave sobre la base de paulatinas correcciones internas y una expectativa de carácter consecuencialista (consumo de algunos = crecimiento de algunos = bienestar para todos) no ya sospechosa, sino repulsivamente cínica.

Ese compromiso posible pasa hoy en día por crear gérmenes de alternativa que traten de rescatar valores encerrados en la economía como la solidaridad o la cooperación, y busquen la agregación de personas y organizaciones comprometidas con la transformación del sistema económico actual. Gérmenes que actúen como palancas de transformación, cuyo recorrido y efectos puedan empapar la acción política e incluso cambiar los modos de operar de organizaciones económicas.

La Iglesia es en sí misma una poderosa red de personas y organizaciones. Una red que proclama el compromiso descentrado, en favor de los más débiles, y que no rechaza la presencia en la esfera pública como uno de los mecanismos para desarrollar ese compromiso. Una red que conoce el significado de la solidaridad y la austeridad. Ésos son algunos de sus talentos. Y es necesario que se vea así a todos los niveles. Desde la jerarquía hasta los cristianos de base, pasando por congregaciones religiosas, iglesias locales, comunidades cristianas, ONGs, Cáritas...

Esta llamada a la creación de redes que, como venimos explicando, puedan generar palancas de transformación no es, por supuesto, exclusiva de la Iglesia. El ámbito de las alternativas económicas al capitalismo neoliberal, conocido habitualmente como *Economía Solidaria*, requiere del compromiso de muchas otras personas y organizaciones, y supone una llamada a la implicación (consciente y crítica, por supuesto) de personas y organizaciones cristianas en propuestas de alternativa promovidas también por otros.

No olvidemos que el ejercicio de la ciudadanía, en un contexto político, social y económico como el actual, está diseñado para prescindir de la participación, de la solidaridad e incluso de la responsabilidad de sus ciudadanos y de sus instituciones. El actual es un contexto que nos impulsa continuamente a extinguir cualquier intento de virtud en la esfera pública. De ahí que resulten tan poco convincentes los lamentos por su falta. Y tan estériles los intentos por sensibilizar y enredar a la ciudadanía desde las mismas reglas de juego del sistema económico neoliberal. La falta de participación de la ciudadanía es inevitable desde el marco y las condiciones de un sistema que alimenta el repliegue de los ciudadanos de la esfera pública.

Otro modo de hacer economía requiere una ciudadanía densa y comprometida

Una propuesta que trate de rescatar la esfera pública como un lugar de articulación de *otro modo de hacer economía* requiere, sin duda, de una *ciudadanía vigorosa*, de una ciudadanía densa y

comprometida. Ahora bien, de poco sirve esperar una disposición hacia la participación y la solidaridad de la misma si previamente no se estimulan las condiciones para su despliegue. Si esperamos que la ciudadanía actúe y participe en la construcción de lo público motivada por valores como la solidaridad, la igualdad, la responsabilidad e incluso la justicia, es necesario que en ese marco público existan instituciones, estructuras y ámbitos que estimulen la aparición y el desarrollo de disposiciones cívicas por parte de la ciudadanía. Y, en esa estimulación, la llamada a organizaciones descentradas y densas tiene resonancias especiales. La Iglesia en su conjunto y las comunidades que la componen son algunas de ellas.

Un proyecto de transformación de este calado aboga por la construcción de iniciativas en la esfera pública que estén construidas sobre las bases de los valores que trata de promover: ins-

tituciones que favorezcan la participación, la cooperación, la confianza mutua. Iniciativas fuertemente comprometidas con la construcción de estructuras libres de dominación; que impidan la concentración de poder; que limiten la desigualdad; que permitan a las personas reconocerse en torno a ciertos intereses comunes, como partícipes de una sociedad justa; que permitan deliberar sobre los asuntos públicos y traten de asegurar las decisiones más justas en todos los ámbitos de la sociedad. También en el económico.

La militancia económica requiere de cristianos responsables y comprometidos. Sin duda. Cristianos dispuestos a participar, a deliberar, a asumir la responsabilidad de estar presentes en los centros de decisión y a intervenir activamente en ellos. Todo esto sólo es posible en un marco que favorezca la confianza, la reciprocidad, y la colaboración. Un marco diseñado para estimular la participación y la solidaridad, que únicamente puede articularse si está conformado por iniciativas y estructuras igualmente participativas y solidarias.

Éste es un ángulo del compromiso al que no se puede restar trascendencia. Nos habla de los *cómos* y nos remite a *valores ciudadanos* comunes propios de una ética civil que contiene virtudes más propias de las éticas de máximos. Virtudes que sustentan un compromiso a favor de terceros en contra de los propios intereses concretos a corto plazo. Virtudes bien conocidas en la ética cristiana, pero no exclusivas de ella, que impulsan a revisar los estilos de participación de las organizaciones eclesiales.

La Iglesia y la Banca Ética

Hacíamos anteriormente una breve referencia a las relaciones de la Iglesia con la banca. Sumergidos de lleno en esta crisis de origen financiero, resulta inevitable preguntarse por el papel que juega nuestra Iglesia en sus relaciones con las entidades financieras. Esta cuestión presenta diversos ángulos, algunos de los cuales ya hemos analizado. Quedan, sin embargo, algunos otros,

Pero lo que esta crisis ofrece, sobre todo, es un nítido horizonte: el compromiso de las organizaciones de la Iglesia en la articulación de nuevas formas de hacer intermediación financiera que se constituyan en alternativas elegibles por la ciudadanía y puedan actuar significativamente por la transformación de nuestras sociedades injustas. Algunos sitúan precisamente el origen de los movimientos de Banca Ética en los años veinte del siglo pasado, cuando la Iglesia Metodista norteamericana decidió restringir el apoyo financiero a las empresas del juego y a las productoras de bebidas alcohólicas. Conocemos asimismo nítidas presencias eclesiales en el origen de algunos bancos cooperativos y cajas de ahorro.

Es importante resaltar que muchas de estas iniciativas están asentadas sobre la base de una red social amplia de personas y organizaciones que asumen el reto de crearlas y consolidarlas.

Personas y organizaciones que han optado por asumir la causa de los desfavorecidos y que tratan de garantizar que la intermediación financiera se realiza desde una clara opción por ellos, articulando una propuesta de intermediación cuyas señas de identidad son la ausencia de ánimo de lucro, el rechazo de cualquier práctica especulativa y la transparencia en todo el circuito del dinero. Las organizaciones de la Iglesia y todos los cristianos estamos llamados a militar en este tipo de iniciativas, no sólo como clientes sino, sobre todo, como agentes comprometidos en su consolidación. La revisión de nuestros comportamientos en la esfera económica no puede ignorar esta llamada.

Las lecciones de esta crisis

Si alguna lección nos deja a los cristianos esta crisis, es que la militancia económica debe entrar a formar parte en toda su extensión del contenido de nuestro compromiso individual y colectivo. No podemos olvidarlo: hoy los pobres vienen precisamente de ahí, de decisiones económicas injustas, de un consumo irresponsable, de la renuncia por parte de las personas y organizaciones acomodadas de nuestra responsabilidad con las consecuencias de esas decisiones económicas. Formamos parte de una organización densa y amplia, con gran capacidad económica y humana, que asume la tarea de construir el Reino y hacerlo desde una opción irrenunciable por los pobres de la tierra. Y estos elementos nos sitúan en una posición de privilegio ante el reto de presentar alternativas.

Es necesario también revisar el alcance de valores claramente reconocidos en la moral cristiana. La solidaridad presenta hoy este contenido ineludible que nos lleve a poner freno al imparable crecimiento que el sistema capitalista neoliberal necesita para sobrevivir. La austeridad debe servir de sustrato para esta tarea, adquiriendo una dimensión que supera el ámbito privado para convertirse en una virtud cívica con todas sus consecuencias.

Conscientes de que las estructuras de pecado tienen hoy un rostro nítidamente económico, es ése un terreno que no podemos

dejar al margen de nuestro compromiso. La creación de redes densas que creen y consoliden alternativas se convierte en una llamada no sólo para nuestro compromiso individual, sino para las propias organizaciones eclesiales que deberán preguntarse por el lugar social que les corresponde y los nuevos retos que el desarrollo de sus carismas propios les ofrece.

Reconocida la victoria cultural del capitalismo, la labor educativa que desarrollan un gran número de organizaciones eclesiales debe necesariamente revisar sus prioridades y sus objetivos. La capacitación profesional no puede convertirse en el único elemento de referencia para dicha tarea. Es necesario rescatar valores íntimamente vinculados a los intercambios económicos como la cooperación o la reciprocidad, al tiempo que se mantiene la irreplicable presencia de las víctimas de este sistema económico como horizonte de referencia y clave de interpretación de toda nuestra tarea pastoral.

Carlos Taibo planteaba en una conferencia reciente que es posible pensar en dos grandes escenarios para el próximo futuro⁵: o darwinismo social militarizado o florecimiento de los movimientos sociales que promuevan la necesaria transformación⁵. Asumamos la seriedad de la pregunta sobre qué escenario estamos llamados a construir. Entendamos su gravedad y hagámoslo con esperanza, como refleja Leonardo Boff en estas contundentes líneas:

*“... Pero una esperanza nos acompaña: en su historia, la Tierra pasó por cerca de 15 grandes exterminios. Siempre salió con más energía y biodiversidad. Ahora no será diferente. Superaremos la enfermedad del capitalismo con la solidaridad, la cooperación y las interdependencias asumidas, pues ellas garantizaron el futuro de la Tierra. Y garantizarán también nuestro futuro”*⁶.

5 Una síntesis puede encontrarse en “En defensa del decrecimiento”, publicado en *El Correo Digital* el 12 de Marzo de 2009: www.elcorreodigital.com

6 Boff, L. (2006): “La contradicción ecologismo/capitalismo”, versión digital en www.ecoportal.net

¿Por qué no se atajó la crisis?

Manuel García Fonseca

La crisis (las crisis) tiene una causa de fondo: la sobreproducción. Es decir, cada vez tenemos, con los avances tecnológicos y la incorporación de más países a la producción tecnificada, más capacidad de producir bienes. El problema está en que no hay demanda suficiente para esos bienes o, mejor dicho, que la demanda crece menos (a pesar del consumismo de una minoría de la humanidad) que la productividad. Esto hace que no se emplee toda la capacidad de producción y entonces cada vez es menor el beneficio por capital invertido (porque aumenta la productividad y no se puede emplear toda la capacidad a falta de demanda).

Pero, ¿qué es la demanda? ¿Cómo es que no hay demanda habiendo necesidades (Tercer Mundo, Cuarto Mundo...)? En vez de crear una demanda ficticia por medio de créditos de diverso tipo, pagos diferidos, etcétera, ¿por qué no se suben los salarios y la inversión pública, especialmente en el Tercer Mundo?

No se hace porque el sistema, el capitalista, no tiene salida: la acumulación de la propiedad en poquísimas manos y un sistema de valores basado en la trilogía famosa (T. Parsons *dixit*): Éxito, Poder, Dinero, como valores no sólo practicados sino defendidos como los más “funcionales”, todo ello hace imposible un sistema solidario, que sería el único que podría evitar las crisis.

Manuel García Fonseca (Gijón), Consejo de Redacción de FRONTERA.

Crisis de sobreproducción más crisis financiera

La crisis de fondo es, pues, de sobreproducción: hay cada vez más capacidad de producir bienes (por las aplicaciones tecnológicas...) que demanda solvente (no que necesidades...). Esto produce una disminución constante de la tasa de ganancia, dado que se reduce la utilización de la capacidad de producción instalada, lo que hace que la relación entre inversión productiva y beneficio (tasa de ganancia) disminuya. Si además la forma de recuperar la tasa de ganancia es recortando salarios o gasto público social, todavía se produce menos demanda solvente... el círculo vicioso del sistema capitalista neoliberal.

Pero creo que hay que añadir elementos nuevos: la búsqueda del capital financiero a producir “beneficios” monetarios con independencia de la producción. Ello tiene que ver con las modificaciones introducidas en el sistema financiero que han puesto en manos de las multinacionales la capacidad de crear dinero, sin referencia no sólo a la producción, al beneficio en base a productividad real, sino sin relación a ningún aval o respaldo financiero: se rompió la relación dinero-patrón oro y dinero circulante-depósito de dinero en los bancos inversores.

El capitalismo financiero arrebató al Estado la capacidad de crear dinero a través de los complicados, rebuscados, mecanismos que han dado valor financiero a las acciones en Bolsa o a los créditos e inversiones bancarias sin respaldo real o en la economía real o en los depósitos de los bancos. Esta creación artificial de dinero en cantidades astronómicas, cada vez más distanciadas de la producción real, contaminó, falseó toda la economía, su contabilidad: nadie sabe lo que vale el dinero que tiene y, menos, los derivados financieros que hacen el papel de dinero.

Este segundo aspecto, de la economía financiera-especulativa, la analiza de forma muy interesante J.M. Naredo en *Raíces económicas del deterioro ecológico y social* (Siglo XXI).

La disminución del empleo, de los salarios y del gasto público recortó la demanda. Esto quiso suplirse fomentando la de-

manda a base de préstamos a interés bajo (los trabajadores en vez de consumir en base a buenos salarios, consumían a base de créditos baratos).

Esto fue aprovechado por los ejecutivos-basura para especular: compraban sus acciones con créditos baratos y ello las hacía subir de valor. Un valor que no se correspondía con la rentabilidad real, con el beneficio, cada vez más distante del valor nominal de las acciones. Un estudio de la OCDE pone de manifiesto que de 242 compañías de internet sólo 37 obtuvieron beneficios. De las 168 que tenían datos precisos *sus pérdidas* fueron 12,5 mil millones de dólares. Sin embargo *su valor* en el mercado alcanzó los 621 mil millones.

Tanto pinchó el globo que estalló. Pero antes los ejecutivos, al verlas venir, vendieron sus acciones a un precio muy superior al de su compra y se forraron.

Uno de los factores que hizo pinchar el globo fue el de los créditos a gente muy precaria, que en el momento que subieron los intereses o que disminuyó el empleo, dejaron de pagar. Estos créditos fueron pasando en paquetes junto con otros créditos mejores, vendiéndose de unos bancos a otros, porque todos querían aprovechar la euforia de ganancias fáciles, especulativas. Esto contaminó todo el sistema financiero. Nadie sabe cuánta basura tiene y cuánto tiene el otro. Por eso ahora nadie fía.

Dos son los descubrimientos devastadores: a) que la relación tasa de beneficio-capital es la más baja desde 1945; b) que las mayores empresas de USA no pararon de mentir sobre sus ingresos.

¿Por qué no se atajó la crisis?

La crisis era conocida. Se la había anunciado por gente muy experta y con mucha antelación. No hablo solamente de analistas críticos, poco conocidos en el “mercado de las notoriedades”, sino de expertos del sistema, altos cargos institucionales, premios nóbeles...

Tomo una cita de políticos del máximo nivel institucional, como Helmut Schmidt, Jospin y otros, en un artículo publicado en *Le Monde*:

“Habíamos sido advertidos de los peligros de esta situación. Alexander Lamfaluss y el Comité de Sabios, en un informe del año 2001 sobre los mercados de los valores europeos, subrayaron la relación entre la eficacia aparente de estos mercados y el precio que hay que pagar en materia de estabilidad financiera. Pablo Volker, hace algunos años, ya había expresado su inquietud. Paul Krugman, hace más o menos una década, también llamó la atención sobre las amenazas generadas por el crecimiento de entidades financieras no reguladas. En 2003, Warren Buffett llamó a los productos financieros derivados como “armas financieras de destrucción masiva”.

Sin hablar de las advertencias de ATTAC, *Le Monde Diplomatique* y otra serie de instancias de opinión crítica que vienen anunciando la crisis inevitable en la dinámica de fondo del sistema.

¿Por qué no se hizo caso? A nivel de los inmediatamente beneficiarios, los grandes accionistas y ejecutivos, de bancos y multinacionales, el lucro inmediato es el móvil y la crisis saben que se la pasarán a otros.

¿Y por parte de los gobiernos? En el Reino Unido, Irlanda, y particularmente en España, la inmediatez, y el interés electorista por encima de cualquier interés colectivo. El *boom-burbuja* hacia crecer sobre bases falsas nuestra economía. Se podía presumir de porcentajes de crecimiento superiores a la media de la Unión. Esto evitaba plantearse en serio medida de más calado y más largo plazo, políticas industriales, medioambientales, de I+D... Todo ello sin hablar de las connivencias entre los gobiernos y la gran banca.

La “patronal” ante la crisis

Es verdaderamente lamentable la cerrazón y la incapacidad de análisis, de comprensión de los procesos y sus causas de los

que hacen alarde los representantes de los empresarios españoles. Seguramente son los equivalentes al tipo de empresario que abunda en nuestro país, digase “El Pocero”, Martín o los ligados a las “empresas” futbolísticas, por poner sólo unos ejemplos

Alguna de las perlas que he escuchado al presidente de una de las patronales nacionales, y repetidas por los responsables de la FADE, es ésta: “Estamos en crisis y los trabajadores tienen que tomar conciencia de que se acabó vivir bien. Tienen que trabajar más horas y cobrar menos”.

Es decir, estamos en crisis y son los trabajadores los responsables y los que deben cambiar; aumenta el

paro y hay que traba-

jar más horas; no hay consumo y las empresas tienen que dejar de producir o recortar su producción y hay que bajar los salarios.

Hoy son cada vez más los expertos que ponen de manifiesto que la raíz de la crisis está precisamente en esa miopía o incapacidad del sistema para hacer coincidir una oferta de bienes que crece exponencialmente con una demanda que o se mantiene o incluso baja. Y la demanda la componen fundamentalmente el gasto público y el gasto de las familias. Hacer aumentar por cualquier medio el gasto de las familias por medio de créditos baratos conduce a la especulación y a las burbujas que terminan explotando.

¡Mira por dónde lo social, realizado a nivel general mediante el Estado democrático y los sindicatos –y no dejado a las buenas intenciones del capital, que sólo tiene una, ganar más–, resulta económicamente necesario! Esto ya lo intuó el viejo Ford, que era un pro-nazi, pero no tonto, cuando planteó las subidas salariales para que hubiera compradores de coches.

Para decir mejor esto mismo, valga una de las numerosas citas de autores calificados, concretamente Mike Whitney, ana-

**La raíz de la crisis es
la incapacidad de
armonizar la oferta de
bienes con la demanda**

lista político independiente que vive en el estado de Washington y colabora regularmente con la revista norteamericana *Counter Punch*:

“El verdadero problema tiene su raíz en la hostilidad de los jefes de las empresas hacia los trabajadores, lo que se traduce en salarios que no crecen elásticamente al ritmo de la producción. Cuando los salarios languidecen, en una economía que es en su 70% consumo, la única manera de ampliar el PIB es ampliando el crédito”. Y añade: “Existe una desigualdad histórica entre oferta y demanda que no puede ser reconciliada por la intromisión en el mercado de Bernanke. Los trabajadores necesitan un aumento de sueldo: así es como se crea la demanda”.

La patronal española, proponiendo trabajar más y ganar menos (los trabajadores, claro) se asemeja a la vieja señora que pedía prudencia a un joven aviador y le decía que volara bajo y despacio... Justo lo más proclive a la catástrofe.

Termino con una cita de E. Hobsbawm, uno de los más reputados historiadores de la actualidad:

Para aquellos de nosotros que vivimos los años de la gran depresión todavía resulta incomprensible que la ortodoxia del mercado libre, tan patentemente desacreditada, haya podido nuevamente presidir un periodo general de depresión a finales de los ochenta y comienzo de los noventa, en el que se ha mostrado igualmente incapaz de aportar soluciones (“Historia del siglo XX”, pg 110).

¿Hay alternativa al Capitalismo?

Antonio Zugasti

1. INTRODUCCIÓN

Ante la serie de datos que muestran los estragos provocados por el capitalismo en la humanidad y en el planeta, el último argumento de sus defensores es que no hay alternativa. Si pensamos en una alternativa global, de aplicación inmediata, una visión realista de nuestro mundo nos obliga a darles la razón. El capitalismo ha fracasado y el anticapitalismo también. Vidal-Beneyto lo admite claramente: Los que estamos frontalmente contra la explotación capitalista y defendemos la igualdad en y desde la libertad, sabemos que, hoy por hoy, no tenemos una propuesta cabal ni siquiera una hipótesis válida que poner en su lugar.

Efectivamente el panorama se presenta difícil. Por eso en esta situación me gusta recordar una charla que le oí a Díez Alegría hace más de cuarenta años. Planteaba que quizá la diferencia más profunda entre la mentalidad de derechas y la de izquierdas es la con-

fianza en los seres humanos. Para el hombre de derechas, el capitalismo es la mejor forma de encauzar el radical egoísmo humano y conseguir una sociedad aceptable, en la que se pueda convivir más o menos civilizadamente. No podemos esperar nada mejor de la especie humana. Por el contrario, para la izquierda siempre es posible esperar más de los seres humanos. La humanidad tiene capacidad para alcanzar una forma de convivencia más justa, más fraternal, más placentera y más libre.

Con esta esperanza y teniendo a la vista el dato histórico de que ningún imperio, ningún sistema ha podido perpetuarse indefinidamente, podemos plantearnos el tema de la alternativa al sistema capitalista. Conscientes de que todos los anteriores esfuerzos para sustituir al capitalismo por un sistema más humano han acabado fracasando, lo cual nos obliga a un serio esfuerzo de reflexión para buscar caminos nuevos. Reflexión colectiva, para que sea un

Antonio Zugasti, Cristianos de Base de Madrid.

avance de toda la humanidad. En este marco de búsqueda común apunto algunas ideas para la tarea de construir la ansiada alternativa.

2. EL POSTCAPITALISMO

La idea de alternativa al capitalismo ha estado muy ligada a la idea de Revolución, de cambio rápido y total. Derrumbe brusco de todo lo viejo para establecer de golpe una estructura social y económica radicalmente distinta, que desde el primer momento debe funcionar perfectamente. Esta idea estaba en el fondo de la concepción marxista, una revolución que acabaría con las contradicciones de clase y abriría la puerta al soñado paraíso en la tierra.

Dentro de la historia del socialismo también se defendió la vía de las reformas para conseguir una superación del capitalismo. Esta opción suscitó la oposición radical de los que consideraban las reformas paulatinas como un simple parche para tapar las lacras más visibles del sistema y, en el fondo, lo que hacían era reforzarlo.

La primera vía se ha intentado durante más de un siglo con un enorme gasto de energías, ilusiones y sufrimientos. Parece bastante claro que ese intento ha llegado a una vía muerta. El percatarnos de que esa revolución en el corto y medio plazo no parece viable, es seguramente una de las razones que fomentan esa sensación de desaliento, de vacío, de desorientación que podemos respirar entre las gentes que aspiramos a un mundo más presentable que el actual.

Por la otra vía, la de las reformas, hoy los trenes se mueven marcha atrás. El famoso Estado de Bienestar —que sólo se había conseguido desde hace unas pocas décadas y para un porcentaje muy reducido de la humanidad— se debate de una forma desanglada y triste contra un neoliberalismo que ataca con audacia y seguridad, arrasando sin piedad con todas las conquistas penosamente conseguidas.

Pero al mismo tiempo la crisis actual está poniendo de manifiesto para mucha gente no sólo la necesidad de unas reformas profundas en el sistema capitalista, sino que vuelve a tomar fuerza un cuestionamiento de los principios básicos del capitalismo ¿Qué hacer? ¿Cómo podríamos salir del actual punto muerto? Creo que sería necesario distinguir claramente cambio radical de cambio revolucionario. El que la vía revolucionaria se vea cerrada no nos obliga a renunciar a unas transformaciones radicales. Y el que las mejoras conseguidas no hayan supuesto un debilitamiento del sistema capitalista, sino que le han ayudado a mejorar su imagen y desmovilizar la oposición, no nos prohíbe imaginar avances graduales hacia una superación del capitalismo. Apuntar a un cambio radical, dando hacia él los pasos que permitan las circunstancias de cada momento. Pasos que, en algunos aspectos, pueden coincidir con las tradicionales reformas socialdemócratas, pero que deben apuntar mucho más al fondo, a las raíces que sostienen el sistema capitalista. Lo que los zapatistas, usando la terminología tra-

dicional, denominan: “la revolución que haga posible la revolución”.

Debemos reconocer que, a pesar del trauma que supone la crisis actual, el tradicional concepto de anticapitalismo está muy gastado y suena a hueco ante la evidencia de una falta de alternativa concreta. Si seguimos apostando contra viento y marea por un anticapitalismo que se queda en el campo de la pura ideología, es muy difícil que ganemos la batalla de la opinión pública. A los persuasivos medios de adoctrinamiento del capitalismo les resulta muy fácil jalearse el fracaso de los regímenes comunistas y presentar a los movimientos antisistema como grupos anclados en un pasado totalmente superado por el avance de la historia. Grupúsculos de nostálgicos radicales que se esfuerzan inútilmente por mantener unas aspiraciones ya rechazadas por la realidad.

¿No sería mucho mejor plantearnos desarrollar un postcapitalismo que fuera avanzando con el avance de la historia, presentándolo como el verdadero y necesario progreso de la humanidad? Sería necesario romper con viejos esquemas para retomar claramente la bandera del progresismo, bandera de la que hoy trata de apropiarse la derecha, presentando como progresistas a los defensores de avanzar en el desarrollo de un neoliberalismo brutal que nos retrotrae, ya no al capitalismo del siglo XIX, sino al viejo régimen anterior a la Revolución Francesa, donde la monarquía y la aristocracia estaban por encima de todo. Hoy las multinacionales, el gran

capital son los que están por encima de todo.

No se trataría de plantear la aplicación de una alternativa ideada por unas mentes preclaras, sino de abordar la construcción participativa, plural de esa alternativa en diálogo con la realidad y entre todos los movimientos que pretenden la superación del capitalismo.

3. PRIMEROS PASOS

La cuestión es acertar con avances hoy realmente posibles y que no se queden en simples reformas cosméticas del sistema que lo convierten en más aceptable y le ayudan a superar sus momentos críticos. Modificaciones radicales, no en el sentido de cambios rápidos y espectaculares, sino cambios que afectan a la raíz del sistema.

¿Cuáles podrían ser estos cambios? Buscar una respuesta nos obliga a indagar en las raíces del capitalismo. El capitalismo es un sistema económico, indudablemente, pero es mucho más que eso. Es una cosmovisión, una visión global del ser humano, de la sociedad, incluso de la naturaleza. En la base del sistema económico está una antropología y una filosofía muy concretas. En la famosa obra de Max Weber *Sobre el espíritu del capitalismo* aparece incluso su relación con las creencias religiosas de las personas. La relación del capitalismo con la religión ha ido evolucionando de tal manera que el mismo capitalismo se ha llegado a convertir en una verdadera religión. Todo ello ha ido formando

un tipo humano específico, el hombre burgués, con su racionalidad, sus valores, sus ideales, su cultura, su visión de la vida, su concepción de la riqueza y su idea de la felicidad. Y debemos ser conscientes de la intensidad con que esa mentalidad burguesa impregna nuestra sociedad, toda la sociedad, no sólo las clases privilegiadas sino las propias víctimas del sistema.

Incluso los adversarios del capitalismo asumieron esa mentalidad. Erich Fromm lo expresa perfectamente: “El socialismo y el comunismo rápidamente cambiaron, de ser movimientos cuya meta era una nueva sociedad y un nuevo hombre, en movimientos cuyo ideal era ofrecer a todos una vida burguesa, una burguesía universalizada para los hombres y las mujeres del futuro. Se suponía que lograr riquezas y comodidades para todos se traducirían en una felicidad sin límites para todos”.

Mientras esa mentalidad se mantenga hegemónica en la sociedad es inútil pretender una alternativa al capitalismo. El capitalismo lo llevamos los hombres y mujeres de nuestro mundo en el fondo del corazón. La radicalidad de la alternativa tiene que estar en ese terreno cultural y ético. Lo cual no quiere decir, ni mucho menos, olvidar los avances posibles en el terreno económico y político. Unos y otros tienen que reforzarse mutuamente.

3.1. Cambios culturales y éticos

Un paso importante es recalcar la responsabilidad ética de los seres humanos, en contraposición a la irres-

ponsabilidad moral que ha fomentado el capitalismo. Uno de sus principios más básicos es que no importa el que los seres humanos nos movamos por los motivos más egoístas, la mano invisible del mercado convierte todo eso en el mayor bien para la humanidad. Poner de manifiesto la falsedad de ese principio y plantear las exigencias éticas que todo ser humano tiene es un elemento básico en la lucha contra la mentalidad capitalista.

Para el marxismo, que ha marcado decisivamente los esfuerzos para establecer una alternativa al capitalismo, el fundamento del socialismo es científico. Eso me parece consecuencia de la época en que Marx vive y reflexiona. Pero el fundamento último del socialismo sólo puede ser ético. Tenemos que reivindicar con la mayor energía el carácter ético de la oposición al capitalismo. La miseria y la desigualdad de nuestro mundo son totalmente inaceptables desde un punto de vista moral. Y el ser humano es un ser moral. Ineludiblemente tiene que elegir entre el bien y el mal, porque el bien y el mal no los hace el mercado, los hacemos los humanos. La responsabilidad de esa miseria y esa desigualdad es nuestra, no del mercado.

Lo que no cabe dejar de lado cuando tocamos temas éticos y morales es una circunstancia que hace especialmente difícil esta tarea en los países de tradición cristiana. Y es la clamorosa traición de la Jerarquía Eclesiástica a los más fundamentales principios del mensaje de Jesús de Nazaret. Me refiero, por supuesto, a una traición

objetiva, pues creo que la mayoría de los miembros de la actual Jerarquía, a nivel subjetivo, actúan totalmente convencidos de su fidelidad a Dios. Tampoco sería acertado convertir la búsqueda de una alternativa al capitalismo en una lucha contra la jerarquía. “Dejadlos, son ciegos, guías de ciegos”. Pero me parece importante tomar conciencia del obstáculo que tenemos que superar. Durante siglos los maestros de moral han creado la conciencia de que ésta se movía sobre todo en el terreno de la sexualidad y tenía muy poco que ver con la postura del Buen Samaritano. Ellos hablan continuamente de moral, pero las exigencias morales que plantean tienen muy poco que ver con la inhumana situación de nuestro mundo.

3.2. Otro bienestar es posible

Los planteamientos éticos siempre han ocupado un lugar central en cualquier filosofía. El pensamiento capitalista no puede obviarlos, aunque en su discurso tengan muy poco relieve. En un sentido amplio la ética busca “vivir bien”, lo cual supone, en primer lugar, vivir de una forma honesta y justa, pero también de una forma satisfactoria para la persona, llevar una vida agradable y placentera.

Ya hemos visto que el capitalismo descarga la primera tarea, practicar el bien, sobre el mercado. El mercado con su mano invisible es el encargado de hacer el bien, transformando nuestros propósitos individuales, por egoístas y mezquinos que sean, en el mayor bienestar posible para la mayor

parte posible de la humanidad. El mercado es el que hará justicia y retribuirá a cada uno según sus méritos. Nuestra única responsabilidad sería no entorpecer la labor del mercado.

En cuanto al segundo aspecto de “vivir bien”, vivir de una forma placentera, la mentalidad capitalista da por supuesto que la riqueza y todo lo que con ella se puede adquirir, es lo que nos proporciona el mayor bienestar y felicidad posibles en la vida. Rebatir esta idea de felicidad y presentar una alternativa clara y atrayente a este aspecto de la mentalidad capitalista me parece básico y esencial para conseguir una alternativa global al sistema capitalista. No se puede cambiar el modelo económico, si no cambiamos el modelo de bienestar.

Desarrollaré un poco más este punto. Aranguren afirma que el hombre ante lo único que no es libre es ante su propia felicidad. Podemos poner la felicidad en los sitios más dispares; el budista radical lo pone en la aniquilación del yo y el multimillonario en un yate de 10 millones de euros. Nadie puede renunciar a ella; la buscan por igual el mártir y el verdugo. Lo mismo la ansía la joven que se mete en un convento de clausura, que la que sale a un escenario para hacer un *striptease*. Unos piensan alcanzarla por la vía de la renuncia, y otros por la vía de la posesión. Pero todos nos ponemos en marcha tras ella.

Este contraste entre el atractivo insoslayable que ejerce y la espesa niebla en que se esconde, han hecho de la búsqueda de la felicidad uno de

los temas estrella de la reflexión filosófica. Hasta que en esta secular búsqueda de la esquivia felicidad irrumpie el hombre burgués con una fórmula, humanamente muy burda, pero clara y atractiva: “La felicidad se vende, sólo necesitas poder adquisitivo para comprarla. Cuanto más poder adquisitivo tengas, más podrás comprar”. Y si tus posibilidades te permiten llegar a las selectas boutiques donde una chaqueta cuesta 10.000 euros, entonces flotarás por encima de los ángeles.

Esta fórmula impregna el imaginario colectivo de nuestra sociedad. “Vivir bien” es disponer de unos ingresos elevados. Y cuanto más elevados, mejor se vive. Entonces puedes comprar todo lo que se te antoje y darte los caprichos que te dé la gana.

Naturalmente que esta fórmula no resiste el más somero análisis intelectual, pero apoyada en una publicidad abrumadora ha penetrado hasta lo más profundo del cerebro humano, sea el de un neoyorquino y el de un senegalés. Además la fórmula ha tenido que vencer muy pocas resistencias. Las palabras de Erich Fromm que citábamos más arriba —“se suponía que lograr riquezas y comodidades para todos se traducirían en una felicidad sin límites para todos”—, reflejan la poca oposición que ha tenido en el campo político.

¿Y cuál ha sido la postura de los maestros de moral? ¿Qué han dicho los pastores de la santa Madre Iglesia? ¿Qué se puede decir desde los palacios vaticanos! Han hablado, sí, y hasta alabado mucho un camino de ascesis y

renuncia, pero que resultaba bastante triste. Sin embargo ni de lejos han planteado jamás la radical incompatibilidad entre Dios y la riqueza que proclamó Jesús. La jerarquía eclesiástica nunca ha cuestionado seriamente el modo de vida burgués, más bien se la ha visto identificada con la burguesía y sus valores.

La mayor parte de la humanidad venía de siglos y milenios de vida austera, con muy pocos lujos y comodidades, y frecuentes épocas de escasez y calamidades. No es extraño que se sintiera deslumbrada por la sociedad de consumo que el capitalismo ofrece de la manera más seductora. Los criterios y valores, la cultura que se presentaba envuelta en una abundancia tan atrayente fueron admitidos sin la más mínima sospecha de fraude. El modelo capitalista de bienestar se instaló firmemente en el corazón y la mente de nuestro mundo.

Eso ha tenido unas consecuencias muy serias, pues la idea que tengamos de la felicidad condiciona decisivamente nuestras vidas. Si compartimos la visión capitalista de la felicidad, según la cual la búsqueda del máximo de placer se reduce a la búsqueda del máximo de bienes materiales y/o de poder sobre los otros, la fuerza con que la felicidad atrae nos llevará a una visión de la vida humana en la que los seres humanos nos encaminamos forzosamente a procurar todo el aumento posible de nuestra propia riqueza, pase lo que pase con la felicidad de los demás.

Los llamamientos a la austeridad, a favor de la solidaridad con los marginados de nuestro mundo, o a favor de una conservación del medio ambiente que evite una catástrofe ecológica, forzosamente serán vistos como una renuncia a una parte de mi propia felicidad. Siempre se encontrará gente lo suficientemente generosa para atender esos llamamientos y trabajar para conseguir sociedades más austeras, que no absorban la cantidad de recursos que absorben las nuestras. Pero si esa opción se apoya sólo en un sentido del deber, en la obligación moral de sacrificar una parte de nuestras posibilidades a favor de los demás, difícilmente conseguiremos generalizar esa postura lo suficiente para provocar un cambio en la sociedad. Incluso es difícil para cualquiera mantener durante largo tiempo una actitud que de alguna manera suponga una violencia frente a sus inclinaciones naturales.

Podemos argumentar que el camino del consumo no resulta una vía válida para alcanzar esa felicidad que constituye la suprema aspiración de los seres humanos. Psicológicamente está muy claro que el consumismo desenfrenado al que se nos empuja, presentándolo con los colores más atractivos, lejos de proporcionarnos la felicidad deseada, impide nuestro pleno desarrollo humano, haciéndonos psicológicamente débiles. Nos fija en un estadio infantil, dependientes de todos nuestros deseos y caprichos, llevándonos a una frustración más o menos consciente.

Ahora bien, lo más importante no es descubrir las falacias que encierra el modelo capitalista de bienestar, sino presentar frente a él una alternativa comprensible y asequible. De poco serviría mostrar lo inútil del consumo para alcanzar la felicidad, si no somos capaces de vislumbrar otros caminos más adecuados. Es, pues, necesario buscar esos otros caminos. Concretamente emprender la búsqueda de un bienestar y una felicidad que sean independientes del nivel de riqueza. Si es verdad, como decía Aristóteles, que no se puede concebir que sea feliz el hombre que padece hambre o frío, también tenemos que poner claramente de relieve que no necesitamos defendernos del frío con un abrigo de zorros plateados ni quitarnos el hambre a base de caviar ruso para gozar de un satisfactorio grado de bienestar. Una vez protegidos del frío y saciado el hambre, entran en juego una serie de elementos que no tienen nada que ver con el caviar o los zorros plateados, y pueden producirnos un bienestar mucho más profundo, auténtico y duradero que el logrado a golpe de billetes.

Por el contrario la felicidad tiene mucho que ver con la autorrealización de la persona. Labramos nuestra felicidad cuando nos acercamos a la plenitud de nuestras posibilidades en cuanto a nuestra calidad humana. Cuando llegamos a ser lo que podemos ser. Erich Fromm insiste en este ser, en contraposición al simple tener. *Tener* es algo que queda fuera de nosotros; *ser* afecta al fondo de la persona, ahí donde puede residir la felicidad.

Aranguren escribe: “Cuando el hombre llega a ser el que tenía que ser, cuando realiza su perfección y vocación, está constituyendo el perfil de su existencia feliz”. Nos acercamos, pues, a la felicidad cuando nos desarrollamos como personas completas y equilibradas. El polo opuesto al hombre unidimensional que retrata Marcuse, para el cual sólo lo económico es realmente importante, un hombre que tiene atrofiados aspectos fundamentales como persona humana.

Vamos hacia la felicidad cuando cultivamos nuestra inteligencia y alcanzamos un pensamiento propio, crítico y sólido a la vez, no manipulado desde fuera. Cuando desarrollamos nuestra sensibilidad ante la belleza y el arte. Cuando desplegamos nuestra capacidad creadora en una actividad positiva, que pueda dar sentido a una vida humana. Fromm advierte que la felicidad es una consecuencia, un producto que acompaña a determinadas actividades, no algo que pueda buscarse directamente.

Nos acercamos a una existencia feliz cuando diseñamos nuestro propio proyecto vital, en una decisión de nuestra libertad, con sensatez y responsabilidad. Cuando actuamos como seres sociales, conscientes de la importancia de las relaciones humanas en nuestra vida, en nuestro bienestar. Cuando potenciamos nuestras cualidades más positivas, como el amor, la generosidad, el sentido de justicia y la rectitud ética.

Cuando procuramos una psicología sana, liberada de miedos y obsesiones.

Sobre la actual obsesión por lo económico y el consumo escribe Manuel Nieto-Sampedro, neurobiólogo: “Nuestro problema fundamental va a ser controlar esa deformación patológica de instinto de conservación que es el ansia de beneficio económico a cualquier precio”. Esta deformación patológica de instinto de conservación no es más que miedo a la vida, y un vano intento de protegernos con el dinero y con mil objetos o diversiones que nos defiendan de nuestra inseguridad. Mal camino éste para lograr la felicidad, cuando la felicidad lo que nos pide es que le demos sentido a nuestra vida, un sentido coherente con nuestra condición de seres humanos, seres espirituales, libres y con responsabilidad moral.

Tendríamos que empezar fijándonos mucho más en todo lo que hace agradable nuestra existencia, es decir, cosas que la vida nos ofrece gratuitamente, como el amor, la amistad, la belleza, los paisajes, la capacidad de saber, de jugar y reír. Recuperar la alegría de vivir, que muchos pueblos más pobres económicamente la disfrutaban mucho más, mientras que nuestra sociedad la ha perdido, obsesionados por rodear nuestra vida de comodidades y lujos.

Estas ideas básicas nos guían para concretar un modelo de bienestar, distinto del modelo consumista, más capaz de acercarnos a la soñada felicidad, que además sería un bienestar generalizable a toda la humanidad y, por tanto, socialmente sostenible. Al requerir muchos menos recursos tam-

bién sería realmente sostenible desde el punto de vista ecológico. Y constituiría el cimiento imprescindible para construir la búsqueda alternativa al capitalismo. Un cimiento que cada uno podemos empezar a poner ya en nuestra vida, sin tener que esperar a ningún cambio que se produzca fuera de nosotros.

3.3. En el campo económico

El aspecto de sistema económico es el más visible en el capitalismo. Cuando se habla de alternativa al capitalismo es concretamente de este terreno del que se habla. Y es aquí donde, después del fracaso de la experiencia soviética, la izquierda ha quedado totalmente desarbolada. Ha interiorizado de tal manera la derrota, que la izquierda socialdemócrata ni siquiera se atreve a echar en cara al capitalismo el clamoroso fracaso que supone la miseria impuesta a la mayoría de la humanidad.

Ciertamente no tenemos hoy una completa alternativa económica. Y seguramente sería un error pretender tenerla. Es demasiado compleja la vida económica de nuestro mundo para que pretendamos diseñar a priori un esquema fijo al que deba ajustarse. Teniendo clara la dirección en que queremos marchar –un mundo en que la economía esté al servicio de todos los seres humanos, donde se puedan vivir los grandes principio de libertad, igualdad y fraternidad–, la estructura económica acorde con esos objetivos es necesario que se vaya construyendo

de una forma progresiva, en un esfuerzo colectivo de avance de toda la humanidad.

Pero eso no quiere decir que no estén claros algunos pasos que ahora se podrían y se deberían dar. Con motivo de la crisis económica hay un práctico consenso en la mayor parte de la humanidad en que es necesario un cierto control del capital financiero. Desde luego habría que acabar con los paraísos fiscales y con todas las normas y estructuras que permiten una opacidad total al gran capital. En este terreno podemos ver las iniciativas que propone ATTAC, orientadas a una democratización real del mundo financiero.

Es importante también la defensa de los Servicios Públicos frente al afán privatizador de los neoliberales más fanáticos, que no se ha calmado ni a la vista del clamoroso fracaso del neoliberalismo financiero. Concretamente en Madrid sufrimos el *tsunami* privatizador lanzado por la Presidenta de la Comunidad. Los Servicios Públicos son elementos esenciales de ese Estado de Bienestar al que llegaron los intentos socialdemócratas de reformar el capitalismo. Este estado de bienestar por supuesto habría que mantenerlo dentro de cualquier alternativa que se pretenda, pero teniendo mucho cuidado para no confundir el Estado de Bienestar con el modelo de bienestar burgués del que he hablado antes. Uno y otro trataron de realizarse en los países más ricos de Europa a finales del siglo XX sin caer en la cuenta de la contradicción radical que hay entre

uno y otro. El Estado de Bienestar pone en primer lugar la idea de solidaridad, de bien común. El bienestar de cada persona se apoyaría en una sociedad solidaria que procuraría una redistribución de los bienes y aseguraría a cada uno de sus miembros la posibilidad de llevar una vida digna en cualquier circunstancia. Por el contrario el modelo de bienestar burgués es el propio de la mentalidad egoísta, individualista, insolidaria y competitiva propia del capitalismo. El conflicto tenía que llegar.

En la defensa de los Servicios Públicos, y en general del Estado de bienestar, habría que evitar también la burocratización propia de una completa estatalización. Luis Enrique Alonso llega a escribir en la revista *Éxodo* que “los servicios públicos serán participativos o no serán”. Esto nos obliga a fomentar el sentido de responsabilidad de la población y estimular su participación en todas las esferas de la vida pública.

Es muy importante trabajar por la democratización de los medios públicos de comunicación, para que las ideas alternativas puedan ser expuestas y debatidas ante la opinión pública. También el esfuerzo para consolidar los medios de comunicación alternativos.

3.4. En el campo político

Hoy existe una corriente de pensamiento, reflejada por ejemplo en el libro *Cambiar la sociedad sin alcanzar el poder*, con la que compartiría

una gran parte de su enfoque. Efectivamente lo primero es la batalla por la hegemonía ideológica. Pero creo que eso no supone abandonar totalmente el terreno específicamente político. Me parece que el campo político es ineludible no sólo porque es a través de la acción política como pueden concretarse los cambios en la sociedad, sino porque la misma lucha por el cambio ético y cultural debe darse también en el terreno político. Es, pues, necesario alcanzar un cierto poder político. Pero también está muy comprobado lo fundado del dicho: “El poder corrompe”. Cuando nos encontramos con una situación, como ocurre ahora, en que los partidos políticos no tienen poder para introducir cambios sustanciales en el sistema económico ante el chantaje de los poderes económicos, pero desgraciadamente tienen sobrado poder para corromperse, la solución no es fácil.

El intento realizado en España con Izquierda Unida para construir una fuerza política de los ciudadanos y ciudadanas, no profesionalizada y auténticamente democrática, parece que ha fracasado por la presión de un aparato demasiado atento a su participación en el poder institucional. Por otra parte, la variadísima constelación de grupos de la izquierda radical tiene sobradamente demostrada su incapacidad de alcanzar una mínima incidencia en la sociedad.

¿Qué salida queda? Ésa es nuestra gran asignatura pendiente. Sugiero algunas características que, a mi modo de ver, debería tener una formación

política capaz de abordar las tareas apuntadas más arriba. Sería una formación que distinguiera claramente el horizonte al que se tiende —la superación del sistema capitalista—, de los avances a los que hoy una visión realista de nuestro mundo permite aspirar. Es decir, un planteamiento postcapitalista, claramente diferenciado del estéril anticapitalismo y de la resignada aceptación de las estructuras capitalistas. Tendría que renunciar de una manera expresa a ocupar cualquier parcela de poder dentro de las instituciones de un Estado totalmente condicionado por el poder económico. Se trataría de “recuperar a Montesquieu”, diferenciar claramente el poder ejecutivo del legislativo. Descartar cualquier participación en el poder ejecutivo para centrarse en una labor parlamentaria que sirva de altavoz para sus ideas y permita proponer las modificaciones legislativas que más acerquen a una sociedad postcapitalista, pero sin

atarse a compromisos de gobierno ni de apoyo a nadie. Estructura democrática donde se vea normal el pluralismo de opciones dentro de unos objetivos comunes. Visión de los problemas desde la óptica de los ciudadanos normales, no de los políticos profesionales. Para intentar conseguirlo los órganos directivos estarían constituidos sólo por personas no liberadas.

Sea con esta fórmula o con otra, es necesario tomar iniciativas audaces, ser capaces de correr el riesgo de equivocarse y tener que rectificar. No considerar de ninguna manera que los caminos por los que intentemos avanzar son los únicos correctos, y que los que eligen otros son unos desviacionistas, unos insensatos o unos traidores. Asumir el principio de complementariedad como una riqueza del movimiento hacia otro mundo posible.

*“Caminante no hay camino,
se hace camino al andar”.*

La erosión de la solidaridad

Ramiro Reig

Hace un año, cuando aún vivíamos en el mejor de los mundos (o eso decían) la Unión Europea nos sorprendió con la singular propuesta de autorizar la jornada laboral de 65 horas semanales, una iniciativa tan disparatada y brutal que nos retrotraía a los comienzos de la revolución industrial. Pensábamos que algunas conquistas sociales, por su carácter civilizador, eran intocables y, de repente, comprobábamos estupefactos que con un simple decreto de unos señores de Bruselas se podía retroceder a la barbarie y anular siglo y medio de esfuerzos por hacer más humana la sociedad.

Afortunadamente prevaleció el sentido común y la propuesta fue derrotada en la Eurocámara. El edificio del Estado de bienestar y de la protección social está demasiado arraigado en Europa para derribarlo de golpe, pero se pueden ir vaciando las estancias hasta que sólo quede la fachada. Es difícil que alguien se atreva a proponer la supresión de las pensiones o del seguro de desempleo, pero no pasa

un día sin que tengamos que oír sesudas reflexiones sobre sus inconvenientes y sobre la necesidad de recortar las prestaciones.

La crisis económica es una buena excusa para volver a la carga, aunque no haya ninguna razón para ello. Todo el mundo reconoce que el descalabro de la economía ha sido causado por el descontrol y la hipertrofia del sistema financiero, sin que en ello tuvieran ninguna culpa los costes salariales. Durante los primeros meses se escucharon sentidos discursos que prometían un drástico cambio del modelo, pero el arrepentimiento parece haber durado muy poco y sólo ha servido para justificar masivos préstamos a los bancos. Una vez pasado el susto hemos vuelto, al menos en España, a la canción de siempre, a culpabilizar la protección social y es de prever que la ofensiva para reducir los derechos sociales se intensifique. En estas breves reflexiones no entraré a discutir aspectos concretos de la controversia (la cuantía de la indemnización por

Ramiro Reig, Universidad de Valencia.

despido o de las pensiones) sino que me referiré a los aspectos ideológicos. En el fondo lo que está en juego son modelos de sociedad.

La fractura cultural

El Estado de bienestar se asienta sobre una cultura igualitaria que lo legitima y hace posible. Su institucionalización se realizó en Europa en los años de la postguerra y fue el fruto de una confluencia de factores: la progresiva aceptación de las ideas reformistas, que venían clamando contra los abusos del capitalismo, la presión y la lucha del movimiento obrero, y el sentimiento de unidad y solidaridad nacional creado por la guerra. En los años 50 se fraguó un consenso generalizado entre partidos políticos y grupos sociales sobre un modelo de sociedad basado en la cohesión y la redistribución de la renta. Este consenso es el que hizo posible la construcción del gran edificio de la Seguridad Social y los problemas que ahora padecemos provienen del debilitamiento de esa cultura, puesta a la defensiva frente a los ataques de la cultura individualista. Los pensadores que en los últimos años han defendido los derechos sociales (Rawls, Ellster) lo han hecho desde el individualismo metodológico. Aceptando los supuestos de la ideología dominante tratan de ser más convincentes, pero se imponen unas limitaciones difíciles de superar. Desde los supuestos individualistas no se llega muy lejos, ya que la protección social sólo está justificada hasta donde el egoísmo de un individuo abstracto

crea que le favorece. Como dice el Robinson de Rawls, un poco de protección por sí, cuando vuelva a la civilización, soy pobre; pero no demasiada, por si me hago rico. A mi juicio por este camino de mínimos no se va a ninguna parte. Frente a la ideología dominante, sólo cabe oponer otra ideología: reivindicar a Beveridge, que se empeñó –y consiguió– que el presidente de la Cámara de los Lores y el último de los mineros galeses fueran atendidos en el mismo hospital.

El nuevo republicanismo

Hay que reconocer que el PSOE durante la primera etapa de gobierno, en los años 80, llevó a cabo una política social-demócrata avanzada y decidida en algunos campos. Universalizó la sanidad y amplió la enseñanza obligatoria y gratuita hasta los 16 años, dos medidas revolucionarias que nos homologaban con los países del entorno. En contraste con ello, realizó una brutal desregulación del mercado de trabajo que en nada le diferenciaba de las políticas thatcherianas. En la misma línea desreguladora, se aprobaron normas para agilizar el mercado inmobiliario (el decreto del inefable Boyer sobre el desbloqueo de alquileres, entre otros) confiando en que, como dicen los libros, el aumento de la oferta abarataría los precios. A pesar de que ocurrió justamente lo contrario, el gobierno del PSOE se aferró a la idea de que el mercado se bastaba por sí mismo y abandonó las viviendas de protección oficial, consideradas como una secuela del franquismo. Una afir-

mación totalmente errónea, ya que la vivienda protegida cuenta en Europa con una larga tradición como parte del Estado de bienestar (viviendas municipales en la Gran Bretaña laborista, HLM en Francia). La falta de una política de vivienda social ha significado una auténtica catástrofe para las economías familiares de renta media y baja, agravadas aún más por la política de especulación inmobiliaria fomentada por el PP. Y no parece que vaya a mejorar con el Gobierno central y los autonómicos endeudados hasta el cuello en macro-construcciones.

El retorno del PSOE al Gobierno se produjo después de que Blair hubiera acuñado, y desacreditado, el concepto de “*tercera vía*”. El nuevo socialismo, teorizado por Giddens, interpretaba la idea de igualdad del viejo socialismo como igualdad de oportunidades, una idea aún más vieja, que siempre ha desarrollado la derecha (becas, bonos y ayudas para quienes se esfuerzan). Zapatero quiso distanciarse tanto de la socialdemocracia tradicional como del blairismo presentándose con otra bandera, el *nuevo republicanismo*. Teorizado por Pockock y Pettit este republicanismo, que no tiene nada que ver con la forma de Estado, y muy poco con el socialismo, se sustenta sobre dos columnas: el ejercicio de la virtud por parte de ciudadanos activos, que se implican en una democracia deliberativa —el talante, según la *vulgata* de Zapatero— y la consecución de la igualdad para los grupos discriminados o vulnerables. En el terreno político la democracia

deliberativa es una utopía sólo realizable en pequeños colectivos de atenienses ilustrados (o de comunidades de base, tanto da) algo que ya señaló B. Constant en *La democracia de los antiguos y de los modernos*. En el campo social supone un distanciamiento, por no decir una negación, de la cultura socialdemócrata. La igualdad en sí misma deja de tener sentido, únicamente se plantea como el medio para que un colectivo no esté dominado, o discriminado, y pueda ejercer la libertad. Aunque incluye intervenciones de carácter socioeconómico, como la importante ley sobre la dependencia, generalmente tiene como objetivo problemas societarios.

En esta línea actuó el primer gobierno de Zapatero (leyes sobre la igualdad de género y el matrimonio homosexual) y ésta parecía que iba a ser la tónica del segundo mandato a juzgar por los temas estrella del congreso del PSOE (aborto, eutanasia y laicidad). La irrupción de la crisis ha desplazado la atención gubernamental de los temas societarios a los sociales y económicos sin que de momento sepamos por donde va a tirar. A su favor hay que decir que en cuestiones cruciales sobre las pensiones y el despido está resistiendo a los ataques de la derecha, de la patronal y del impertinente gobernador del Banco de España.

El liberalismo que tanto nos quiere

Los neoliberales no son gente insensible y sin entrañas. El paradigma liberal, siguiendo la tradición smithia-

na expuesta en *La teoría de los sentimientos morales*, incluye la compasión como uno de sus componentes. A las personas sin recursos no se las dejará en la calle, hay que proporcionarles medios de subsistencia cuidando, eso sí, que sean muy bajos, no pase que se acostumbren a vivir de la sopa boba. En los Estados Unidos, donde la sanidad es privada y de pago, hay dos programas gratuitos: el Medicare, para los indigentes, y el Medicaid, para los viejos. A pesar de que el sistema funciona rematadamente mal (como explica P. Krugman en *Después de Bush*, es más ineficaz y caro que el modelo europeo) y que Clinton y Obama proponen cambiarlo, algo semejante parece vislumbrarse en el horizonte europeo. La meta a conseguir es la rebaja de las prestaciones universales en un nivel bajo, para que, quien quiera más, se lo pague de su bolsillo. La reforma universitaria camina ya en esta dirección. Los grados se continuarán impartiendo mayoritariamente en la Universidad pública, de manera casi gratuita (el precio de la matrícula es diez veces inferior al de una Universidad privada), pero para los postgrados se establece que las universidades públicas compitan con los centros de élite, no sólo en calidad sino también en precio. No tardará mucho que un *máster* en la Universidad Carlos III cueste lo mismo que en el IESE (tres o cuatro millones de las antiguas pesetas).

La legitimación de este modelo dual, con prestaciones universales y gratuitas rebajadas, se basa en la idea-

lización de libertad como supremo valor de la persona humana. Según explican sus teorizadores, las sociedades prósperas se basan en el esfuerzo y la superación personal, y en la libertad de elegir las metas. Una vez aseguradas las contingencias básicas, hay que dejar que los individuos se esfuercen para conseguir más, seleccionando lo que los conviene. Si un buen padre de familia decide invertir en educación para que su hijo pueda estudiar en la mejor y más cara Universidad, y ser menos dispendioso en la atención de la salud, allá él, es su responsabilidad. El problema está en que difícilmente una persona, con un salario medio, podrá cubrir todos los frentes que el Estado de bienestar deje desgarnecidos. Valga un ejemplo de la ejemplar América. El 60% de las trabajadoras del líder mundial de los hipermercados, Wall-Mart, tiene que recurrir a los programas de sanidad gratuitos (a la beneficencia, diríamos aquí) porque su salario no le alcanza para contratar una póliza.

La ética empresarial

Tradicionalmente los empresarios han tenido mala prensa. A principios de siglo, debido a la influencia entre las masas del planteamiento marxista u obrerista basado en la contraposición entre capital y trabajo, la imagen del empresario aparecía frecuentemente caricaturizada como la de un explotador. Existía también la imagen contraria, acuñada por Schumpeter, la del empresario innovador, artífice del progreso, en no pocos casos más ver-

dadera que la caricaturesca. Esta imagen ha sido promocionada y publicitada por las Escuelas de Negocios a partir de los años 80, a la sombra del paradigma economicista. Lo notable del cambio de perspectiva es que la nueva figura del empresario ya no aparece contrapuesta a los trabajadores, desaparecidos del mapa, sino en dura competencia con el otro héroe de nuestro tiempo, el genio financiero. Para diferenciarse de la controvertida imagen del especulador bursátil (los J.P. Messier y demás protagonistas de los sonoros fraudes de ENRON y AOL) el empresariado se presenta aureolado con la vitola de la seriedad y del trabajo. Y para hacer frente a la cultura de la ganancia fácil se ha acuñado el concepto de “responsabilidad social empresarial”.

Los empresarios, creadores de riqueza y de empleo, merecen ser reivindicados como actores sociales de primer orden, y el intento de situarlos en un marco ético es digno de consideración. Lo que sorprende, y tiene mucho que ver con el tema que aquí tratamos, es la estrechez con la que está concebido. Si exceptuamos el respeto al medio ambiente (una muletilla habitual en cualquier programa) las recomendaciones de los distintos decálogos de buena conducta empresarial se limitan a garantizar el correcto funcionamiento del mercado: el cumplimiento de los contratos, la transparencia contable, la veracidad informativa, la democracia accionarial, etcétera. A pesar de que se auto-denominan códigos de responsabili-

dad social ni una sola de las recomendaciones hace alusión a la protección social de los trabajadores. Es un hecho que contrasta llamativamente con las preocupaciones y la conducta de algunos grandes empresarios de comienzos del siglo XX. Movidos por el radicalismo cuáquero en Gran Bretaña (Lever, Cadbury, Rowntree), por la doctrina social de la Iglesia en Francia (Schneider, Michelin) o por el sentimiento nacional en Alemania (Krupp, Siemens, Zeiss) desplegaron un importante aparato de protección social (escuelas, viviendas, dispensario médico, pensiones) cuando el Estado aún no había tomado cartas en el asunto. Se les tachaba de paternalistas, y lo eran, pero contribuyeron a crear un clima favorable a las reformas sociales. En la actualidad el empresariado en bloque, incluidos los que presumen de códigos de buenas prácticas, piden que se rebajen las cargas sociales y, consiguientemente, las prestaciones. Así está el patio.

La racionalidad económica

Estemos o no de acuerdo con estos argumentos, hemos de rendirnos, según dicen, a la racionalidad económica. El coste del Estado de bienestar, se acostumbra repetir, es insostenible y en un mundo globalizado y con economías abiertas, hace menos competitivos a los países que lo mantienen. La cuestión de la sostenibilidad se presta a discutibles interpretaciones, ya que depende de las variables que se prioricen. La comisión del Pacto de Toledo, trabajando sobre escenarios bastante

razonables, ha vuelto a afirmar que las pensiones están aseguradas hasta el 2050, confiando con buena lógica en que para entonces se habrán incorporado nuevas cohortes al mercado de trabajo. ¿Acaso los fondos privados de pensiones son más fiables? La amenaza de quiebra de la General Motors se debe precisamente a que no puede soportar el pago acumulado de sus pensiones y una de las grandes aseguradoras privadas, AIG, ha tenido que ser salvada con fondos públicos. Entonces o ponemos un cartel avisando de que éste no es país para viejos y reconstruimos los asilos para ancianos desamparados, o decidimos de una vez por todas que el Estado haga frente al agujero, si éste se produce. Para tapar los enormes cráteres de la banca parece que no hay ninguna dificultad.

Que los países con un elevado gasto social sean menos competitivos resulta difícil de probar. Quejarse, como suelen hacer nuestros empresarios, de que las cargas sociales encarecen el producto es una enorme simpleza puesto que está demostrado que un buen sistema educativo contribuye a aumentar la productividad, fomenta la innovación y fortalece la cohesión social. Existe abundante evidencia empírica de que los países con más gasto social se cuentan entre los más competitivos (se pueden consultar al respecto los estudios de Vicens Navarro). En los países nórdicos una amplia cobertura en la desocupación permite el reciclaje continuo de las plantillas, facilitando así la introducción de nuevas tecnologías y produc-

tos (ésta ha sido la clave del éxito de Nokia). Y un buen servicio público de salud lleva a que el gasto por habitante en este ámbito sea en Alemania y Francia la mitad que en los Estados Unidos. La racionalidad económica de los ahorradores no queda muy bien parada.

Esto no significa que no se hayan de introducir correctivos que, sin disminuir la universalidad, gratuidad y calidad de los servicios públicos los hagan más eficientes. Como cabía esperar de la ideología dominante, la medida más recomendada es la privatización de la gestión, ungüento de Fierabrás para todos los males. El remedio no es tan neutral como se pretende. Hay experiencias positivas, por ejemplo, los funcionarios, por medio de Muface, pueden utilizar los servicios sanitarios de entidades privadas y parece que están satisfechos. Y experiencias negativas, por ejemplo, la permisividad con que los centros concertados de enseñanza introducen cuotas obligatorias o eluden la admisión de emigrantes. En el modelo sanitario del PP se produce una doble utilización, pública y privada, de instalaciones pagadas con dinero público. El problema más grave es que se abre una puerta a la dualización. Cuando la red, en manos privadas, sea bastante fuerte, la tendencia a reducir servicios obligatorios y convertirlos en servicios de pago se hará imparable. Quizá es esto lo que se busca y conviene estar advertidos.

El Estado de Bienestar es la conquista social más importante del siglo

XX. Aunque aún quedan vacíos por llenar, especialmente en España (la protección de los desempleados, el bajo nivel de las pensiones, el acceso a la vivienda) en los campos en que funciona razonablemente bien (educación, sanidad) supone un cambio radical sobre la situación anterior. Quienes, por la edad, aún conocimos aquellas escuelitas para pobres, aquel inmenso hospital de caridad con salas de cincuenta camas, sabemos de qué

hablamos. Más allá de sus importantes realizaciones concretas, el Estado de Bienestar ha materializado una cultura de la solidaridad. Cuando alguien dice que paga sus impuestos está afirmando que con su dinero sostiene un modelo de sociedad basado en la redistribución de la renta. Defender esta cultura y la forma institucional de llevarla a la práctica me parece una de las tareas más importantes para los que deseamos un mundo más justo.

Crisis, micropoder y resistencia de la ciudadanía

Joaquim Adell

El micropoder de los ciudadanos

Sólo una ciudadanía activa y participativa, es decir, aquella formada por quienes se disponen no sólo a exigir derechos sino a asumir responsabilidades en la construcción de una sociedad justa y pacífica, codo a codo unos con otros y pensando con independencia del dictado de los líderes políticos o de los gurús que desde los medios informativos manipulan el pensamiento, podrá contribuir a que el sistema democrático se regenere de sus corruptelas, pues los problemas de la democracia se superan con más democracia.

Sin embargo, ¿hasta dónde llega el *micropoder* de los ciudadanos, es decir, su capacidad para influir en la toma de decisiones del *[macro]poder* político y económico? El micropoder nunca reside en el individuo o el colectivo aislado; “sólo cuando la persona –o un colectivo, cabe añadir– es consciente de la capacidad de influencia y acción que le da la integración con otras personas surge el micropoder” (J. Cremades). Cuando así ocurre, la “masa” –amorfa– cede el paso a un

nuevo sujeto político: la “multitud inteligente” (V. Verdú), aquella que en su día, por ejemplo, se manifestó en contra de la guerra de Irak, contra la grave agresión israelí a Gaza o en el reciente 1 de Mayo contra el recorte de los derechos de los trabajadores. Movilizada más allá de la simple irritación moral y organizada consistentemente en redes en un “movimiento de movimientos” al lado de los partidos y sindicatos –pero no suplantándolos–, esa multitud inteligente podrá provocar el cambio de una forma de gobierno unidireccional (de arriba abajo, del poder político a los ciudadanos: democracia “dirigida”) a un gobierno bidireccional (de los ciudadanos al poder político y de éste a los ciudadanos) que, a largo plazo, fundamente la utopía de una nueva sociedad donde el poder alcance “una dimensión cultural, de género, de naturaleza y una dimensión profundamente ética y espiritual” (P. Richard). Si a ello ayudan las nuevas tecnologías con su capacidad de movilizar a las personas –el “pásalo” de los mensajes recibidos en los móviles o por internet, es la

Joaquim Adell (Valencia), Consejo de Redacción de FRONTERA.

mejor de las imágenes posibles—mucho más importante es que grupos y/o asociaciones de todo tipo (vecinales, ecológicas, feministas, ONGs...), valoren cómo la unión en red —asociando los intereses convergentes en aquellos fines—, potencia la eficacia sin anular la propia identidad de grupo, disipando con ello las posibles dudas sobre la consistencia y continuidad de las reacciones políticas de los ciudadanos como las antes citadas, que indudablemente tienen mucho de irritación moral (J. Ramoneda).

Sin embargo la sociedad del consumo y de la diversión —una sociedad compleja y violenta para más “inri”— en la que pese al estallido de la crisis se sigue viviendo en buena parte, no ayuda a educar para esa ciudadanía activa, sino todo lo contrario. “En una sociedad que valora ante todo el espectáculo, el tiempo libre, el juego, el deporte, el consumo, los nuevos gregarismos y da la espalda al esfuerzo, al trabajo constante, al compromiso asumido responsablemente para el largo plazo, ¿cómo forjar con estos mimbres una ciudadanía preocupada porque su sociedad —local y mundial— sea justa?” (A. Cortina).

Por supuesto que siempre hay quienes lo intentan, sabedores de que trabajar por una ciudadanía que “tenga algo que decir”, exige entre otras cosas: - ser conscientes de la posibilidad del micropoder; - organizarse en redes de apoyo mutuo; - incorporar la vivencia de la fraternidad como un valor que apunta a la felicidad; - vivir con paciencia histórica, pero tomando

decisiones día a día; y, pertrechados de razones, - aceptar convivir con la decepción (“perder no es dejar de tener razón, porque tampoco haber ganado le asegura a uno tenerla”: D. Innerarity) si no se quiere “morir en el intento”, matando de paso la esperanza.

Convivir con la decepción

A estas alturas, cuando la crisis económica está llegando a su apogeo, puede sonar a broma insistir en la capacidad de los ciudadanos para influir en la toma de decisiones del poder político y económico. Es lógico que ante la envergadura del problema (más aún, vista la incapacidad de las instituciones llamadas a controlar el correcto funcionamiento de la economía y la “res publica”) surjan dudas acerca del micropoder real de los ciudadanos. Si los “gurús” económicos y los gobernantes no aciertan en prever las crisis ni menos aún en sus soluciones, ¿qué vamos a poder nosotros, ciudadanos “de a pie”?

Así las cosas, la opción que se plantea es clara: o *adaptarse para sobrevivir* o, pese a todo, dando un paso más, *sobrevivir para transformar*, conscientes de que “una sociedad no cambia mientras no cambie de dioses” (R. Sánchez Ferlosio).

Quedarse en lo primero —adaptarse para sobrevivir— es, sin más, “apretarse el cinturón” para salir del paso como se pueda: “Comamos, pues, y bebamos, que mañana moriremos”... Mientras tanto se precariza el trabajo y aumenta el paro, el consumo se ralentiza, las hipotecas se hacen inasumi-

bles, la banca no concede crédito a las empresas y familias en apuros y la inmigración afronta nuevas y penosas directivas. Como se va sabiendo, los platos rotos por las prácticas generales de latrocinio las pagarán los contribuyentes; y pronto o más bien tarde, superada la crisis, seguirá circulando libremente el dinero, pero las personas no. Por eso quienes saben decir “no” cuando el mundo espera oír “sí”, van más allá de la economía para denunciar la crisis ética y de valores que amenaza el futuro de la democracia. ¿Qué tipo de sociedad se quiere? ¿Una sociedad “bien ordenada” donde la “seguridad” se garantice con patrullas nocturnas de civiles por las calles, como se pretende en Italia? ¿O una sociedad que no admita exclusiones de seres humanos ni tolere una economía renuente a la redistribución de la renta y la riqueza, que favorezca a “los de abajo” y respete los ecosistemas, es decir, una sociedad éticamente bien ordenada?

Una respuesta humana a esta cuestión conlleva la opción de sobrevivir, sí, pero para transformar el mundo en “una verdadera estancia donde poder descansar, ser nosotros mismos, donde poder mantener una relación humana con las cosas” (R. Panikkar) –y con las personas, claro–, algo que va más allá de los cantos de sirena de la sociedad neoliberal y capitalista, actualmente puesta en entredicho.

Aun conviviendo con la decepción, con el asombro y la perplejidad del “hombre pasmado” de nuestros días (*El País*, 12-01-09), sin claras

alternativas, pero con la voluntad de resistir –pues “si no es posible todavía pensar o crear alternativas al sistema, sí es posible crear una alternativa al espíritu del sistema” (P. Richard)–, los ciudadanos estamos llamados a “preparar” esa estancia para hacerla habitable para todos y no un recinto amurallado para los privilegiados, “instalados al borde de la Nada y del Sinsentido” (G. Lukács). La gran pregunta es cómo construir esa sociedad habitable donde la justicia social sea un hecho, convencidos de que sí es posible y considerando la actual crisis como una gran oportunidad para orientar racionalmente el futuro de la humanidad.

A este respecto N. Bobbio utiliza la imagen del laberinto: quien entra en él sabe que existe una salida, pero ignora cuál de los vericuetos conducen a ella. Todo está abierto y siempre existe la posibilidad de equivocarse. Se avanza a tientas, con paciencia, retrocediendo cuando se encuentra bloqueado un camino para volver a empezar. Pero, afirma, “ninguna boca de salida está asegurada del todo y cuando el recorrido es justo, es decir, conduce a una salida, no se trata nunca de la salida final”. Ítaca siempre está más allá.

O sea, sin impaciencias, pero sin pausa, proponiéndose cada cual –en la medida de las posibilidades y circunstancias– metas intermedias que no prestan oídos al engañoso y paralizante “o todo o nada”, pues la etapa de lo simple quedó atrás y las situaciones de complejidad requieren situarse más

allá de la lógica binaria : “o ... o” (J. García Roca). Hacerlo con la fuerza que da el apoyo de personas y redes de ciudadanos, procurando: a/ la observación y la reflexión (que demandan aprender a guardar silencio: “és molt més difícil descriure que opinar. Infinitament més. En vista de la qual cosa tothom opina” (Josep Pla), algo que debería tener en cuenta tanto contertulio radiofónico); b) la presencia (atentos y abiertos a lo exterior); c) la entrega; d/ la confirmación de que se va por buen camino en la experiencia interior de vivir en paz, alegría y libertad: por esos frutos los cristianos conoceremos que la casa que el Señor quiere para todos ya la estamos construyendo (Mateo 7,16).

El aguante y la resistencia en tiempos de crisis

El Diccionario, en general, define la resistencia como “causa que se opone a la acción de una fuerza”; también a la fuerza del “bien”, ante la que con muchísima frecuencia la reacción más generalizada suele ser “no” y “depende”, necesitando que el testimonio de quienes dijeron “sí” tras no duro combate interior —nuevos Moisés ante la zarza ardiendo— ayude a convertir las resistencias en un “amén” a lo largo de un proceso que puede durar toda la vida.

Pero no es de este modo de resistir al bien del que nos ocupamos aquí. Tampoco de la resistencia al cambio necesario que es “la expresión de la simple pereza o del inmovilismo ideológico, del culto ciego a la tradición, al

egoísmo e incluso a las patologías de cada cual” (E. del Río), sino, más bien, del modo de “soportar el embate adverso —y el consiguiente desgaste— que provocan todos aquellos factores que se oponen a la emancipación humana, y luchar contra ellos para eliminarlos, superarlos o atenuarlos. Dicho de otra manera: afrontar con lucidez y coraje todo aquello que perjudica al verdadero progreso o bienestar de las personas y de los grupos sociales, y siempre, por supuesto, más allá de la retórica y la demagogia” (S. Sánchez Torrado).

Decía en una entrevista el entrenador y tío del joven tenista Rafa Nadal que uno de los hábitos que más ha procurado inculcarle es el de “aguantar, aguantar y aguantar”, pues no todas las cosas —un fracaso, el dolor, la pérdida de un ser querido...— están en las propias manos. Pero sólo aguantar no es resistir. Lo primero supone una cierta resignación y acomodo a la situación dada, en la confianza de que “ya vendrán tiempos mejores”. Resistir aporta algo más, como simbólicamente descubre la comparación con una bombilla donde la resistencia eléctrica aporta luz, calor y energía: luz para captar la realidad del mundo, calor para sensibilizar la conciencia humana y energía para afrontar con garantías el embate.

Resistir demanda capacidad de aguante, es cierto; pero “lo primordial es negarse a asfixiar cuanto de vida podamos alumbrar” (D. Bonhoeffer). Por eso, en quien resiste se descubre sobre todo coraje y coherencia, con-

fianza en los recursos de que dispone, imaginación, constancia, asunción de la decepción y la incertidumbre de la utopía:

*Vigila, esperit, vigila;
no perdes mai el teu nord;
no et deixes endur a la tranquil·la
aigua mansa de cap port.
Fora terres, fora platja,
oblida't de tot regrés;
no s'acaba el teu viatge;
no s'acaba mai més* (J. Maragall).

Viene bien la advertencia del poeta, pues al navegante la brisa del desánimo hace perder el norte. Abruma entonces la sensación del “sálvese quien pueda”, de que pensar en los demás no sirve para nada, que lo mejor será renunciar a todo ideal, que —confundiendo realidad con realismo— hay que ser más “realistas” y tener los pies en el suelo, preocupándose únicamente de sí mismo cuando soplan vientos hosclos como estos en los que “el horno de la economía no está para bollos”.

Sin embargo el tiempo juega a favor de la verdad; y, así, la actual crisis económica ha puesto al descubierto la falaz realidad del neoliberalismo y sus codiciosas tramas financieras. Vistas las cosas, cabría esperar que los gobernantes acepten que “el neoliberalismo está agotado. Que es preciso cambiar de paradigma. La democracia liberal y la “teologización” del mercado han de ser sustituidas por la democracia social y ambiental, con una regulación de los mercados por parte de los estados nacionales y una regula-

ción de la globalización por parte de la ONU” (M. Soares). Pero —no hay que ser ingenuos— eso no será pronto, como con cierta mordacidad argumenta M. Rodríguez Rivero: “a pesar de la crisis, el capitalismo tiene *los siglos* contados”.

Ni tampoco fácil, por lo que no cabe rehuir la lucha; menos aún caer en el citado desaliento, que arrebatara todas las energías, ni en el engaño de una utopía que sólo es válida si es operativa y aun en parte permite realizarse “mañana”, no dentro de cincuenta, cien años (J. Saramago). Resistir y porque se resiste, se espera sin caer en el conformismo de la buena voluntad inoperante, el pesimismo ni la desesperanza. “A la persona desanimada y cansada de cansarse, puede salvarla la esperanza; pero una esperanza operativa y crucificada, es decir, un esperar contra toda esperanza” (B. Bennàssar). Resistir es, por tanto, sinónimo de creer, confiar y esperar: juntos, unos con otros, podremos poner remedio a las injusticias, porque:

*Cap llei no imposa
silenci al cor que estima.
Apleguem totes
les voluntats i fem-ne
una sola bandera* (M. Martí i Pol).

La bandera de la resistencia, sin perder el “norte” que lleva a buen puerto, como afirma J.A. Marina: “Lo nuestro no es 'sobre-vivir' sino 'super-vivir'. Esto no quiere decir vivir por encima de nuestras posibilidades, lo que sería quimérico, sino por encima de nuestras realidades. Lo nuestro es

aspirar a un proyecto de vida que, antes de existir en la realidad, sólo existe en nuestra mente. Ningún hombre —en estado natural— puede saltar más de dos metros de altura, ni volar, ni trepar a la cima del Everest. Tiene primero que inventar un proyecto y entregarle el mando de su acción y comenzar a buscar o a crear los medios para realizarlo”.

Es decir, vivir por encima de las realidades que no nos gustan, que son injustas. Comenzar a buscar la salida del laberinto, crear los medios para alcanzarla, cuando tan fácil es claudicar. Afirmarse en los propios valores y “raíces” de modo que quepa decir con el viejo pueblo maya, que “arrancaron nuestros frutos. Cortaron nuestras ramas. Quemaron nuestro tronco, pero no pudieron matar nuestras raíces” (Popol Vuh).

La resistencia, entendida como “super-vivencia”, se presenta muy unida al sentido de la vida, a la utopía y a un proyecto de organización social y económica mundial, alternativo a los caducos valores reinantes en la sociedad, máxime en momentos como los que vivimos.

A ello vienen en ayuda aquellas virtudes llamadas “cardinales” que nuestros mayores nos transmitieron de niños: la prudencia —que impide “ir a dar a un león con un mal palo”—, la justicia —la de Dios, no la humana—, la fortaleza —esa energía para iniciar la alta empresa de ser humanos, y resistir en los esfuerzos—, la templanza, que

no elimina los sentimientos (miedo, conformismo, codicia...), pero sí intenta que no nos dominen. Y junto a ellas, la paciencia de quien sabe que los caminos de Dios no son los caminos humanos. De quien sabe que sólo pasado un tiempo —siempre se nos antojará largo—, se recoge el fruto que se sembró. La paciencia de quien nunca renuncia a volver a empezar...

*De todo quedaron tres cosas:
la certeza de que estaba siempre
comenzando,
la certeza de que había que seguir,
y la certeza de ser interrumpido
antes de terminar.
Hacer de la interrupción un camino
nuevo,
del miedo una escalera,
del sueño un puente,
de la búsqueda un encuentro...* (F. Pessoa)

... el encuentro, ¡oh, sorpresa!, con la verdad de que sólo aspirando a lo imposible podremos los humanos alcanzar lo que es verdaderamente posible: “El futuro pertenece a quienes creen en la belleza de sus sueños” (Eleanor Roosevelt).

* * *

Creerlo así, pues, y *resistir* con la esperanza puesta en que la crisis es una gran oportunidad para orientar racionalmente el futuro del mundo, afianzando también —los cristianos— la fe en un Dios “que se hace *providente* en la medida en que el hombre es *pre-visor* y *pro-visor* para el hermano” (B. Bennàssar).

El Informe Auken

Parlamento Europeo *

Casi inadvertidamente para los españoles el pasado 26 de marzo el Pleno del Parlamento Europeo aprobó definitivamente, con el voto a favor de todos los parlamentarios salvo el de los españoles, tanto de PSOE como de PP, el llamado «Informe Auken».

En resumen, lo que viene a decir el Informe aprobado es que en España vivimos sumergidos en una situación de corrupción endémica favorecida por la ineficacia judicial, por la ambigüedad perversa y querida de la legislación aplicable, y por la generalización de la figura del Agente Urbanizador, utilizada por promotores, funcionarios y políticos corruptos, para el expolio generalizado del suelo.

Entre los puntos de especial interés, el Informe considera, en alusión directa a la figura del Agente Urbanizador, que «la obligación de ceder propiedad privada adquirida legítimamente... Así como la obliga-

ción de pagar costes arbitrarios por el desarrollo de infraestructuras no solicitadas y a menudo innecesarias, constituyen una vulneración de los derechos fundamentales de la persona en virtud del CEDH y a la luz de la jurisprudencia del Tribunal Europeo de Derechos Humanos».

También hace referencia a la responsabilidad de las Administraciones españolas, central, autonómica y local, por la puesta en marcha de «un modelo de desarrollo insostenible, que ha tenido gravísimas consecuencias» y añade que existen pruebas de que «las autoridades judiciales en España han empezado a reaccionar ante el reto... En particular mediante la investigación y la imputación de cargos contra funcionarios locales corruptos quienes, por sus acciones, han facilitado desarrollos urbanísticos no reglamentados sin precedentes en detrimento de los derechos de los ciudadanos de la

* **Parlamento Europeo:** INFORME [A6-0082/2009 - 20.02.2009] sobre el impacto de la urbanización extensiva en España en los derechos individuales de los ciudadanos europeos, el medio ambiente y la aplicación del Derecho comunitario, con fundamento en determinadas peticiones recibidas (2008/2248(INI).

Comisión de Peticiones. Ponente: **Margrete Auken.**

UE» pero que, sin embargo, «los procedimientos incoados siguen siendo de una lentitud desmedida y que las sentencias dictadas en muchos de estos casos no pueden ejecutarse de forma que compensen a las víctimas de tales abusos» por lo que se ha «reforzado la impresión, compartida por muchos ciudadanos de la UE de nacionalidad no española, acerca de la falta de actuación y parcialidad de la justicia española».

Advierte que «la Comisión, a instancias de la Comisión de Peticiones, ha abierto una investigación sobre más de 250 proyectos urbanísticos que han sido objeto de un dictamen negativo por parte de las autoridades competentes en materia de agua y de cuencas fluviales y que pueden por tanto situar los proyectos en contravención de la Directiva Marco del Agua, particularmente en Andalucía, Castilla-La Mancha, Murcia y Valencia».

Y esto, teniendo en cuenta que durante las sucesivas visitas realizadas por la Comisión de Peticiones en el curso de su investigación, se ha puesto de manifiesto que «la mayoría de los planes urbanísticos denunciados por las peticiones conllevan la reclasificación de suelo rural a suelo urbanizable, para el provecho económico considerable del agente urbanizador y el promotor» y que todas estas cuestiones «conforman los abusos a los que están sometidos miles de ciudadanos de la UE, quienes, como consecuencia de los planes elaborados por los agentes urbanizadores, no sólo han perdido sus bienes legítimamente

adquiridos, sino que se han visto obligados a pagar el coste arbitrario de proyectos de infraestructuras a menudo no deseadas e innecesarias que afectaban directamente a sus derechos a la propiedad y que han acabado en catástrofe financiera y emocional para muchas familias», todo ello «principalmente por la avaricia y la conducta especulativa de algunas autoridades locales y miembros del sector de la construcción que han conseguido sacar beneficios masivos de estas actividades, la mayoría de los cuales se han exportado».

Así, por todos los puntos considerados, se pide al Gobierno de España y de las comunidades autónomas una profunda revisión de la legislación que afecta a los derechos de los propietarios particulares. Expresamente se solicita que se «deroguen todas las figuras legales que favorecen la especulación, tales como el agente urbanizador» y que suspendan y revisen «todos los planes urbanísticos nuevos que no respetan los criterios rigurosos de sostenibilidad medioambiental y responsabilidad social, y que no garantizan el respeto por la propiedad legítima de los bienes adquiridos legalmente, y que detengan y anulen todos los desarrollos urbanísticos en curso que no han respetado o aplicado los criterios establecidos por el Derecho comunitario».

No se quedan aquí las cosas, pues el informe continúa manifestando su «preocupación y desaliento por el hecho de que las autoridades jurídicas y judiciales españolas hayan puesto de

manifiesto que no están debidamente preparadas para hacer frente a las repercusiones de la urbanización masiva» y «considera alarmante la falta de confianza generalizada que los peticionarios parecen mostrar frente al sistema judicial español» y muestra especial «preocupación por la ausencia de una transposición correcta de las Directivas 2005/60/CE y 2006/70/CE sobre blanqueo de dinero... Lo que ha limitado la transparencia y las acciones judiciales contra la circulación ilegal de capital financiero».

Por todo ello, en el punto 18 del informe, se afirma que a consecuencia de «la falta de claridad, precisión y certidumbre respecto a los derechos de propiedad individual contemplados en la legislación en vigor y la falta de aplicación adecuada y sistemática de la legislación en materia de medio ambiente... combinado con cierta laxitud en los procesos judiciales, no sólo ha complicado el problema, sino que también ha generado una forma endémica de corrupción de la que, otra vez, la principal víctima es el ciudadano».

De todo ello ha resultado que «los derechos de los propietarios se han podido ver afectados, bien por haber sido infravalorados por el agente urbanizador, bien por tener que asumir unas cargas de urbanización impuestas unilateralmente por el mismo y a veces excesivas» sin que el Estado haya «acotado en la legislación urbanística en vigor... la definición de “interés general”, amparándose en este concepto la aprobación de proyectos insostenibles».

Como medidas a tomar, para hacer efectivo lo solicitado en el informe, se recuerda que la Comisión Europea está facultada por el art. 91 del Reglamento (CE) nº 1083/2006 «a interrumpir la provisión de fondos estructurales, y por el artículo 92, a suspender dicha dotación a un Estado miembro o una región implicada y a estipular correcciones en relación con los proyectos receptores de fondos que posteriormente considere que no han cumplido plenamente con la normativa que rige la aplicación de los actos legislativos pertinentes de la UE».

Igualmente se dice que «el Parlamento, como autoridad presupuestaria, puede decidir colocar en reserva los fondos destinados a políticas de cohesión si lo considera necesario para persuadir a un Estado miembro a que ponga fin a graves vulneraciones de la normativa y de los principios que está obligado a respetar».

Finalmente «reitera las conclusiones recogidas en sus resoluciones previas que ponen en tela de juicio los métodos de designación de los agentes urbanizadores y los poderes con frecuencia excesivos otorgados a los urbanistas y promotores inmobiliarios por parte de determinadas autoridades locales, a expensas de las comunidades y los ciudadanos que residen en la zona» y «condena con firmeza la práctica ilícita por la que ciertos promotores socavan mediante subterfugios la propiedad legítima de bienes de los ciudadanos de la UE».

<http://notitia-criminis.blogspot.com>

Vivimos en la tiranía del presente, es decir, de la actual legislatura, el corto plazo, el consumo, nuestra generación, la proximidad... Es la economía que privilegia la lógica financiera, el beneficio frente a la inversión, la reducción de costes frente a la cohesión de la empresa. Practicamos un imperialismo que ya no es espacial sino temporal, del tiempo presente, que lo coloniza todo. Así tiene sentido preguntarse si la democracia en su forma actual está en condiciones de desarrollar una conciencia suficiente del futuro para evitar situaciones de peligro alejadas en el tiempo.

Daniel Innerarity

Voluntarios: dar para ser

José Vidal y Celia Piqueras

I. Darse, ¿qué menos?

El *Voluntariado* es una opción de ayuda a colectivos de personas marginadas. Para ejercitarlo hacen falta dos premisas:

- disponer de tiempo libre y ofrecer una parte de ese tiempo de forma altruista, sin percibir ninguna contraprestación económica a cambio.
- dejarse guiar por tus sentimientos humanos sin importarte ser objeto de crítica, en algunos casos, por sectores de la sociedad e incluso no ser comprendido por algún familiar.

A partir de aquí y sin darte cuenta, poco a poco tu vida comienza a cambiar, pues personas que antes yo mismo rechazaba, ahora forman parte de mi vida. Así empiezas a dar valor a lo que tienes, dándote cuenta de lo afortunado que uno es (esto sí es una “contraprestación”: lo que dan los que nada tienen) y cambiando una parte personal del *tener* por otra del *ser*.

Ahora la pobreza, el hambre, la enfermedad, las personas sin techo pero que *tienen derechos*, serán mis compañeras y con ellas compartiré durante unas horas su marginación y su escasa esperanza de llegar algún día a ser tratadas de igual a igual.

Como la gota de agua disuelta en el mar, al hacerte partícipe de sus problemas acabarás cambiando tu vida.

En mi caso solicité ejercer el voluntariado en San Juan de Dios, por tratarse de una entidad con cinco siglos de antigüedad y experiencia en el trato con las personas sin hogar y los colectivos más rechazados por la sociedad: quienes tienen alguna tara física y padecen algún trastorno mental.

Actualmente también se ocupan de personas víctimas de su propio entorno familiar (familias desestructuradas) y las que la ruptura matrimonial, pérdida de trabajo y embargo de su vivienda, en su huida hacia adelante son atrapadas por la droga, el alcohol

José Vidal y Celia Piqueras (Valencia), participan junto a otros miembros de la Comunidad de Jesús Obrero en el Voluntariado de San Juan de Dios.

o el juego, lo cual en alguna ocasión les hace terminar en la cárcel.

Los inmigrantes también forman un colectivo necesitado de apoyo, especialmente los africanos, como es bien sabido. A estos colectivos se les ayuda desde la alfabetización para después de tres años de estancia poder pedir la legalización amparándose en la Ley del Derecho de Arraigo.

Es obvio que esta convivencia te lleva a vivir experiencias que marcan definitivamente la vida, y más aún partiendo de la primera exigencia de San Juan de Dios, la del máximo respeto a la dignidad de la persona sin discriminación por cuestiones de raza, religión o tendencia política y la exigencia de cumplir con el compromiso que libremente aceptas.

En concreto quiero exponer el testimonio de mi encuentro con Cisse, un chico africano al que di clases de alfabetización.

Cisse es el segundo de cinco hermanos, huérfanos de padre y madre. El hermano mayor, además, está loco y Cisse asume la responsabilidad familiar. Es de Mali, viven en la pobreza absoluta y muchos días ayunan, sin comida ni dinero.

Tardó un año en llegar a España, en patera desde Marruecos. Su situación es, por tanto, ilegal y cada día me pide que le ayude a encontrar trabajo y que le dedique más tiempo para aprender nuestro idioma.

Por fin un día le contratan para recoger naranja. Le pagan 1 euro por

caja, y al día suele llegar a 40 cajas. Le descuentan 5 euros por el transporte y muy contento me dice que con un día de su trabajo sus hermanos en Mali pueden comer durante quince días.

Al llegar una tarde al albergue, Cisse me espera con dos bolsas de plástico; con cara muy triste me dice: “José, no sé si te volveré a ver, pero a donde vaya diré que San Juan de Dios fue mi segunda casa y que tú fuiste bueno conmigo”. Nos dimos un abrazo y, ya en la puerta, me dijo sus últimas palabras: “Pediré a Alá que te proteja a ti y a tu familia”.

Han pasado tres años y me pregunto: ¿Habrás conseguido Cisse legalizar su situación, seguirá trabajando y sustentando a sus hermanos o, por el contrario, habrá fracasado y, tras arriesgar su vida por conseguir aquello que se le niega y que en justicia le corresponde, habrá tenido que volver humillado a Mali?

Es un testimonio con final agri dulce, pero es uno entre varios vividos en mis cinco años de voluntariado y puedo afirmar que, gracias a ellos, ahora vivo una vida con más plenitud; me siento más solidario con los miserables y me siento parte de un mundo mucho más amplio.

Nunca imaginé que con tan poca cosa como dar una parte de mi tiempo, las personas que no tienen nada me pudieran dar tanto. Les doy las gracias; nunca había recibido tanta gratitud y sonrisas.

José Vidal

II. Los pequeños detalles

Me llamo Celia y tengo sesenta y tres años.

Para mí el voluntariado significa algo muy importante: mirar la vida con una mirada mucho más amplia, una mayor concienciación a la hora de compartir con los menos afortunados, globalizar mis problemas con lo cual cuando estoy acompañando a quienes lo necesitan y compartiendo su mísera vida es como si mis problemas se empequeñecieran

Valoro muy especialmente los pequeños detalles que estas personas tienen conmigo; para mí son muy gratificantes y me ayudan a ser feliz.

Hace unos años que formo parte del voluntariado en el Albergue de San Juan de Dios. En estos momentos presto mi ayuda en pisos tutelados, uno de ellos compartido por jóvenes que siguen un programa de desintoxicación de drogas; en otro piso, son crónicos con una media de edad que no supera los cincuenta años. Todos proceden de la calle y llegan en muy mal estado.

Durante toda mi vida he mirado de reojo a África. Su miseria es tan grande que quizá temía tomar conciencia de ella. Un día los hermanos de San Juan de Dios decidieron acoger a un niño que una ONG traía de África para operar del corazón por segunda vez, ya que la anterior fue un fracaso.

Cuando el hermano Chema me llamó para pedir mi colaboración me

agradó la idea, pues me llevo bien con los niños. Pero este caso era diferente ya que sólo hablaba francés, pertenecía a una cultura muy diferente de la nuestra y, además, era un enfermo alejado de su familia. La verdad es que para mí fue un reto.

No era un niño fácil, como tuve que oír con frecuencia, cuando en realidad lo difícil no era el niño sino su situación. Quienes así decían no eran capaces de ver lo triste y duro que era el día a día de este niño para ser más comprensivos con sus pequeñas rarezas; sólo tenía siete años cuando llegó.

El día que le conocí me sorprendió el vínculo que había entre Abu –así se llamaba el niño– y el hermano Alfredo. Este último llenó el vacío de los padres ausentes, le acompañó y defendió en todo momento con la ternura y la paciencia necesaria dada la situación.

Creo que desde el principio le caí bien; quizá también él percibía la ternura que despertaba en mí. Nos sentíamos bien cuando estábamos juntos y recuerdo unas cuantas anécdotas alegres y divertidas del tiempo que Abu pasó en el Albergue.

Al ingresar en el hospital las cosas cambiaron. Cuando salió de la UCI tras la operación y me llamaron para relevar al hermano Alfredo mi encuentro con el niño fue agridulce, pues estaba preocupada por si el niño lloraba al verme. Pero el niño sonrió contento.

A su lado el tiempo en el hospital pasaba deprisa. Cada día él y yo teníamos la esperanza de que no se presentara el voluntario que debía relevarme, y cuando éste siempre llegaba el niño no quería que yo me fuera...

El día que me comunicaron su muerte no sentí tristeza sino una gran paz interior: el niño había dejado de sufrir. Minutos después al pensar en su madre el mundo se me vino encima. En aquel momento tenía necesidad de acercarme a ella, aunque fuese a través de unas líneas con las que intentara compartir su dolor y darle las gracias por cada una de las horas que había pasado junto a Abu.

En el fondo me sentía culpable; era como si yo le hubiera robado todo ese tiempo que sólo a ella le pertenecía. No sé si recibió mi carta, pero esto poco importa.

Han pasado cuatro años. África y su gente forman parte de mi vida. Por un corto espacio de tiempo, sólo unos meses, en vez de un nieto tuve dos y uno de ellos era africano y se llamaba Abu.

* * *

Así fue, así es como voy viviendo la filosofía de San Juan de Dios: ayudar a los pobres entre los pobres.

Celia Piqueras

Celebración de Bodas de Oro

Comunidades Cristianas Fe y Justicia

El texto que se presenta a continuación como materiales para la celebración de unas Bodas de Oro fue utilizado originariamente en las de un matrimonio integrante de las Comunidades Cristianas Fe y Justicia.

* * *

1. PRESENTACIÓN

1.1 Bienvenida (la hacen las hijas)

Bienvenidos:

Hoy nos hemos reunidos aquí para celebrar el Amor entre Ángela y Miguel. Se trata de un gran día, pues van a renovar su amor tras 50 años de vida en común, y quieren hacerlo así, con su familia, en el sentido amplio de la palabra, con todas las personas a las que quieren y que les han acompañado en su caminar a través de las diferentes etapas de sus vidas.

Como sabéis, esta celebración llega tras un año difícil, pero que también ha tenido sus momentos dulces: la tan esperada maternidad de Itziar, que nos trajo a Nastia, y la boda entrañable de Iratxe y Xabi.

En todo lo acontecido, cargado de vivencias alegres y tristes, hemos podido comprobar una vez más el tesoro que para nosotros es nuestra familia. La entereza, esperanza y cariño que nuestros padres nos han demostrado este año no ha sido circunstancial, sino una continuación de la forma de vivir y de entender la vida que desde pequeños nos han inculcado.

Sus hijas y nietos tenemos mucho que agradecerles, porque con su cariño y entrega mutua han formado un gran equipo, capaz de superar los diversos avatares de la vida, y siempre nos han apoyado con realismo e ilusión.

Estamos contentos y orgullosos, porque nos han dado un ejemplo vivo de amor, alegría y compromiso cristiano. Porque nos encanta verlos juntos y con muchas ganas de vivir.

Hoy celebramos esta fiesta del amor en Comunidad, porque el amor no se puede entender como un bien cerrado y endogámico.

A todos, muchas gracias por haber venido.

1.2. Monición

Vamos a vivir una celebración especialmente de acción de gracias por la vida compartida, celebración sacramental en cuanto pretende expresar y vivenciar que el amor de Dios se muestra, entre muchos otros modos, en el amor de pareja.

Vamos a celebrar un amor hecho compromiso, que además, desde la fe creemos que está siendo sacramento, es decir presencia del amor comprometido de Dios con la humanidad. En concreto, la celebración del amor de Miguel y Angelita. Ellos son los protagonistas. Y todos los presentes, testigos de dicho amor.

1.3. Saludo del sacerdote

1.4. Canto: Dios está aquí

2. MEMORIA DEL AMOR Y LA VIDA EN COMÚN

2.1. Monición

Una vida compartida durante cincuenta años da mucho de sí. Y muchos de los aquí reunidos somos testigos de ello. Vamos a hacer memoria de dicha vida, memoria del amor compartido, expresado y transmitido.

2.2. Relato de testimonios

[Presentados por el propio matrimonio, hijas, nietos, familiares, amigos, comunidad, depositando al mismo tiempo los símbolos/regalos en el altar]

2.3. Música

2.4 Oración (Todos)

En nombre de ama y aita, amama y aitite, Miguel y Angelita,
queremos hoy, todos juntos, darte gracias,
Padre de Jesucristo y Padre nuestro.

Porque en su entrega mutua
han sabido descubrirse día a día
y superar los obstáculos del cansancio
y de la monotonía.

Porque en su unión
se saben libres frente a la vida,
responsables de su destino,
con ilusión y realismo.

Porque han aprendido que la ternura
da a la vida una luz insospechada.
Porque han sentido el mismo gozo que Tú sientes
al amar a las personas.

Porque han saboreado la alegría
y saben que el amar es más fuerte que el tiempo
y que la esperanza más fuerte que las dudas.

Porque han sabido así renovar su fe
en la resurrección de tu Hijo
que hace posible un mundo humanizado,
impulsado por todos aquellos que luchan por la libertad

3. LECTURA DE LA PALABRA

3.1. Monición:

Las dos lecturas que vamos a proclamar nos hablan del amor, de un amor adulto, maduro, verdadero, fiel, compasivo, atravesado a veces por el dolor y siempre por el gozo. La primera, tomada de la carta de Pablo a la Comunidad Cristiana de Corinto, que tantos quebraderos de cabeza le dio, es un himno al amor. Es lectura típica para bodas y celebraciones de amor. Está llena de realismo y, por una vez, todos entendemos a Pablo a la primera y sin explicaciones. Pero lo verdaderamente importante no es entenderla sino vivir lo que proclama. Miguel y Angelita se han esmerado en hacerlo durante cincuenta años como dos enamorados, y por eso están y estamos ahora aquí.

La segunda lectura, no tan típica de estas celebraciones, pertenece al corazón del evangelio. Nos descubre que el amor cristiano es un amor abierto, sobre todo, a los ajenos, pobres y caídos, un amor que se aproxima, que nos hace bajarnos de nuestra cabalgadura, detener el viaje de nuestros negocios y tomar iniciativa con ternura, generosidad y pensando en el otro.

En la parábola del buen samaritano, dicen los entendidos, Jesús se retrató a sí mismo. Y Angelita y Miguel la tienen desde años como espejo al que se miran con mucha frecuencia. Estas lecturas, escuchadas y acogidas en nuestro corazón, rebosan vida y son una buena noticia para todos.

[El sacerdote enciende el cirio pascual como símbolo de la presencia de Jesucristo].

3.2. Primera lectura: I Cor.13, 1-8, 13

Canto: Ilumíname Señor con tu Espíritu

3.3. Segunda Lectura: Lc 10,25-37

Comentario.

4. REAFIRMACION DEL COMPROMISO

4.1. Monición:

Después de 50 años, Angelita y Miguel desean y apuestan por seguir compartiendo su amor.

4.2. Símbolo de la luz / vida que se transmite

[Música de fondo: Canon de Pachelbel]

4.3. Renovación del compromiso:

— Yo, Angelita, te quiero a ti, Miguel, como esposo mío y quiero renovar ante Dios, mi familia, amigos y la Iglesia representada en la comunidad, mi compromiso, realizado hace 50 años, de hacer crecer nuestro amor día a día; de esforzarme siempre, pase lo que pase; y de trabajar juntos en el día a día que vivimos y por el futuro que esperamos, para que nuestras vidas sigan siendo estímulo de alegría y esperanza para todos, y nuestro matrimonio sea señal de la presencia de Dios entre las personas.

— Yo, Miguel, te quiero a ti, Angelita, como esposa mía y quiero renovar delante de Dios, mi familia, amigos y la Iglesia representada en la

comunidad, mi compromiso, realizado hace 50 años, de hacer crecer nuestro amor día a día, de esforzarme siempre, pase lo que pase, y de trabajar juntos en el día a día que vivimos y por el futuro que esperamos, para que nuestras vidas sigan siendo estímulo de alegría y esperanza para todos, y nuestro matrimonio sea señal de la presencia de Dios entre las personas.

4.3. *Bendición y entrega de las alianzas*

4.4. *Oración del sacerdote:*

Señor, Dios nuestro, que te manifiestas como vida y amor:
Mira las manos unidas de Angelita y Miguel.
Hace ya 50 años, Tú las bendijiste.
Estas manos han acariciado y han acunado;
han consolado y han aplaudido;
han trabajado y han empujado tu Reino con vigor.
Son signo de tu generosidad y tu misericordia en nuestro mundo.
Bendícelas hoy de nuevo
para que continúen siendo sacramento del amor que Tú nos tienes.
En el nombre de Jesucristo nuestro Señor. Amén.

4.5. *Monición*

Mientras escuchamos en silencio el *Ave María*, es buen momento para contemplar la vida conjunta de Miguel y Angelita, lo que hemos recordado y lo que hemos descubierto a lo largo de esta celebración. Y dar gracias por ellos, por el amor de Dios que reflejan, por la suerte de compartir su vida.

[Música: Ave María de Schubert]

4.5. *Peticiones:*

1. Te pedimos, Jesús, por estos padres maravillosos, para que sigan durante muchos años transmitiendo vida, solidaridad e ilusión.
Roguemos al Señor.
2. Te pedimos, Señor, por nuestra familia, que sepamos mantenernos unidos entre nosotros y solidarios con los que no tienen tanta suerte. Que, siguiendo el ejemplo de nuestros padres, nuestros hogares sean lugar de acogida y sepamos inculcar a nuestros hijos y sobrinos valores de humanidad.
Roguemos al Señor.

3. Te pedimos, Señor, por la amplia red de amigos que Miguel y Angelita han hecho a lo largo de estos años en el barrio, trabajo, compromiso, diversión, Iglesia... Para que todos sigan enriqueciéndose con su presencia y testimonio de vida serena y gozosa.

Roguemos al Señor.

4. Te pedimos, Señor, por los pobres y marginados social, cultural y económicamente que siempre han estado presentes en el proyecto de vida de Angelita y Miguel. Para que lo sigan estando y para que sean un estímulo en su caminar, conversión y lucha por la utopía.

Roguemos al Señor.

5. Te pedimos, Señor, por la Iglesia y la comunidad Fe y Justicia en la que viven y comparten, desde hace años, la fe, el evangelio y el seguimiento de Jesús. Para que sigan encontrando en ellas razones para esperar, motivos para amar, causas con las que ilusionarse y "bastones" para mantenerse en pie y caminar.

Roguemos al Señor.

6. Te pedimos, Señor, por los secretos más íntimos de los corazones de Miguel y Angelita, por las esperanzas más entrañables, por esas ilusiones y deseos que a veces no pueden expresar con palabras. Para que Dios, Padre y Madre, que los conoce mejor que lo que ellos mismos se conocen después de cincuenta años de convivencia, los tenga en cuenta y les ayude a hacerlos realidad.

Roguemos al Señor.

4.7. Padre Nuestro.

4.8. Bendición Final del Sacerdote:

Que en vuestro rostro resplandezca el gozo de vivir,
proclamando al viento que sois únicos,
que os acunan, lavan y perfuman,
que nadie pueda hurtaros la alegría,
porque lleváis en la frente el beso del Padre.

Todos: Amén.

Que vuestro corazón palpite a ritmo de amor,
que empape todos los caminos de vuestro ser
de ternura y misericordia, de libertad y fidelidad,

y que nunca se sienta estéril ni detenga su marcha
pues es quien os despierta y carga de esperanza.

Todos: Amén.

Y que la bendición de Dios
–Padre, Hijo y Espíritu–,
que os ha hecho a su imagen,
que os ha dado rostro y corazón
y que es testigo de vuestro amor
descienda sobre vosotros, ahora y siempre.

Todos: Amén.

5. DESPEDIDA

5.1. *Despedida del sacerdote.*

5.2. *Canto:* “Begoñako Andra Mari”

[Música de fondo mientras se sale: Aleluya de Haendel]

Hasta mañana...

Voy a cerrar los ojos en voz baja
voy a meterme a tientas en el sueño.
En este instante el odio no trabaja
para la muerte, que es su pobre dueño.
La voluntad suspende su latido
y yo me siento lejos, tan pequeño
que a Dios invoco, pero no le pido
nada, con tal de compartir apenas
este universo que hemos conseguido
por las malas y a veces por las buenas.
¿Por qué el mundo soñado no es el mismo
que este mundo de muerte a manos llenas?
Mi pesadilla es siempre el optimismo:
me duermo débil, sueño que soy fuerte,
pero el futuro aguarda. Es un abismo.
No me lo digan cuando me despierte.

Mario Benedetti (1920-2009)

RESEÑAS

1. LIBROS

***La autora se confiesa:* Emma Martínez Ocaña**

PONER LETRA A MI CANTO...

Tengo que empezar confesando mi sorpresa y desconcierto, además de mi gratitud, al recibir la invitación a participar en esta sección de la revista.

Yo no soy “autora” de renombre, mi producción escrita es muy escasa y además tardía. Siempre me dije a mí misma que yo comunicaba bien de palabra, pero que lo de escribir no era “lo mío”, no me parecía que tenía cosas tan interesantes que comunicar, que ya no estuviesen de alguna manera dichas por otras personas.

Un día un hermoso cuento de Tony de Mello me hizo cambiar de opinión. El cuento es más amplio, pero a mí me conmovieron estas palabras:

El canto del pájaro

Los discípulos tenían multitud de preguntas que hacer acerca de Dios.

Les dijo el Maestro: “Dios es el Desconocido y el Incognoscible. Cualquier afirmación acerca de Él, cualquier respuesta a vuestras preguntas, no será más que una distorsión de la Verdad”.

Los discípulos quedaron perplejos: “Entonces, ¿por qué hablas sobre Él?”.

“¿Y por qué canta el pájaro? –respondió el Maestro—. El pájaro canta no porque tenga una afirmación que hacer. Canta porque tiene un canto que expresar”¹.

Esas palabras me dieron una clave nueva ante la posibilidad de empezar a escribir: ¿cuál era el canto que yo quería cantar? ¿Qué quería expresar con él?

1 DE MELLO, A. *Obra Completa*, Sal Terrae, 2003, V.I, 150.

El canto de la vida, lo tenía claro. Yo quería cantar lo aprendido en el camino de mi vida; poco a poco me he ido haciendo discípula de la vida, ésta es una excelente maestra si sabemos aprender de ella.

¿Qué letra quiero poner a mi canto?

¿A qué, a quiénes se lo dedico?

Quiero cantar:

1. El canto del dolor y del amor esperanzado

Mi primera publicación fue para cantar el canto de dolor y de amor vivido en mi familia a raíz de la experiencia de que uno de los “infiernos” de este mundo lo tenía en mi propia casa: “La droga en nuestra casa. Bajar a los infiernos” (*Sal Terrae* n° 1.003 (1997:7 599-607). Quien ha tenido en su familia algún miembro enganchado en la droga, con todo lo que eso conlleva, no tengo mucho que explicarle; quien no lo sabe experiencialmente, no se lo deseo. Elegí ofrecer mi canto dolorido y esperanzado pensando que quizás a algunas personas que sufrían el mismo dolor podría aliviarles. Como canto agradecido a tantas familias que luchan, hasta la extenuación, para desenganchar a sus hijos, lo hice también como homenaje admirado a mis padres, que con su manera de vivir una experiencia de esta índole, por cómo nos ayudaron a situarnos a las hermanas, por su coraje y capacidad de lucha para sacar a su hijo y esposa de la droga, hicieron posible creer en el amor incondicional de Dios. Así lo expresó mi hermano poco antes de morir. Cuando yo le pregunté cómo se situaba ante su cercana muerte, si tenía miedo, si creía que había Dios o no, me dijo: “Si no hay nada más después de la muerte, ya se acabó este infierno para mí y para vosotros; y si hay un Dios, después de la experiencia familiar que he tenido, ya no puedo tenerle miedo”.

Ese mismo deseo de entonar el canto del dolor y el amor incondicional me llevó a hacer una especial lectura de dos mujeres bíblicas que son testigos del amor “*hesed*” de Dios: “Noemí y Rut, dos mujeres que confían en la fuerza del amor” (en *Presencia de la mujer en la tarea del anuncio*. Jornadas Confer/Misiones 30-1 noviembre 1998)².

² Publicado, en parte, también en *Cuando la Palabra se hace cuerpo en cuerpo de mujer*, Narcea, 2007, 126-138,

2. Un canto de protesta y lucha

Es un canto que se une al de las personas empobrecidas y “vencidas”, víctimas de todo tipo de injusticias.

Recién terminados mis estudios de Historia en la Universidad Complutense de Madrid, me ofreció la Institución Tere-siana, a la que pertenezco, la posibilidad de irme unos años a trabajar a América Latina. Primero lo hice en Colombia, después en Perú y tuve también la ocasión de pasar algunos meses en Santo Domingo y Bolivia.

¡Cuánto aprendí en esos intensos 9 años que pasé allí, densos de experiencias nuevas! Con mis 22 años iba con mi ser abierto a aprender, a descubrir, a dejarme enseñar. Fue mucho lo que tuve que desaprender, pues yo había salido de la España franquista y no tenía experiencia de ningún tipo de pluralismo. Una de las primeras cosas que tuve que desaprender fue la Historia de América que había estudiado; me la habían contado los vencedores, ahora me tocaba oír la versión de los “vencidos” y las versiones no tenían nada que ver.

Recuerdo con vergüenza cuando fui a Machu Picchu y, admirada ante aquella belleza arquitectónica, el guía dijo: “Esta maravilla se conserva así de bien, gracias a que los españoles no la ‘descubrieron’”. Quería que me tragara la tierra.

La experiencia de la pobreza masiva, de las injusticias seculares cometidas en esos países por los “dueños” de turno me dejó una huella indeleble. Además gocé con sus gentes abiertas, acogedoras, alegres, esperanzadas siempre en que es posible un futuro mejor, sus luchas indomables por vivir con más dignidad, sus conquistas de liberación... todo me fue enseñando, todo lo iba guardando en el corazón.

Tuve el privilegio de gozar de una profunda amistad con un hombre excepcional, un santo, el cardenal Eduardo Pironio, mi gran maestro espiritual, el mistagogo que me introdujo en el misterio del amor entrañable de Dios. También tuve la suerte de dejarme enseñar por Gustavo Gutiérrez. Era la década de los 70 y la teología de la liberación prendía como una tea encendida en el pueblo, también en mi corazón. A ellos les debo el nacer de mi vocación teológica, que haría verdad más tarde.

El aprendizaje intensivo de esos años, y de años posteriores en los que fui invitada a la UCA de San Salvador, por el Centro Monseñor Romero, para impartir allí Teología feminista y

Espiritualidad laical han marcado mi vida y son el eje transversal de mis escritos. Todo lo que de sensibilidad, conmoción de las entrañas, protesta, autocrítica... ante la injusticia, el dolor, la muerte prematura... la debo a mis años en América Latina.

Algunos de mis artículos que llevan este sello son:

- “El Dios de la revelación: el Dios de la Historia; el Dios de la vida y el problema del mal y de la muerte; El Dios revelado en Jesús. CEVE. *Estudios a distancia para la formación de profesores de Religión*. Madrid, 1988.
- “Vivir el Espíritu de Jesús hoy”. I y II. *Pliegos Vida Nueva* n° 2.173 (13-II-1999) 23-28 y n° 2.174 (20-II-99) 23-28.
- “Espiritualidad Laical: Recordando sus raíces, soñando un futuro nuevo”. *Fe y Justicia* n° 3 (1997) 77-93.
- “Caminos, puentes tendidos, guías hacia un cristianismo más creíble”. *Sinite*, Vol. XLIV, n° 134, Septiembre-Diciembre 2003, 385-418.

3. *Un canto en clave de mujer*

Mi madre a quien admiro profundamente y estoy segura que está gozando, en Dios, todo lo que se merece y mucho más, fue una mujer fundamentalmente tradicional gran parte de su vida. Estuvo dedicada a su casa, marido e hij@s, pero siempre tuvo algún otro trabajo remunerado entre manos “para ayudar”. Poco a poco las tres hijas la fuimos espabilando y algunas veces, cuando mi padre la sentía cambiada y reclamando más sus derechos, le decía: “Tú ya no eres la misma” y ella con mucho sentido del humor, contestaba: “Es que antes era tonta, pero ahora ya he espabilado”:

Tardé mucho en darme cuenta de la situación de opresión de las mujeres, más invisible en toda su densidad que otras opresiones, y muchas de sus manifestaciones se viven culturalmente como “normal”, así fue siempre y así debe seguir.

Sí, es cierto que me sublevaba al ver el machismo en los países latinoamericanos en los que viví, ante esa escena de las mujeres “cargando” con los hijos siempre. Cargando en toda la fuerza de esa palabra, no sólo en sus brazos, espalda, caderas sino haciéndose cargo de todo porque ellos, los padres, han abandonado sus obligaciones, se han ido con otra/s o bien sencillamente nunca reconocieron a sus hijos/as. La violencia machista era insoportable. Recuerdo perfectamente una conversación con una mujer salvado-

reña cuando me decía con lágrimas en los ojos: “Mi Diosito me va a ayudar, yo sé que me va a ayudar”. Yo le dije: ¿A qué quieres que te ayude?, y sin dudarle un instante me dijo: “A matarlo, es la única solución; iré a la cárcel un tiempo, pero nos libramos toda la familia de sus palizas. O lo mato yo o nos mata él a nosotros”.

Al llegar a España, durante mis estudios teológicos, a pesar de que ya la teología feminista llevaba tiempo con buenas y serias publicaciones, nunca ningún profesor nos puso en contacto con ella, ni la mencionó para nada, ni siquiera para criticarla. Como siempre, el “mejor desprecio es no hacer aprecio”.

Poco a poco me fui concientizando con este grave problema, descubrí que el rostro de la pobreza tiene cuerpo de mujer. Me puse en contacto con mujeres feministas y descubrí entonces toda la fuerza opresora del machismo, el androcentrismo y el patriarcalismo.

Poco a poco las mujeres españolas que habíamos estudiado teología nos fuimos juntando para repensar juntas nuestros estudios, nuestras experiencias de Dios, nuestra comprensión de la fe... dejándonos acompañar e iluminar por la teología feminista europea y norteamericana que desde finales de los años 60 ya tenía muchas y serias publicaciones. Fundamos “Mujeres y Teología” y la Asociación de Teólogas Españolas.

Nuestras reflexiones partían siempre de la realidad de la situación de muchas mujeres, de la opresión de sus vidas, de las experiencias más importantes de nuestro ser de mujer. Uno de los temas en los que yo me he centrado es en el del cuerpo, especialmente del cuerpo femenino, tan denigrado por una antropología dualista y patriarcal.

De la consciencia del dolor de muchas mujeres, sobre todo en América Latina, pero también y más escondido en España, y de las reflexiones conjuntas brota mi canto en clave de mujer. Este es otro canto transversal a la mayoría de mis artículos, aunque sí lo he abordado directamente en algunas publicaciones.

En el libro *Cuando la Palabra se hace cuerpo...en cuerpo de mujer* (Narcea, 2007), presento de modo conjunto una espiritualidad corporal y la experiencia de mujeres bíblicas testigos, a través de sus cuerpos, del misterio de Dios.

En el libro *Cuerpo espiritual* (de próxima aparición en mayo de este año también en la editorial Narcea), denuncio con más claridad y profundidad las consecuencias de una antropología dualista y patriarcal, y completo aquellas partes del cuerpo no abor-

dadas en el libro anterior (cabeza, entrañas, sexo y piel) y de nuevo unas mujeres bíblicas alcanzadas por la Palabra en sus cuerpos femeninos.

Otros artículos en esta clave son:

- “El Cristo crucificado de nuevo, hoy, tiene cuerpo de mujer”. *Catequética* V. 41-42 nº2 (1999).
- “Visibilidad-Invisibilidad del cuerpo de la mujer”, en *Crítica* nº 893 (marzo 2002) 40-42.
- “Las mujeres, excluidas de la representación del Dios cristiano” en *La voz de las víctimas y los excluidos*. Cátedra Chaminade. Fundación Santa María, 2022, 238-259.
- II Sínodo Europeo de Mujeres. Compartir culturas. *Alandar*, octubre, 2003, 8-9.
- “Hacia una espiritualidad corporal”. *Iglesia Viva*, nº 216 (Octubre-diciembre 2003) 47-62.
- “El cuerpo y el encuentro con Dios”, en SOTO VARELA, C. (ed) *He visto al que me ve*, evd, 2006, 45-92
- “María de Nazaret, peregrina en la fe”. *Alandar*, nº 253, Diciembre, 2008, 8-9.

4. El canto al misterio

Desde muy pequeña me he sentido fascinada por el misterio de Dios; después fui descubriendo el misterio de la vida, el misterio de mi ser y el de las otras personas, animales, vegetales, el misterio del cosmos... El deseo de adentrarme en estos misterios me llevó a profundizar en la teología y la psicología, para intentar balbucear alguna palabra más o menos coherente, pero sobre todo para dejarme asombrar y asomar al umbral del misterio de Dios, de todo ser humano, de toda la realidad...

Esa pasión por el Misterio me adentró en la búsqueda de caminos orantes, contemplativos. Tengo que agradecer mi encuentro con Anthony de Mello y José Antonio García-Monge que me ayudaron a iniciarme en caminos nuevos, para mí, de contemplación, de meditación profunda, de unificación.

Después de muchos años de experiencia me decidí a ofrecer a otras personas lo que para mí había sido una experiencia fundamental y transformadora: la posibilidad de iniciarse en la meditación profunda, en la contemplación, en el silencio, en la integra-

ción de caminos de madurez humana y espiritual. A eso dedico muchos fines de semana y semanas enteras en el verano.

Algunas de mis publicaciones cantan el misterio en sus diversas facetas:

- “Jesús Vida”, en *Pastoral Juvenil* n° 360 (1998:12) 3-13.
- “Orar con el aire”, en *Del cosmos a Dios. Orar con los elementos*. DDB. 1999,115-166.
- “Padre-Madre nuestro que estás en la tierra”. Jornadas Nacionales de Pastoral Juvenil Vocacional. *Todos uno* n° 141 (2000) 11-66.
- “Invitación a la mística de la vida cotidiana”, en *Frontera* n° 19 (Julio-Septiembre, 2001) 343-350.
- “El Concilio de la escucha y el humor”, en *Retos de la Iglesia ante el nuevo milenio*. Fundación Santa María, PPC, 2001, 289-296.
- “Orar desde las relaciones laborales”, en GÓMEZ-ACEBO, I (Ed.) *Orar desde las relaciones humanas*, 2001,133-186. DDB.
- “¿Qué puede aportar el cristianismo a la espiritualidad?”, en *Crítica* n° 900 (Diciembre 2002), 47-50.
- “Saber trabajar y saber descansar”, en *Suplemento de Reinado Social* n° 857, julio, 2003, X-XI.
- “Construirse como persona, crecer en humanidad”. *Cuadernos de Formación Permanente*, n° 11, CCS, 2005.
- “Aprender la sabiduría del cuidado de sí mismo”, en *Aportes Psicológicos para la renovación de la vida religiosa*, CONFER, n° 179 (Julio-Septiembre, 2007).
- “Encontrar con sabiduría senderos de felicidad”. Sección fija, mensual en la última página de la revista *Religión y Escuela* desde octubre del 2007 hasta el presente.

Estos son algunos de los cantos que componen mis men-
guadas publicaciones. Mientras tenga capacidad para aprender de
la vida seguiré cantando; mientras otros comprendan mi canto, me
animarán a seguir haciéndolo y desde mi experiencia animo a otras
personas a cantar sus propios cantos. Gracias.

Emma Martínez Ocaña

COMBA, Teresa y SEGURA, Joseba:

Itinerario para una espiritualidad de la ternura.

PPC, Madrid 2008, 125 págs.

Como declaran los propios autores, el objetivo de este libro es ayudar a la luz del Evangelio la experiencia del trato con personas que viven en situación de precariedad social, valorando la profundidad de cuanto se vive en ese encuentro: la miseria, la soledad, el amor, la solidaridad, la enfermedad... Un objetivo lógicamente extensible más allá de los ámbitos de Cáritas (atribución inicial de este “itinerario”) a las asociaciones de voluntarios y voluntarias, y a quienes, en general, en la práctica pastoral se apoyan en el conocido método de la revisión de vida y acción.

Diez son los temas desarrollados: invitación al voluntariado, gratuidad, riesgo, ternura, dolor, fracaso, amistad, debilidad, fiesta, enamoramiento (el gozo de ver crecer al otro). Cada uno de ellos se desarrolla partiendo de un relato (un “hecho de vida”) a quien acompaña un cuestionario y una reflexión bíblica orientados a interiorizar en la propia vida la experiencia básica del relato. En una segunda parte, el comentario de los autores –abierto a la “espiritualidad de la ternura” como indica el título de estos materiales– se complementa con un segundo cuestionario –centrado en la tarea concreta que se lleva entre manos–, para profundizar en la gratuidad del compromiso. La oración propuesta al final (un texto del Evangelio) anima a soñar, poniendo la confianza en Dios cuando fallan las fuerzas (“siervos inútiles somos”) ante la magnitud de los problemas humanos afrontados.

Es obvio que se trata de “materiales” elaborados desde la práctica pastoral de los autores, y no de unas recetas teóricas que aplicar a cada caso particular. Unos materiales, pues, que habrá que reelaborar desde el propio contexto de cada grupo o persona, pero que, en concreto, ofrecen suficientes y válidas pistas para alentar el desarrollo de una mística desde la exclusión (una *espiritualidad de la ternura*) en la que compromiso y felicidad no se vivan como opuestos.

Joaquim Adell

* * *

2. MÚSICA

LA MÚSICA DEL ADIÓS (2)

En el pasado número de esta revista exponía mi parecer sobre la situación de la *música clásica*, también llamada *música culta*, por la regresión que se está produciendo en su audición, en buena parte por los problemas que plantea su sobrecosto y lo repetitivo de los programas en sus versiones orquestales en directo, unidos a los que plantea la drástica baja de las ventas de su reproducción discográfica.

No pretendo aseverar que esta música va a desaparecer: Es un patrimonio de la humanidad y, como muestra del uso de la voz e instrumentos a lo largo del perfeccionamiento que la música ha ido adquiriendo a lo largo de muchos siglos, es muestra también de cómo se han ido manifestando los sentimientos y conocimientos humanos a través de ella. Estoy hablando de esa música culta en genérico y en genérico también de su manifestación dentro de la llamada *cultura occidental*.

En la apreciación de esta música parece que hay que moverse necesariamente en dos grupos opinantes, entre los que se quiere encerrar la sociología musical: el que pudo representar el sociólogo francés Bourdier, que habla de una sociología determinista del gusto musical, y el que representa Adorno, como filósofo y musicólogo, que habla de la decadencia de la música como arte sacrificado en la sociedad de mercado.

Recientemente otro filósofo/sociólogo francés, en su calidad de melómano de gran calidad, hablaba del arte (y lo aplico a la música) de “grados de libertad”. Hablando como los economistas, Mengel ve en el arte manifestaciones incompletas, que muestran mundos gobernados por la desigualdad y la competencia. No la del origen social, sino la del destino al que se dirigen. Los músicos como artistas, generalmente a partir de los mismos puntos de salida (la creatividad), divergen unos hacia el éxito y otros hacia el fracaso, pero tienen que moverse en un proceso de diferenciación horizontal. No se puede decir eternamente que *todo* vale y permanece. Un placer sofisticado como es la música, obliga a los individuos a enfrentarse a lo largo de su creación a formas culturales más elaboradas (y cambiantes).

Adorno (*Introducción a la sociología de la música*), no deja de recalcar “el carácter fetichista de la música y la regresión de la escucha”. Si ustedes ojean cualquier programa de concierto, música sinfónica o de cámara, apreciarán casi siempre que las obras musicales son elegidas por la misma razón que se eligen las canciones de música ligera. En conciertos de muy distinta ejecución, mediante “el grupo estrella”, el “cantante estrella” o el “director estrella” (que elige al “compositor estrella”), se busca *fascinar al oyente* conforme al programa, que trata de resaltar no el conjunto de las canciones o de las obras interpretadas, sino buscar aquellos tramos de la composición que saben van a despertar la emoción de los espectadores, aunque a veces se trate de armonizados de ocho compases de duración, repetidos hábilmente, en una canción de diez minutos o en un concierto de una hora de duración.

Puede tratarse de redobles de tambores en Shostakovich, *clímax* de la *Séptima* sinfonía de Beethoven, la melodía lenta de la trompa en la *Quinta* de Tchaikovsky o el allegretto pizzicato del *Cuarteto* número 4 (91) de Béla Bartók... Esto supone que en una audición el *clímax* se alcance con una duración total de cinco, diez minutos..., de la hora y media o más de duración total. Y en los casos de conciertos de “música ligera”, en la repetición de algunos acordes de una canción que destacan en la larga duración que supone un espectáculo de pop o rock (por algo se dice que “de tres acordes y un poco de amor, nace una hermosa canción”).

En ambos casos se busca satisfacer al oyente con la mercancía en oferta. Ya conocemos que muchas de esas *pequeñas partes* se convierten en acompañamiento musical de productos de consumo (detergentes, coches, embutidos...) en TV, radio, fondos de escenas cinematográficas, lo que da idea de cómo se busca la *inmediatez* de la sugestión musical puesto que, salvo excepciones, un anuncio suele durar de 20 a 40 segundos.

Dentro de estas realidades, ¿cómo va a desarrollarse la aceptación de un determinado tipo de música? Pues cualquiera sabe... Al menos hay una cosa en la que podemos confiar: las turbulentas relaciones en el Teatro Real, el Auditorio Nacional, el Instituto de las Artes Escénicas y de la Música, los cambios de ministros y ministras de Cultura que, a su vez, conllevan cambios completos en las direcciones de los ballets nacionales, música, coros, ópera, etcétera (y apliquen esta situación a cualquier comunidad: todos los encargados “de la cosa” creen que los cambios traen más, mejor

cultura...), todos estos cambios no van a permitir que se adopte uno de los males que cita Adorno: el de la *música tutelada*. Y no lo van a permitir porque no es posible, con los desbarajustados sistemas actuales, marcar un rumbo oficialista.

En el libro de Adorno al que me he referido antes, hay una cita de 1953 con las conclusiones del *II Congreso internacional de compositores y críticos musicales*, promovido por el *Sindicato de compositores checos*: “Esta nueva asociación internacional de compositores y músicos progresistas, así como su trabajo consciente y de salvaguardia, superará el peligro que subyace a una crisis musical de larga duración y profundas raíces y devolverá a la música su importante y ennoblecedora función dentro de la Sociedad”.

¿Qué debían hacer los compositores para ello?: “...encontrar una salida a su tendencia hacia el subjetivismo extremo, de manera que la música se convierta en la expresión de las nuevas, grandes y progresistas ideas y emociones, a las amplias masas y a todo lo progresista de nuestro tiempo”.

Pero, ¿podemos creer ni caben ni se entenderían proclamas de este tipo? Pues pensemos un poco en lo siguiente. El nuevo director de Radio Clásica, de RNE, llegó a su puesto anunciando que pretendía cambiarla, que Radio Clásica no podía ser una especie de *hilo musical*. En buena parte tenía razón, pero hoy muchos no sabemos qué tipo de radio es: clásica, contemporánea, flamenco, zarzuela, músicas étnicas... Sin una guía impresa (desaparecida tiempo ha) que permita conocer horarios, programas, etcétera. Pero es que para conseguirlo enunciaba pretensiones concretas: “Crear afición, porque hoy por hoy, *en España hay mucha mejor profesión que afición*”. ¿Y quién ha pagado y está pagando esta situación? Los de siempre: los paganos, nunca consultados. Y a continuación apareció, ¡cómo no!, la sombra oficial, u oficialista, de la música tutelada: “*Desde las instituciones musicales tenemos la obligación de formar al público del futuro*”. ¿Es mucho mejor la profesión que la afición? ¿En qué bases puede sustentarse semejante afirmación?

En el próximo número espero acabar este asunto, mostrando la situación de la enseñanza y práctica musical profesional.

Lorenzo Torrente Ranera

3. CINE

Déjame entrar

[*Låt den rätte komma in*. Suecia, 2008]

Dirección: Thomas Alfredson. *Guión:* John Ajvide Lindqvist *Fotografía:* Hoyte Van Hoytema. *Música:* Johan Söderqvist. *Intérpetes:* Kåre Hedebrant (Oskar), Lina Leandersson (Eli), Per Ragnar (Håkan), Henrik Dahl (Erik), Karin Bergquist (Yvonne), Peter Carlberg (Lacke), Ika Nord (Virginia), Mikael Rahm (Jocke)

EL CORAJE DE LA AMISTAD

No es el asunto o el argumento el que hace a las películas grandes o pequeñas, ni los medios humildes o poderosos los que crean una obra de arte, sino el tratamiento, el genio, el buen hacer de su director, lo que nos quiere transmitir y los recursos adecuados que utiliza. Y esto es precisamente lo que ocurre en este novedoso filme del género de vampiros.

Desde casi sus mismos orígenes el cine ha representado historias de vampiros en sus imágenes. A primera vista baladíes y que a los profanos pueden parecer hasta frívolas, pero bajo la envoltura de su imaginario horror encierran profundas y pesimistas reflexiones. Ejemplo de esto son las obras maestras de Murnau (*Nosferatu*), Dreyer (*Vampyr*) Browning (*Drácula*) y hasta del contemporáneo Francis Coppola. Otra cosa son las secuelas muchas veces estúpidas que se han hecho de este tema (hace dos meses se estrenó una, *Crepúsculo*, cuyas ñoñerías hacen estragos entre las adolescentes).

Déjame entrar es quizá una de las aportaciones más inteligentes, elegantes y novedosas al tema de la mitología vampírica que ha realizado el cine europeo en estos últimos años. Junto a una visita respetuosa a los elementos de la leyenda de los vampiros, el filme expresa acertadamente bajo su argumento y sus imágenes la inmensa tristeza y desesperanza de una sociedad como la que ahora pare-

ce andar construyéndose y la respuesta de sus protagonistas martirizados con el intento de amarse aunque sea trágicamente. En este sentido el filme es paradójicamente positivo y sus valores humanos radican en el coraje de sus jóvenes protagonistas de solidarizarse en la cómplice amistad frente al medio adverso que los hostiga y castiga.

Déjame entrar nos narra la vida disgregada, solitaria y fría de unos vecinos de un barrio suburbial de Estocolmo. Allí vive Oskar un niño de doce años cuyos padres está separados. Está bajo la tutela de su madre que lo cuida con frío cariño. Es un chico solitario, pues en el colegio sufre constante y cruel acoso por parte de sus compañeros. Todo a su alrededor respira agresividad hacia él y en sus imaginaciones piensa que se defiende con un gran cuchillo; a primera impresión nos sugiere algo que puede hacer: irrumpir en su escuela convirtiéndose en un asesino de masas. Una tarde en el patio de juegos de un jardín conoce a Eli, una extraña niña de su misma edad: no parece pasar frío, su cara es muy pálida y ojerosa y “huele raro”, le dice el niño. En realidad la niña es un vampiro y vive vecina de Oskar; sus habitaciones están pared con pared y se comunicarán con el alfabeto de Morse. La niña se alimenta de sangre que le proporciona otro vampiro con el que vive y que la consigue tras horrendos crímenes cometidos entre los árboles del parque nevado.

Las sombras del bosque y el fulgor de la nieve, la oscuridad de la noche y el resplandor del día son los ámbitos en que se mueve el filme. Las tinieblas de la noche como el lugar y el tiempo en que despiertan los vampiros y también para indicarnos la negra e inmensa tristeza en la que viven inmersos todos los ciudadanos del barrio. Sin esperanzas, sin expectativas, sin sentido ni alegría. La luz del día, siempre deslumbrante, que renueva las cosas y la vida, se torna en el filme amenazante, destructora y, como la nieve, se transforma en un blanco sudario de la naturaleza muerta. Y en este escenario la soledad, la tremenda soledad de dos seres que viven abandonados a su destino de destrucción y del que sólo podrán huir a través del amor imposible. Eli, como vampiro, pedirá permiso para entablar una relación. Sin el permiso de Oskar, no puede entrar: ése es el sentido del título de la película.

La ciudad siempre nevada, las calles y parques casi siempre desiertos, la fría y desolada iluminación exhiben la depresiva situación de nuestra sociedad en donde la soledad es algo inherente al mundo en que vivimos y en donde precisamente los más débiles no

tienen lugar o son relegados al olvido o a la destrucción: los más marginados, los niños.

El poder hipnótico que el cine de terror de vampiros siempre ha ejercido sobre sus espectadores con su horror y su descarado o muchas veces soterrado erotismo, permanece también en *Déjame entrar* y aún se multiplica al ser preadolescentes sus protagonistas. Un erotismo unido a la sangre, a la iniciación al sexo, a la auto-identificación sexual que incluso llega a la necesidad de búsqueda de afirmación de la identidad, propia de la adolescencia. Pero algunos seres no tiene esa oportunidad y deben moverse entre la luz y las sombras para encontrarla. Icónicamente el filme nos lo muestra con el contraste entre el blanco y el negro, como esas imágenes recurrentes al inicio y al final del filme que nos muestran la oscuridad de la noche salpicada por el blanco agresivo de los copos de nieve que caen.

José Luis Barrera

FRONTERA

Números publicados:

- 1997: 1. *Los cristianos y el compromiso socio-político **
2. *Esperanza histórica y esperanza cristiana*
3. *El Cuarto Mundo*
4. *Encuentro con Jesús **
- 1998: 5. *Valores de la sociedad actual*
6. *Vivir en la frontera*
7. *El horizonte de la izquierda*
8. *Ética civil y cristianismo*
- 1999: 9. *Los excluidos*
10. *Nueva cultura y evangelización*
11. *Aproximación al mundo rural*
12. *A las puertas del año 2000*
- 2000: 13. *De la muerte a la resurrección*
14. *Los conflictos*
15. *La escuela: crisis y perspectivas*
16. *Desafíos a la fe*
- 2001: 17. *La globalización*
18. *Los miedos*
19. *Invitación a la mística **
20. *Vivencia de la sexualidad*
- 2002: 21. *Fundamentalismo, Religión y Política **
22. *Iglesia, Sociedad y Estado*
23. *Sombras y luces de la religión*
24. *La transmisión de la fe*
- 2003: 25. *Recuperar la política*
26. *Una imagen de Dios para el siglo XXI*
27. *La alegría*
28. *Recuperar la Iglesia*
- 2004: 29. *¿Irrelevancia social de la fe? **
30. *La religión en la escuela*
31. *Cómo leer los evangelios*
32. *La oración*
- 2005: 33. *Memoria y perdón*
34. *Vivir y creer en tiempo de crisis*
35. *Laicidad, laicismo y fe cristiana*
- 2006: 36. *Repensar la igualdad y la desigualdad social*
37. *Nacionalismo y federalismo*
38. *Catástrofes naturales*
39. *Gérmenes de otro mundo posible*
40. *Moral y fe cristiana*
- 2007: 41. *Religiones e inmigración*
42. *¿Cristianos sin Iglesia?*
43. *El trabajo*
44. *Valores absolutos y relativos en bioética*
- 2008: 45. *La sociedad del riesgo*
46. *Impacto y poder de la información*
47. *Psicoanálisis y experiencia cristiana*
48. *Testigos de la fe en una sociedad laica*
- 2009: 49. *A dónde va Europa*
50. *Apuntes sobre la crisis*

* * *

SUSCRIPCION AÑO 2009: 35 euros NUMERO ATRASADO 7,50 euros

PEDIDOS: Apartado 12.210 - 46080 VALENCIA [Tel: 96 3622532]

e-mail: frontera@atrio.org

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN O PEDIDO

NUEVO SUSCRIPTOR

Nombre y apellidos:
Dirección:
C.P. y Población:

REVISTA Y PERIODO

- ☐ FRONTERA 2009 (Cuota anual: 35 €, con obsequio de los 2 números del 2008)
☐ IGLESIA VIVA 2009 (Cuota anual 42 €, con obsequio de los 2 números del 2008)
☐ FRONTERA e IGLESIA VIVA 2009 (Cuota conj. 69,30 €, con obs. de 2+2 nros. del 2008)

MODO DE PAGO

- ☐ Pagaré esta nueva suscripción, junto con la propia, para el año 2009, el ya suscriptor:
- ☐ Se realizará el pago por uno de estos medios (*por orden de preferencia y facilidad*)
- ☐ **Domiciliación bancaria** en esta institución: (*rellenar sólo en los cuadrados los 20 dígitos*)
- ☐ Cargo en **Tarjeta de Crédito**: (*rellenar sólo en los cuadrados los 16 dígitos y caducidad*)
- ☐ **Cheque** a "ADG-N. Publicaciones". (*Enviar a "ADG-N - Apartado 12.210 - 46080 Valencia"*)
- ☐ **Giro Postal o Transferencia** a la cuenta BBV-Postal: 0182-9503-76-0202767988

OBSERVACIONES

*Señalar aquí los números del 2008 que desea como obsequio
También comentarios, pedido de otros números atrasados, datos complementarios...*

ENVÍO DE ESTE BOLETÍN

Recortar o fotocopiar este boletín y enviar por correo o Fax:

ADG-N. Publicaciones - Apartado 12.210 - 46080 VALENCIA. Fax: 96 361 65 40

E-mail: frontera@atrio.org - Página web: www.atrio.org/frontera.htm